

PIÑERA CARVALLO

Historia de una familia

Presentación

I . Una familia chilena en París

Introducción

- A. Veinte años en París
- B. Un día en París
- C. 2 Rue de Mirosmenil
- D. “Estudios en París”
- E. Vacaciones y viajes

1

II. Las raíces

Introducción

A. Los Piñera

- 1.1 1. **mi padre:** José Manuel Piñera Figueroa
- 1.2 2. los Piñera Figueroa
- 3. **el abuelo paterno:** Bernardino Piñera Aguirre
- 4. los Piñera Aguirre
- 5. los Piñera
- 6. los Aguirre
- 7. **la abuela paterna:** María Luisa Figueroa Vial
- 8. los Figueroa Vial
- 9. los Figueroa
- 10. los Vial

1.2.1 B. Los Carvallo

1. **mi madre:** Elena Carvallo Castillo
2. los Carvallo Castillo
3. **el abuelo materno:** Uldaricio Carvallo Fernández
4. los Carvallo Fernández
5. los Carvallo
6. los Fernández
7. **la abuela materna:** Julia Castillo Goñi
8. los Castillo Goñi
9. los Castillo
10. los Goñi

C. Genealogía

Introducción

Cuadros Genealógicos

D. Bibliografía

III. Las ramas

Introducción

A. Los que se fueron

1. Marie Louise Piñera Carvallo
2. José Piñera Carvallo
3. Herman Chadwick Valdés
4. Magdalena E. de Piñera

B. Paulette Piñera de Chadwick

C. Los Chadwick Piñera

D. Los Piñera Echenique

E. El autor se hace presente

PRESENTACIÓN

Dedico este libro al recuerdo, lleno de cariño, de mis padres, de mis hermanos Marie Louise y José y de mis cuñados Herman Chadwick y Picha Echenique, ya fallecidos. Lo que leerán en estas páginas es, en gran parte, su obra. Y a mi hermana Paulette quien, pasados los 90 años, es el centro de toda esta familia. Y es tan acogedora para sus hijos, nietos y bisnietos como para los de su hermano José.

La sociedad actual tiende a desvalorizar la familia y todo lo que constituye el entorno natural de la vida humana, en beneficio del individuo, de su autonomía, de su libertad; a botar el nido para liberar el pájaro. Yo he querido contribuir a que nuestro “nido” familiar no se desintegre del todo y que siga protegiendo, a lo largo de la vida, a todos los “pajaritos” que salieron de el.

La familia es “árbol”, que tiene “raíces” que penetran hondamente en los siglos pasados y “ramas” que se extienden en el siglo de hoy y seguirán extendiéndose en los siglos venideros.

Este libro es también un testimonio de lo mucho que ha significado y significa para mí la familia, “mi” familia.

Cuando el Cardenal Silva publicó sus “memorias”, un grupo de obispos, conversando con él, le señalaban pequeños errores de detalles, o puntos de vista que ellos no compartían. El Cardenal, con uno de sus gestos típicos, apuntó con la mano a su propio pecho y dijo: Son mis “mis memorias”, acentuando el “mis”: “mis” memorias. Yo digo lo mismo. Son “mis” memorias. Pueden ser un tanto unilaterales. Tal vez no sea un defecto. Esto no es un libro de historia: son recuerdos de infancia.

I. UNA FAMILIA CHILENA EN PARÍS

Introducción

De los 5 artículos que componen esta primera parte, el primero fue escrito recientemente y resume los datos que logré reunir, hojeando viejos papeles o apelando a mi memoria. Los 4 siguientes fueron escritos hace ya varios años –parte de ellos, estando de paso en París – y brotaron casi exclusivamente de mis recuerdos de niño y de adolescente. Pueden tener inexactitudes objetivas y apreciaciones subjetivas discutibles: esto ocurre con todos los recuerdos personales, especialmente los de la infancia. Son inevitables.

Fueron escritos separadamente unos de otros; eso explica algunas repeticiones, talvez algunas pequeñas contradicciones. Pero brotaron espontáneos de mi corazón de niño o de adolescente que observaba, recordaba, y, a veces, ponía por escrito sus observaciones y sus recuerdos. Y del esfuerzo de un anciano por revivir esos recuerdos.



A. VEINTE AÑOS EN PARÍS

Mi padre, José Manuel Piñera Figueroa, nace en La Serena, el 8 de agosto de 1868.

Mi madre, Elena Carvallo Castillo, nace en Valparaíso, el 18 de Enero de 1884.

Se casan el 24 de marzo de 1912, a las 12,30 hrs., en la Capilla de las Hermanitas de los Pobres (Población Vergara), en Viña del Mar: él con 43 años, ella con 28.

Marie Louise nace en Chile, el 20 de diciembre de 1912. Mis padres viajan a Europa en el “Principessa Mafalda”, con Marie Louise, de 3 meses y Emilia Castillo, la “mama”, curicana, en marzo de 1913.



Consta que el 22 de enero de 1914, vivían en **12 Boulevard Malesherbes**, en París (8^{ème} arr.)

Viviendo allí, nace Paulette, el 18 de junio de 1914, a las 4,40 hrs, en una clínica situada 49 Boulevard Montmorency, en Auteuil. (16^{ème} arr.)

Algún tiempo después, se trasladan **16 rue des Saussaies** (8^{ème}), esquina de la Rue de Surène, al entrepiso. Allí nació yo, Bernardino, el 22 de septiembre de 1915.

Entre 1915 y 1917, mis padres se trasladaron **2 Rue de Miromesnil** (8^{ème}). Allí nació José, el 8 de agosto de 1917. Allí vivimos cerca de 15 años.

1918- Tengo vagos recuerdos de vacaciones pasadas en 1918, en **Cabourg**.

1919- En octubre de 1919, Marie-Louise, Paulette y yo entramos a la clase “enfantine” o sea la 12^{eme}, en el Instituto de La Madeleine donde Marie-Louise y Paulette siguieron su educación hasta el final, salvo una interrupción en 1922, 1923 y 1924.

1920- En octubre de 1920, mientras mis hermanas seguían en el Instituto-colegio de niñas- yo pasé a una sección masculina en el mismo Instituto, en que éramos mas o menos una docena de alumnos.

1921- En 1921, terminada la 11^{eme}, partimos en vacaciones a Alemania, a **Baden-Baden**, en la Selva Negra, después a **Viena**, en Austria y finalmente a **Munich**, nuevamente en Alemania, en Baviera. Regresamos a París para la Navidad y nos integramos a la 10^{eme}, en el mismo Instituto. Yo recuerdo, sin embargo, haber asistido poco a clases ese año y el siguiente.

1922- El año 1922, al llegar a octubre, se produjo un cambio en nuestra educación. Me matricularon en el Cours Hattemer-Biais, colegio “en casa”, con “control” semanal. Yo iba una tarde por semana, con nuestra institutriz. Ahí me tomaban las lecciones, examinaban mis tareas, nos explicaban las materias nuevas y nos entregaban una hoja fotocopiada que debía guiar nuestro estudio durante la semana siguiente. Las clases las hacía Mme. Biais, la esposa del director, Henry Biais, a quien evoco en otro capítulo. Marie-Louise, Paulette y yo estudiábamos juntos, bajo la dirección de la institutriz y siguiendo las indicaciones del Cours Hattemer. José todavía no seguía estudios regulares, y, estudiaba aparte.

1923- En 1923, terminada la 9^{eme}, veraneamos en Beyris, cerca de **Biarritz**. La familia Bernales veraneaba por ahí, más cerca de Biarritz. En octubre, seguimos con la 8^{eme}.

1924- En 1924, en mayo, Marie-Louise y Paulette hicieron su Primera Comunión, lo que fue un acontecimiento en la familia. Mi papá nos regaló, a José y a mí unos pequeños devocionarios empastados en cuero fino donde hizo poner a mis hermanas unas dedicatorias adecuadas, inspiradas por él.

Veraneamos en **Gerardmer**, en Alsacia.

En octubre seguimos en el Cours Hattemer, en 7^{eme}.

1925- En 1925 pasamos las vacaciones de Pascua en **Fontainebleau**, lo que nos permitió conocer el Castillo en que vivió Francisco I y en que trabajó Leonardo da Vinci.

En mayo, ese año, yo hice mi Primera Comunión; también un acontecimiento familiar importante y una experiencia espiritual muy intensa para mí.

En el verano estuvimos en Pontaillac, cerca de **Royan**. Allí veraneaban también los Quezada y los Morla.

En los primeros días de octubre de 1925, yo ingresé al Liceo Janson de Sailly, a 6^{ème} (Petit Lycée). Marie-Louise y Paulette se matricularon nuevamente, también en 6^{ème}, en el Instituto de La Madeleine.

1926- En 1926 pasamos las vacaciones de Pascua en **Saint Germain en Laye** y las vacaciones de verano en **La Baule** y en **Aix les Bains**. En La Baule veraneaban también los Ross Gibson,, amigos de mi familia, con sus hijos Eliana, Henry y Jacquot. En octubre, Marie Louise, Paulette y yo entramos en 5^{ème}.

1927- El año 1927 pasamos las vacaciones de Pascua, o sea la Semana Santa, en **Verneuil**, en el Valle del Loire, lo que nos permitió, al regreso, visitar algunos de los famosos castillos.

José debe haber hecho su Primera Comunión en mayo de 1927, probablemente en la Parroquia de Saint-Philippe du Roule.

En verano fuimos a un pueblo llamado Publier, cerca de **Evian**, sobre el Lago de Ginebra. En octubre entramos a 4^{eme}.

1928- En Pascua de 1928 pasamos las vacaciones en **Montmorency**. Y en el verano estuvimos en **Juan les Pins**, en la Costa Azul. Al regreso visité con mi papá la zona de Arles y Avignon.

En octubre entramos, Marie-Louise, Paulette y yo en 3^{eme.}, yo al Grand Lycée. José entró al Petit Lycée en 5^{eme.} Estábamos en secciones separadas así que casi no nos veíamos.

1929- En 1929 veraneamos en Saint-Enogat, cerca de **Dinard**. Nos visitó Monseñor José María Caro, entonces Obispo de La Serena. Veraneaban también allí don Domingo Amunátegui Solar, con su señora María Lecaros y cinco de sus hijos: Rosa, Quena, Paulina, Migul y Gonzalo, amigos de mi familia.

En Octubre Marie-Louise, Paulette y yo pasamos a 2^{éme.}; José a 4^{éme.}

1930- En 1930 pasamos la Semana Santa en **Versailles** lo que nos permitió conocer bien el famoso Palacio de Luis XIV. En el verano viajamos a Inglaterra, a **Lower Sydenham**, en el sur de Londres. En octubre Marie-Louise, Paulette y yo pasamos a 1^{ere.}, y José pasó a 3^{éme.} ambos en el Grand Lycée. Fue el único año en que estuvimos en el mismo patio pero nos veíamos poco.

1931- Para Pascua de 1931 estuvimos en **Fleurines**, un lugar de campo en medio de la Forêt d'Halatte, al norte de París. En julio, Marie-Louise y Paulette dieron sus exámenes finales y el Certificado y yo di la primera parte del Bachillerato, con latín, inglés y castellano.

En el verano que siguió no salimos a ninguna parte, probablemente porque nos trasladamos a vivir a **18 Rue Spontini** (16^{éme.}), y dedicamos el verano a instalarnos en nuestro nuevo departamento. En octubre yo ingresé a estudiar Matemáticas (Mat.Elem.) para la segunda parte de mi Bachillerato y, paralelamente, cursé Filosofía. José estaba en 2^{eme} en el Grand Lycée, y yo nuevamente, en otro patio, el de Mat.Elem, Philo y Mathématiques Spéciales, preparación a las grandes escuelas de ingeniería.

1932- En julio de 1932, yo di mi Bachillerato en matemáticas y en filosofía. Salí mal en matemáticas pero me fue bien en filosofía: “mention bien”. En el verano estuvimos dos meses, nuevamente en Inglaterra, en **South Hampstead**, en el norte de Londres, y después en un Hotel en Lancaster Gate, al norte de Kensington Gardens. De regreso a París, nos fuimos a vivir a dos pequeños departamentos amoblados, **189 Rue du Faubourg Saint Honoré**, cerca de Saint Philippe du Roule, y de allí partimos en noviembre, a La Pallice, cerca de La Rochelle, para embarcarnos a Chile.

B. UN DÍA EN PARÍS

Es el lunes 12 de Junio de 1995. He querido revivir en “un día”, los “veinte años” evocados en el capítulo anterior.

Me hospedo en la Casa de los Lazaristas, 106 rue de Sèvres y, cerca de las 10am., atravieso la calle para tomar el Metro en la Estación “Vaneau”. Cambio en “Duroc” y me bajo en “Champs.Elysées-Clémenceau”, en la vereda sur de la Ave. des Champs-Elysées. La atravieso en seguida.

Les Champs-Elysées

Estoy ahora en la vereda norte. La Avenue Marigny divide la parte norte de los Champs-Elysées en dos sectores. Hacia la Plaza de la Concordia, sector nor-oriental, se extiende una zona que solíamos visitar, de cuando en cuando, en familia, en alguna tarde de verano. Al pie de la estatua de Alphonse Daudet, nos tomamos una foto: mi mamá, vestida a la última moda de 1915, Marie-Louise y Paulette tienen dos o tres años. Yo estoy en el coche de guagua. José aun no nacía.

Pero es el sector nor-poniente el que me trae los más íntimos recuerdos. Allí están el Teatro Marigny, de forma poligonal. Detrás de el, una pileta redonda con un caminito semi-circular que la separa del Restaurant Laurent, que tuvo siempre algo misterioso para mi imaginación de niño. En ese caminito había algunas bancas en que se sentaba Emilia Castillo, nuestra “mama”, conversando en su francés “curicano” con otras “nounous”. Nosotros jugábamos en un montón de arena situado entre la pileta y el teatro.

Ya más grandes, participábamos en juegos colectivos: gendarme-voleur, cache-cache. Para tirar la suerte se cantaba: “Amstramgram” o “Pomme de reinette et pomme d’api” o “Ineminemanemo”... Mi mamá, educada en la Monjas Francesas de Valparaíso, recordaba de sus tiempos de niña: “Ine pule sir in mure...” y terminaba así: “Picotí, picotá, de la kele e de san va” (“lève la queue et puis s’en va”, traducíamos nosotros).

Mas tarde vino el “cerceau”, con el palito. ¡Cuántos kilómetros recorrí de niño, corriendo tras el círculo de madera, sintiéndome en pleno control de algún motor poderoso en que todo dependía de mí. Vino también la “patinette”, el mono patín. Cuando los Astoreca regresaron a Chile, heredamos de Matuco una patinette con pedal. Era como pasar de una citroneta a una Mercedes Benz.

Ya no están los burritos grises y los cochecitos tirados por cabras, tampoco los “carrousels”. Han cambiado de sitio el Teatro Guignol y los columpios. Quedan solo algunos kioscos, a lo largo de la Avenue des Champs-Élysées, en que se vendía el “sucre d’orge” (chupetes), la “régisse”, el “cachou”, la “guimauve”.

Recordé una tarde de verano en que mi papá, por hacernos reír, ocupó una silla y cuando la “chaisière” se acercó a cobrarle el arriendo -de la silla - se hizo el profundamente dormido. Durante varios minutos, la pobre cobradora hizo todo lo posible por recaudar sus pocos céntimos; le gritaba al oído, le tocaba el codo, le remecía la silla: mi papá no despertó.

A lo largo de la Avenue Gabriel, se instala todavía la “foire aux timbres”. La recorro entera, desde le Rond-Point hasta la Avenue Marigny. Me asomo a la Rue du Cirque. Para disipar el misterio del Restaurant Laurent de mi infancia, me

acerco a su entrada principal. Aun no es hora de almuerzo; felizmente, porque viendo el menú del día y los precios, calculo que con menos de 200 o 300 dólares no alcanzaría a tomar un “repas” como corresponde.

Subo ahora por la majestuosa y tranquila Avenue Marigny. A la derecha, el Palacio del Elysée, donde Chirac acaba de suceder a Mitterand. En mi tiempo los presidentes eran Alexandre Millerand, Raymond Poincaré, Gaston Doumergue, Paul Doumer.

A la izquierda, me fijo en las cabezas de caballo -de piedra o de estuco- que adornan el patio de la casa-esquina con la Avenue Gabriel. ¡Cuántas veces las miré de niño! Aun quedaban caballos en las caballerizas de ese elegante “hôtel particulier”. Y luego viene el Palacio de los Rothschild, hoy residencia de los huéspedes oficiales del Presidente de la República. Los viejos castaños siguen dando su sombra a la hermosa avenida.

A lo largo de los edificios corre como una segunda vereda, que va declinando en altura. Muchas veces, de niño, caminé con un pie arriba y otro abajo, constatando que mi cojera aumentaba a medida que se separaban los planos. El “que dirán”, me impide intentarlo de nuevo.

2 Rue Miromesnil

Llego a la Place Beauvau. Muchas cosas han cambiado. El café, al llegar al final de la avenida, con su terraza con mesas, ha desaparecido. Ha desaparecido también la “boulangerie” en que nos proveíamos de “baguettes” y, en algunas ocasiones, de “éclairs au café ou au chocolat”, de “tartes aux pommes”, de “mille-feuilles” o de “babas au rhum”. La librería Emile-Paul, en la esquina de Saint-Honoré con Miromesnil, ha cambiado de dueño y de categoría. Echo una mirada al número 2, la casa en que vivimos, pero, por ahora, sigo por Saint-Honoré hasta la Ave. Matignon.

La hermosa calle Saint-Honoré ha cambiado solo en detalles. El Hotel Bristol sigue allí. Quedan también algunos negocios muy antiguos: Daloyau, Nicolás, algunas librerías de viejo, de alto nivel. Al llegar a la Ave. Matignon y tomar

hacia el norte echo de menos a las “marchandes des quatre-saisons”, con sus carros de mano pintados de verde, en que vendían frutas y verduras.

La Avenue Matignon llegaba entonces tan solo hasta la Rue de Penthièvre. Una “caserne” (cuartel) le cerraba el paso. Hoy día la caserne ha desaparecido y la Avenue Matignon se continúa por la Avenue Delcassé hasta la Rue de La Boétie. Por ahí me meto y doblo a la derecha, por La Boétie, hasta Miromesnil. De ahí doblo nuevamente a la derecha hacia la Place Beauvau.

Mil veces, de niño, anduve esas dos cuadras entre nuestra casa y el metro Miromesnil, al ir o volver del Liceo. Han cambiado muy poco. Alguno que otro edificio muy viejo está siendo remodelado. El comercio ha subido de categoría. Me quedo un largo rato parado en la vereda, frente al N° 2, mirando la casa de mi infancia. Me vienen a la memoria los versos de Lamartine:

“Efface ce séjour, ô Dieu, de ma paupière
ou rends-le moi semblable à celui d’autrefois,
quand la maison vibrait, como un grand coeur de pierre,
de tous les coeurs joyeux qui battaient sous ce toit”. (La Vigne et la Maison)

*Borra, o Dios, de mis ojos, este hogar de mi infancia
o vuelvemelo tal como era entonces,
cuando la casa vibraba como un gran corazón de piedra
de todos los corazones alegres que batían bajo este techo.*

Esta vez no tocaré el timbre, no entraré en el zaguán, no abriré la puerta a la izquierda, no subiré los cuatro pisos - ahora hay un ascensor- y no llegaré al “palier” del 3ème. étage. Lo he hecho otras veces. Tres veces he visitado el

departamento, ahora irreconocible: han unido el salón con el escritorio en que leía mi papá; han transformado el “office” en sala de baño; han cambiado la cocina. Pero los recuerdos, después de más de 60 años, permanecen vivos.

Vuelvo ahora a la Place Beauvau. Paso frente a la hermosa reja del Ministerio del Interior. Una tarde, vi pasar frente a el a Pierre Laval, con su corbata blanca característica. Fue fusilado, mas tarde, como petainista. En la esquina de la Rue des Saussaies estuvo un restaurant: La Crémaillère; ya no está. Avanzo por la Rue des Saussaies. En el número 16, esquina con la Rue de Surène, está el departamento en que se estableció mi familia en París: papá, mamá y mis dos hermanas. Ahí nací yo, en el “entre-sol” (2º piso) Una vez fui, con mi mamá, donde el dentista, el doctor Béliard, quien ocupaba el departamento. Allí pude conocerlo. Al poco tiempo, mi familia se trasladó al 2 Rue de Miromesnil: allí nació José. Y ahí estuvimos hasta un año antes de venirnos a Chile (1915-1931)

Institut de la Madeleine

Sigo por la Rue de la Ville-l’Evêque. En el número 16 estaba el Institut Normal Libre de la Madeleine, donde estudiaron mis hermanas y yo también, los tres primeros años. Los tres mayores entramos juntos en “enfantine” (12 ème) en 1919, a la clase de Melle. Mourgue. En 11ème y 10ème estuvimos separados. La 10ème, la hicimos a medias porque viajamos ese año a Alemania y Austria y no regresamos hasta Navidad. A la vuelta nos sacaron del Institut; mis hermanas volvieron a el tres años después, a 6ème y terminaron allí sus humanidades.

Marie-Louise fue una alumna brillante. En una repartición de premios, Melle. Hébert, la directora, interrumpió la lectura de los nombres de las alumnas mas premiadas para advertir a la concurrencia que Marie-Louise Piñera había sido “18 fois nommée”. Paulette se destacaba en literatura, en poesía.

Cuando estuve en 11^{ème}, me daban una libreta de notas que debía firmar la apoderada. Mi mamá firmaba, a la chilena, Elena C. de Piñera. Mi maestra, emocionada, me pidió que saludara respetuosamente a “Madame la Comtesse”. Había confundido la C con un título nobiliario. Desde entonces saqué siempre puros 10, sin esfuerzo.

Muchos años después, siendo Obispo, fui a ver a Melle. Hébert. Tenía mas de 90 años. El colegio se había mudado de casa. La nueva directora era Melle Saint.Martin, quien había sido profesora de mis hermanas y ya pasaba de los 70. Melle Hébert me confidenció que ella se había retirado para “dar paso a la juventud” pero que “había que estar en todo”. ¡Pobre Melle Saint-Martin!

La fachada del antiguo Instituto ha desaparecido pero, a través de una vidriera, se puede ver restos del primer patio y el edificio del fondo con sus dos leones y con su escalinata en que las alumnas se tomaban su foto anual.

Saint Philippe du Roule

Vuelvo sobre mis pasos y tomo la Rue d’Astorg hasta La Boétie. Tuerzo a la izquierda hasta Saint-Philippe du Roule. La puerta lateral que da a un pasaje está abierta. Entro y recorro todo: las sacristías, de donde salían, a la hora de la colecta, en sus rutilantes uniformes, los “suisses”, seguidos por los “bedeaux”, de traje negro, con cadena de plata; la Chapelle de la Vierge con sus cuadros de la vida de María que me servían de distracción durante las prédicas y la estatua de Juana de Arco; la Chapelle des Catéchismes, ahora destinada a otros usos.

Vuelvo a la nave central: sacaron el retablo, pusieron el altar al centro del presbiterio, de tal manera que, desde la nave principal, se ve hasta el fondo de la Capilla de la Virgen. No han cambiado las sillitas de paja, ni el púlpito, ni los confesionarios, ni las pilas de agua bendita. En las puertas laterales, por donde salíamos, ya no están los “pobres”, a quienes mi mamá nos enseñaba a dar una limosna que ella misma nos pasaba.

Varias veces prediqué, siendo Obispo, en Saint.Philippe du Roule. La primera vez fue desde el púlpito. Celebraba la Misa l'abbé Gasparus, que era vicario en nuestro tiempo. Yo lo interpelé: "Monsieur Gasparus, ¡vous m'avez enseigné le catéchisme!" El viejo sacerdote se emocionó. Los fieles también. Al menos la colecta, que era para Temuco, pareció indicarlo.

Salgo de la que fue nuestra parroquia durante 15 años y sigo, a la derecha, por la Rue du Faubourg Saint-Honoré, atravesando el Boulevard Haussmann. Quiero ver, en el número 186, la casa en que vivimos nuestras últimas semanas en París (Octubre 1932). Eran dos pequeños departamentos amoblados, en el mismo piso, que daban también a la Rue de Berryer. Por fuera, nada ha cambiado.

Atravieso la Avenue Friedland y tomo la Rue Washington hasta la Avenue des Champs-Élysées. Al frente veo el Café Fouquet's que era el lugar de reunión de los chilenos en París. Ahí tomaba sus aperitivos Héctor Bernal, amigo de mi familia. Me siento en la terraza, tomo una cerveza y sigo mi camino.

Bajo, una vez mas, la Avenida des Champs-Élysées hasta le Rond-Point, donde tomo el Metro. Atravieso las estaciones sabidas de memoria: Alma-Marceau, Iéna, Trocadéro. Y salgo en Rue de la Pompe, la calle de mi Liceo.



Lycée Janson de Sailly

Una escalera mecánica se ha agregado a la escalera corriente que existía de mi tiempo y desemboca en la Avenue Henri Martin (hoy, en esa parte, se llama: Georges Mandel), muy cerca de la puerta del Petit-Lycée. No puedo entrar por esa puerta por causa de remodelación. Me devuelvo hacia la Rue de la Pompe y entro al Liceo por su entrada principal. Una portera me mira con cara de pregunta. Le explico que soy un “ancien élève”. Me comprende y me abre.

Tomo, a la derecha, hacia el patio de la 6^{ème}, 5^{ème} y 4^{ème}, mis tres primeros años en el Liceo. (El curriculum francés era el siguiente: primaire (básico): 12^a, 11^a, 10^a, 9^a, 8^a y 7^o; secondaire (humanidades): 6^a, 5^a, 4^a, 3^a, 2^a y 1^a; y un último año que podía ser de Matemáticas o de Filosofía. Hay muchos cambios. Reveo la clase de 6^{ème} 1, en que entré por primera vez, a los 10 años, en Octubre de 1925. Mi papá me había acompañado, por esa primera vez, y, con gran nerviosismo mío, se asomaba por un vidrio de la puerta que daba al patio y me hacía señas de que me sentara mas adelante,

sin duda para ver y oír mejor. Yo me hacía el que no veía pero mi papá era insistente, tratándose del mejor aprovechamiento de sus hijos. Finalmente se retiró.

Atravieso el patio de los chicos; miro la Enfermería, en que me atendieron unas monjitas cuando me quebré al antebrazo; la Capellanía, la Capilla: el Liceo era laico pero tenía servicio religioso. Me asomo al “réfectoire” con sus mesas de mármol que parecían de autopsia; los patios de gimnasia en que practicábamos el salto alto y largo. Y llego al patio de los últimos cursos, Matemáticas y Filosofía. Mi sala de matemáticas se conserva igual pero el ambiente no es el mismo; el liceo republicano de rígida disciplina se ha transformado en un campus universitario, con jóvenes y niñas que conversan relajados en los pasillos. Paso al patio de la 3ème, 2ème y 1ère. Cuando llegué a ese patio, a los trece años, una manada de alumnos mayores que se dedicaban al deporte de molestar a los novatos, me atacaron y yo, pensando que la mejor defensa es el ataque, me tiré al cuello de uno de ellos y lo tuve afligido, casi estrangulado, hasta que llegó el inspector y me obligó a soltarlo. Al día siguiente supe que mi atacante era el hijo de mi profesor jefe, Mr. Crucioni. El tuvo la gentileza de no darse por enterado.

José entró al Liceo tres años después que yo. Poco estuvimos en el mismo patio y no recuerdo haberlo visto jamás en el colegio. Pero oía hablar de él. Al entrar a 4ème, era uno de los últimos alumnos de su curso. Hasta los 12 años nunca había estado en una sala de clase. A fines de ese mismo año, estaba entre los primeros. Éramos varios miles de alumnos. Recuerdo a muchos de mis compañeros y a cada uno de mis profesores, con nombre y apellido. El que mas me impactó fue, talvez, Maurice Rat, con quien estudié, en 4ème, las Metamorfosis de Ovidio, La Eneida de Virgilio, Horace de Corneille y Iphigénie de Racine.

Muchos años después, siendo yo obispo, supe que estaba retirado y vivía no muy lejos del Liceo. Lo llamé por teléfono. Se negó a venir mientras no diera mi nombre. Cuando supo que lo llamaba Piñera, vino al momento diciendo que me recordaba muy bien, que yo era del curso del 27-28 y que era “très bon élève”. Yo pensé que me confundía con Leon

Zitrone, un judío ruso, brillante, que se destacaba en literatura y llegó a ser uno de los animadores más célebres de la TV francesa y se lo dije. “Zitrone era mas brillante, me contestó M. Rat, pero usted era mas parejo”. Era cierto: yo le ponía empeño a todos los ramos, hasta a la gimnasia y al dibujo pero, de brillante, nada.

El Liceo era laico y, salvo contadas excepciones, era imposible saber cuales eran las opiniones religiosas o políticas de los profesores. Por eso me sorprendí cuando, estando al día siguiente tomando té con Mr. Rat, me pidió que celebrara una Misa en la Parroquia vecina, para su esposa y para él. Era católico observante y nadie de mi curso lo sospechaba siquiera.

18 Rue Spontini

Salgo por la Rue de la Pompe. Sigo hasta la Rue des Belles-Feuilles; tomo a la izquierda por esa calle. Paso frente al 48 bis, donde vivían Alberto Piñera y la Inés Joglar. Todo está igual. Sigo hasta la plazoleta desde donde veo a la izquierda el número 18 de la Rue Spontini, donde vivimos nuestro último año en París (1931-1932). Sigo hasta la Avenue Foch (entonces Avenue du Bois de Boulogne). Alguna vez vimos pasar a Inés Joglar, a caballo, de amazona. Recuerdo haber visto un día a mi papá conversando con Pascual Baburriza; se habían conocido en Iquique; se le tenía por el hombre más rico de Chile. Sigo por la Avenue du Bois, hacia la izquierda y tomo el metro en Porte Dauphine.

Cours Hattemer-Biais

Me bajo en la estación Rome. Quiero recordar el Cours Hattemer-Biais, en que cursé la 9ème, la 8ème y la 7ème, antes de entrar al Liceo. Saliendo del metro, sigo el Boulevard des Batignolles hasta la rue Clapeyron. Allí, creo que en el número 14 está todavía el edificio en que funcionó el Cours Hattemer. Desde la calle se alcanza a ver la sala del primer piso en que se daban las clases. Yo asistía, una tarde a la semana, con nuestra institutriz, Melle Vialleton en aquel tiempo.

Los alumnos nos sentábamos en torno de una mesa con paño verde y Mme. Biaïs nos presidía desde un pupitre en altura. Era una señora de cierta edad, muy digna y usaba alrededor del cuello una especie de corsé, cuyas barbas se le enterraban en las partes blandas del cuello. Nos tomaba la lección; aun recuerdo los mapas de Europa, en que figuraba todavía, como una gran mancha amarilla, el Imperio Austro-Húngaro. Luego nos daba y explicaba el trabajo para toda la semana. Las institutrices -cada alumno llegaba con la suya, o con su mamá- sentadas detrás de una baranda, tomaban nota de todo y recibían una hoja mimiografiada que les permitiría trabajar con nosotros durante toda la semana. El estudio se hacía, en casa, con la institutriz. Mis hermanas compartían el mismo trabajo. José estudiaba aparte porque era dos años menor que yo y siempre se le consideró un tanto enfermizo o debilucho.

Recuerdo con mucha gratitud a Mme. Biaïs. Cuando estuve en 7ème (9 a 10 años) nos preparó a todos para la Primera Comunión, que hice en la Parroquia Saint-Louis d'Antin -cerca del Printemps- bajo la dirección de los abbés Raffin y Hecquet. Muchos años después, siendo Obispo, fui a visitar al abbé Raffin, quien tenía ya más de 80 años y era cura de La Madeleine -la Iglesia en que fui bautizado. El me invitó a predicar, un domingo, en todas las misas. La colecta fue la más grande que había recibido hasta entonces.

Sigo por la rue Clapeyron hasta la Place de Dublin. Tomo la Rue de Saint-Pétersbourg -antes, de Leningrad-, hasta la Place de l'Europe; la rue de Madrid hasta la rue Portalis y ésta hasta Saint-Augustin: es el recorrido que hacía de niño para ir y volver al Cours Hattemer; no había autobus en ese trayecto y no éramos de auto ni de taxi: la caminata era larga y pesada.

Un día., al regresar a casa, mi papá me preguntó qué puesto había obtenido: nos daban notas y puestos. “El tercero”, contesté. (Drouant y Lenormand solían ser 1º y 2º) “Y ¿por qué no el primero?”, me preguntó mi papá. No entendí la pregunta. ¿Por qué había de ser yo el primero?

Allí terminó mi itinerario de los recuerdos. No había comido desde el desayuno y me fui a cenar a algún restaurancito del barrio.

Termino este relato con unos versos de Víctor Hugo que aprendí de memoria en 6^{éme}, a los 10 años, recién entrado al Liceo y que no he olvidado.

“Pourquoi devant mes yeux revenez vous sans cesse,
 ô jours de mon enfance et de mon allégresse?
 Qui donc toujours vous rouvre, en nos coeurs presque éteints,
 ô lumineuse fleur des souvenirs lointains?”

*¿Por qué, ante mis ojos, volvéis siempre
 o días de mi infancia y de mi alegría?
 ¿Quién siempre te reabre en nuestros corazones ya casi apagados,
 o luminosa flor de los recuerdos lejanos?*

C. 2 RUE DE MIROMESNIL

La calle Miromesnil, una de las calles largas de París, parte desde la Plaza Beauvau hacia el norte. El número 2 es el de la primera puerta a la derecha y corresponde a un edificio bastante lujoso que forma la esquina, con una imponente fachada hacia la plaza. Por el mismo zaguán de entrada se tiene acceso, a la izquierda, a un segundo edificio, mas modesto: allí vivíamos nosotros, “au troisième” es decir en el cuarto piso, ya que nuestro primer piso, lo llaman los franceses “rez de chaussée” y el segundo nuestro es, para ellos el primero. Se subía por una escalera circular. En cada piso había un “palier” al que se abría un solo departamento.

Allí llegaron, entre fines del año 15 y principios del 17, mis padres con sus tres hijos mayores. Allí nació, en 1917, mi hermano José. Y dejamos el departamento, 15 años después, en Julio de 1931. Fue nuestro nido, nuestra cuna, nuestra primera escuela. De allí salimos lo que fuimos, lo que somos.

Mis padres se casaron en Chile en Marzo de 1912. En Diciembre de ese año nació Marie Louise. En Marzo de 1913 se fueron a Europa en el “Principessa Mafalda”. Venía con ellos, en calidad de “mama” Emilia Castillo, de Curicó, mujer sencilla, de pocas palabras. Nunca logró aprender el nuevo idioma, decía que “no tenía boca para el francés”. Cuando veía la Plaza de la Concorde, tan famosa, ella se encogía de hombros: “¡Quien la va a comparar, decía, con la Plaza de Curicó!”. Y tenía razón. Se volvió a Chile en 1919. Una foto recuerda su despedida: sus cuatro niños, nosotros, la rodeamos; teníamos entre 3 y 8 años de edad.

Paulette nació en una clínica en Auteuil. Yo, en el departamento que ocupábamos entonces, 16 rue des Saussaies, “à l’entresol”, piso intermedio entre el rez de chaussée y el primer piso. De allí se trasladó mi familia a la Rue Miromesnil, a dos cuadras apenas. La Rue de Saussaies y la Rue de Miromesnil forman un ángulo agudo que encierra el Ministerio del Interior, con su hermosa reja que da a la Place Beauvau.



No les voy a invitar a visitar el departamento. Habría que conocer los códigos, consultar por teléfono y disipar sospechas, cosas que antes no existían. Y si lográramos entrar, encontraríamos todo muy cambiado. Prefiero recorrer con ustedes el departamento tal como era en aquel entonces. (Ver plano, pág. 27)

Se entraba entonces por el N° 2 de la Rue Miromesnil a un zaguán. A la izquierda estaba la “loge” donde atendían los conserjes. Paulin y Adèle Tassaoud, en aquel entonces un matrimonio cincuentón, acogedores. Cuando volví a París por primera vez, 20 años después de haber dejado el departamento, los encontré allí mismo, envejecidos pero firmes. Hicimos muchos recuerdos. Yo era ya sacerdote y me pidieron que celebrara una misa por ellos y por sus seres queridos, en la parroquia vecina. Lo hice con gusto y con emoción. En la “loge” pasábamos a retirar la correspondencia.

Al fondo del zaguán se abría un patio interior común a los dos edificios. A la derecha estaba el acceso al edificio que formaba esquina, que a nosotros nos parecía de gran lujo. A la izquierda se accedía a la escalera (1) que subía a nuestro

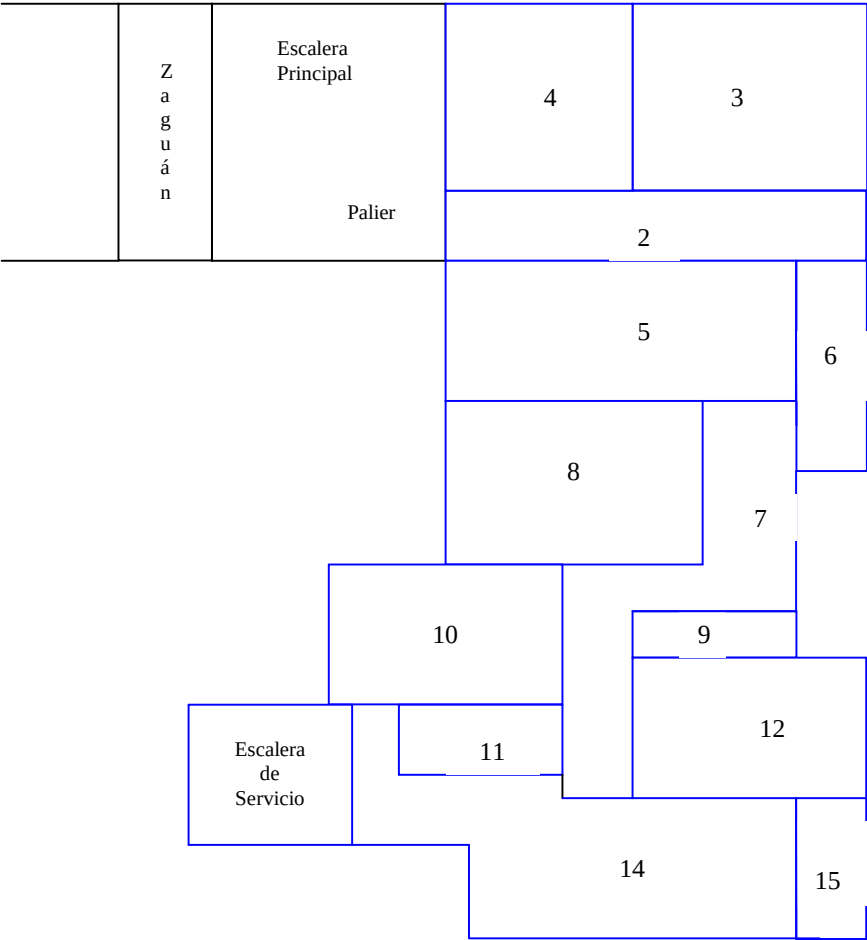
departamento, escalera redonda, alfombrada. Hoy han puesto un pequeño ascensor al medio de la escalera. En las tardes de domingo, desde la ventana de la pieza (10), veíamos subir lentamente a mi papá y a mi mamá que regresaban de casa de Josefina Bernales Larraín, una dama chilena que reunía a sus amigos de la colonia y a los chilenos de paso por París, todos los domingos en su lujoso departamento del “seizièmè”, el barrio elegante de París.

Se llegaba al “palier” donde se abría la puerta del departamento. Se entraba a un cuarto largo, angosto y oscuro (2) que llamábamos la “antichambre”. A la izquierda se abrían dos piezas. La (3) era el salón, con dos ventanas a la calle. El salón era la pieza de mi mamá. Allí recibía por las tardes sus amigas. La mas asidua era la tía Inés Joglar, que venía todos los días, como a las 6 PM. Allí recuerdo a Ema Serrano de Bernales y a sus hermanas, la Mechura y la Quena, Fanny Lira de Amunátegui, Gertrudis Lyon de Freire, Josefina Bernales que vivían en París y muchos chilenos de paso que traían noticias del terruño.

La (4), a la que se accedía por un pequeño pasillo, era el escritorio donde pasaba gran parte del día mi papá, con sus libros, sus diarios y sus revistas, desde Le Temps hasta La Nouvelle Revue Française. Fue también un tiempo dormitorio de mis padres. Tenía dos ventanas a la calle, como el salón.

A mano derecha, en la antichambre, se abría la puerta del comedor (5), una pieza grande. Si el salón era la pieza de mi mamá y el escritorio la de mi papá, el comedor era la pieza de la familia. Allí estaba el buffet y un gran armario normando y la mesa del comedor, hoy todos ellos en casa de Paulette. Mi mamá se sentaba en el lado norte y mi papá, de espalda al patio. Marie Louise y Paulette, a derecha e izquierda de mi papá. José y yo a izquierda y derecha de mi mamá. Una empleada “del comedor” servía a la mesa. No tengo recuerdo que alguno de los seis haya faltado alguna vez a la mesa de familia. Nadie llegaba tarde o se paraba de la mesa antes de tiempo. Mi mamá con su envidiable facilidad de palabra llevaba la conversación. Mi papá la escuchaba con interés; él hablaba poco pero cuando lo hacía era interesante oírlo. Nosotros participábamos libremente en la conversación pero con respeto y sin grito.

PLANO DEL DEPARTAMENTO



Detrás del comedor estaba el “office” (6), el repostero, que tenía puertas a la antichambre y al corredor (7). Al frente de ésta se abría la del dormitorio (8) que fue habitualmente el de mis hermanas. Se comunicaba por dentro con el dormitorio (10) que fue el de José y mío. A el se abría un cuartito de baño (11).



El corredor (7) doblaba en ángulo recto hacia el sur y allí se abría la puerta de entrada al dormitorio (10). A la izquierda estaba el “cabinet” (9), o sea el WC. Luego doblaba el corredor hacia la cocina (14). A la izquierda la pieza (12)

que fue en los primeros tiempos el baño de la casa, pero que mi papá transformó en dormitorio para los niños, lo que le permitió trasladarse él y mi mamá a la pieza (8) y mis hermanas a la pieza (10).

La pieza (13) que era originariamente una dependencia de la cocina se transformó en baño que comunicaba con la pieza 12. Finalmente la cocina (14) grande, acogedora. Allí estaba el balón del gas, con su llave que había que cerrar todas las noches por seguridad. Era un clavo de bronce que había que dejar horizontal. Más de una vez, de noche, se oía la voz de mi mamá que llamaba a cualquiera de nosotros: “quieres ir a ver la llave del gas; no sé si quedó cerrada”. Y uno saltaba de la cama y para allá partía. Una vez que visité el departamento, muchos años después, pedí, como un privilegio, que me autorizaran a abrir y cerrar “una última vez”, la llave del gas.

¿Cómo transcurría la vida en ese departamento parisino, en ese inmueble en que éramos la única familia con niños? Con sencillez, con cariño y en paz.

Mi padre era callado, tranquilo, pero laborioso, esforzado. Salía, todas las mañanas, al barrio latino, donde estaban -y están todavía- las casas editoriales y las grandes librerías -Hachette, Gallimard, Plon-Nourrit, Calmann-Levy etc. Allí cumplía sus obligaciones. Durante muchos años enviaba libros a la Biblioteca Nacional y otros centros académicos chilenos. Y fue poco a poco formando su biblioteca de “bibliófilo”. Mi papá tenía, al llegar a París, una buena cultura literaria española y chilena, adquirida en el Seminario, en el Liceo de La Serena y en la Universidad de Chile en Santiago. Muy luego le agregó una vasta cultura literaria francesa, que culminaba en Sainte-Beuve, en Taine y en Renan -su ídolo literario. En París, profundizó en los clásicos -especialmente Pascal, de quien era muy devoto. Pero sobre todo siguió muy de cerca el desarrollo de la literatura francesa de su tiempo. Gide, Valery, Claudel eran su mundo. Sin descuidar los autores para iniciados, las ediciones raras, “numérotées”, en papeles finos que le encantaban. Mr. Huser y Mr. Klein se encargaban de empastar sus libros en cuero rojo o beige, “marroquin” o “chagrin” con la prolijidad de artesanos medievales.

Mi papá, lo he dicho, hablaba poco. En París se sentía en su ambiente. Pero no olvidaba a Chile. Y, en Chile, había un lugar al que iba todo su recuerdo y su cariño: era La Serena. Su voz se quebraba cuando recordaba la ciudad tranquila, mas orientada entonces al río Elqui que al mar; la casa de familia, su infancia, el Seminario, el Liceo, su partida a Santiago a estudiar leyes y esos años compartidos entre el derecho, la historia, -su íntimo amigo fue Enrique Matta Vial, fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, -de la que nunca pensé llegar un día a ser socio-, la literatura -formó parte de los “filósofos chinos”, de los “jóvenes turcos” y de otros grupos de aquel entonces de tendencia liberal, y el periodismo – escribía en El Ferrocarril-. Nos hablaba de la revolución del 91 en que combatió contra Balmaceda, y fue herido, en Placilla o en Concón; su partida a Iquique, donde trabajó tesonamente en negocios salitreros, durante cerca de 20 años. Sus esfuerzos por arreglar la situación económica de su madre, de sus tías y de sus hermanas, que a la muerte de su padre, habían quedado pobres y desamparadas; su regreso a Santiago hacia 1911, su matrimonio y por fin la realización del sueño tantos años anhelado: llegar a París, a la ciudad de Ernesto Renán y de Anatole France, de la inteligencia y de la cultura.

Pero, una y otra vez, volvía su recuerdo a la casa de La Serena, dejada a la familia por don Alejandro Aracena, el esposo de la tía Pabla, las tías “viejas”: Paula, Jesús, Rosa, Virginia, -las dos últimas murieron estando nosotros en París, y sus hermanas, Teresa, Luisa y Carmela con quienes manteníamos correspondencia continua, en francés por parte nuestra.

Alguna vez afloraban recuerdos más íntimos. La Ángela Vicuña parece haber sido el gran amor de su juventud. A veces le preguntábamos, a boca de jarro: “Papá: ¿cómo era la Ángela Vicuña?” Mi papá se quedaba en suspenso. Un fugaz recuerdo hacía brillar sus pupilas. “¡Oh!” exclamaba. Y ese ¡oh! se prolongaba algunos segundos. Mi mamá se apresuraba en cambiar de tema.

Pasaron 30 o 40 años. Recién nombrado auxiliar de Don Manuel Larraín en Talca, visitaba a las Carmelitas de esa ciudad. Tras la gruesa cortina del locutorio, todas hablaban a la vez. Yo percibí una vocecita muy débil pero clara y

persistente: “¿Y cómo está Pepe?” Pregunté quien era. Se identificó: era Ángela Vicuña, ya muy anciana, pero que recordaba, ella también, en la paz del claustro, a su amor de juventud.

Mi mamá era muy diferente. Creo que se complementaban muy bien. Mi mamá era sencilla, llana, alegre y amena. Era sociable, le gustaba estar con sus amigas pero antes que nada era hogareña. Su mundo era la casa y no solo la atención de su marido y de sus hijos: le gustaba cocinar, cocer, tejer, lavar y planchar. Sabía usar sus manos que eran blancas, delgadas y con grandes venas azules.

En casa comíamos bien. En parte por ese don de dueña de casa propio de mi mamá. En parte también porque vivíamos en París, donde todo el mundo “sabe” comer. Recuerdo el “rump-steak”, (un kilo deuxcents), que mi mamá encargaba por teléfono a la carnicería y los “boudins de table” -las prietas-, las escalopas apanadas, los pollos asados, los “salsifis” fritos con puré, los purés de arvejas con trocitos de pan frito, las croquetas, y de cuando en cuando la cazuela de ave o las empanadas para sentirnos chilenos. Y los postres: la torta de bizcochuelo con dulce de damasco y merengue de los cumpleaños, el postre de chocolate o una especie de budín de fruta que hacía cuando había visita, las hojaldras con almíbar y, de cuando en cuando, algo de la insuperable pastelería francesa: la “tarte aux pommes”, los “éclairs”, “au chocolat” o “au café”.

Mi mamá también recordaba mucho a su familia: sus 6 hermanas, sus 2 hermanos y los sobrinos que solo alcanzó a conocer de niños. Su padre, viudo y vuelto a casar, que murió cuando estábamos en París. El reencuentro con toda esa familia tan unida, cuando, el 8 de Diciembre de 1932, el “Reina del Pacífico” atracó en el muelle de Valparaíso fue sin duda para mi mamá uno de los días mas felices de su vida, así como fue para mi papá, pocos días después, la llegada a la casa familiar de La Serena, a medianoche, después de un largo y fatigoso viaje en tren.

Marie Louise y Paulette compartían una misma pieza y estaban en el mismo curso en el Institut de la Madeleine. Pero eran muy diferentes. Marie Louise era rápida, iba derecho al grano. Se destacaba como alumna. Paulette era más metódica y empeñosa. Se acostaba temprano después de comer y estudiaba en cama, con su maletín azul lleno de libros y cuadernos a su lado.

José y yo jugábamos largas horas con nuestros soldados de plomo, del tiempo de Napoleón, reviviendo la epopeya imperial que leíamos en las memorias de General Marbot. Yo contaba la historia y José movía las piezas. ¡Solo Dios sabe cuantas batallas ganamos y perdimos, cuantas veces instalamos y levantamos el campamento!

También jugábamos “à la ferme” un juego inventado por nosotros en que los soldados eran reemplazados por toda suerte de animales domésticos, incluso algunos salvajes.

Pero lo que más abundaba en la casa eran los libros. Mi papá nos compraba cuanto libro había para niño, desde la Biblioteca Rosa -las obras de la Comtesse de Ségur- y la Biblioteca Verde -Julio Verne, entre otros- hasta ediciones de los clásicos para niños, atlas, enciclopedias y todo lo necesario para que llegáramos a ser buenos lectores. Libros era lo que sobraba en la casa. Mi mamá, en cambio, no era de mucha lectura. Cuando llegaba el tiempo de salir a vacaciones, mi papá iba juntando libros para aprovechar los ocios veraniegos. Varios años consecutivos incluyó a Dostoievski; mi mamá decía que los Hermanos Karamazov la aterraban. ¡Con razón!.

En casa, a más de los cumpleaños o los santos, se celebraba la Navidad. Con días de anticipación se clausuraba la pieza en que iba a realizarse la fiesta, el comedor o el salón. De noche, mis padres disponían los regalos, en medio de guirnaldas y de luces. En la mañana de Navidad entrábamos, asombrados al ver tan maravilloso cambio, a buscar cada cual sus regalos. Con el paso de los años el mágico espectáculo fue apagándose poco a poco.

Todas las fiestas se acompañaban de la recitación de poesías. Mi papá tenía buena voz y buen oído y fina cultura musical. Pero nunca nos enseñó a cantar, talvez para no perder el tiempo al constatar las escasas aptitudes artísticas de sus

hijos. En cambio nos enseñó a recitar poesía: Lamartine, Baudelaire, Béranger, Ronsard fueron algunos de los poetas con que ejercitábamos la paciencia de las ocasionales visitas. Por lo menos nos íbamos familiarizando con la belleza literaria y entrenando la memoria. Todavía, en ratos de ocio, me vuelven a la memoria los versos de la infancia: “Quand vous serez bien vieille, au soir, à la chandelle...”

Mi papá llegó a dominar el francés casi a la perfección. La pronunciación era buena aunque el acento siempre denotaba un poco el idioma materno. Mi mamá se desenvolvía en francés sin mayores exigencias: lo suficiente para darse a entender. Nosotros, los niños, fuimos perfectos bilingües. En casa hablábamos español con los padres y francés entre nosotros. Nos llamaba la atención que nuestros padres tuvieran dificultad para pronunciar la “u” francesa o para dominar el uso del “en” y el “y”. Desde niños aprendimos y practicamos también el inglés. Por dos años tuvimos clases de alemán en casa, dos veces por semana con Herr Bluem, un alemán simpático y buen profesor. Mi papá no descuidaba nada para que aprovecháramos al máximo lo que para él era un gran privilegio: el poder educarnos en Europa, en París. Y cuando ya las rentas no dieron para más, la nostalgia de la patria se hizo más aguda y hubo que pensar en la Universidad, se decidió el retorno. En Noviembre de 1932 nos embarcábamos en La Palisse, rumbo a Chile.

Pero antes de dejar París y la Rue Miromesnil quiero invocar algunas personas que acompañaron nuestra infancia. Monsieur Quenotte venía de cuando en cuando a subir la leña o el carbón desde la “cave”, a lavar vidrios, a hacer trabajos pesados. Era un viejo macizo, probablemente alcohólico y vivía en un Asile de Nuit de la Rue Tocqueville. Era simpático, nos daba boleto a los niños que le oíamos como un oráculo.

Jeanne Lapeyre había sido empleada en casa nuestra pero dejó el servicio para ejercer como manicure; siguió viviendo un tiempo en el 5º piso de nuestro edificio que era el piso reservado a las empleadas. Ella bajaba a menudo a vernos. Alguna vez nos convidaba a su cuarto. Era una mujer fina, agradable, discreta: la recuerdo con cariño.

En casa solía haber tres empleadas. Podían ser francesas, como Valentine Morillon, españolas como Hortensia o Josefa, suizas o luxemburgesas. Una atendía la cocina; otra el comedor; otra las piezas. Yo tenía simpatía por ellas; me preguntaba porqué, viviendo en nuestra misma casa y compartiendo nuestro diario vivir, no podía existir una mas plena integración con la familia. Me gustaba conversar con ellas; talvez nació entonces en mi subconsciente el “Hogar de la Empleada” al que, treinta años después, dedicaría mis primeros años de sacerdote.

Estaba también la institutriz, francesa, la que, por lo general, no se hospedaba en el departamento. Recuerdo a Mlle. Vialeton que nos introdujo en la lectura del General Marbot y en la epopeya napoleónica. Nos hablaba siempre de una sobrina tuberculosa a quien iba a ver al Sanatorio de Villepinte y que pasaba las vacaciones en Mimizan les Pins. Nunca la conocimos. Mlle. Vialeton era muy piadosa: nos hablaba de Santa Teresa de Lisieux, de Juana de Arco recién canonizadas, y de la Medalla Milagrosa, de la Rue du Bac, que tantas veces hemos visitado, José y yo, cada vez que pasábamos por París.

En verano solía acompañarnos a veranear alguna joven estudiante inglesa “au pair” para que practicáramos el idioma. Y en dos oportunidades -1930 y 1932- pasamos las vacaciones en Inglaterra, cerca de Londres, en Lower Sydenham la primera vez y en South Hampstead cerca de Swiss Cottage, la segunda. Muchos años después he vuelto a visitar ambas casas y a constatar el paso del tiempo.

Una de las empleadas, Louise, francesa, morena, un tanto amargada, se quejaba mucho de la suerte de los pobres. “L’argent ne fait pas le bonheur”, le decíamos, para consolarla. “¡Mais il y contribue énormément!”, contestaba tajante.

A Valentine le tocaba acompañarme al Liceo en los primeros tiempos, cuando tenía 10 años. Tomábamos el metro en “Miromesnil” y nos bajábamos en “Rue de la Pompe”. Por un acuerdo tácito, ella y yo fingíamos andar cada cual por nuestra cuenta. Con su trench-coat blanco de cuello levantado, iba leyendo algún folletín y yo conversaba con mis

compañeros a medida que subían al metro. Ni ella quería pasar por empleada ni yo quería aparecer como acompañado por una niñera. Felizmente esto duró poco.

Una de estas empleadas españolas, Josefa, se casó con un francés, obrero, Louis Poncet. Venía a veces a casa de visita, con tongo y un abrigo azul hasta el suelo. Inés Joglar y yo fuimos padrinos de su primera hija, Inés Poncet. ¿Qué habrá sido de mi ahijada?

He vuelto varias veces a 2 rue de Miromesnil. Dos o tres veces incluso logré ser recibido en nuestro departamento, au troisième. Cada nuevo arrendatario ha hecho sus cambios, requeridos por los nuevos estilos de vida. Pero en el trasfondo de mi memoria, allí donde se guardan los recuerdos de la infancia, el departamento sigue igual.

Recuerdo una noche en que, teniendo yo 4 o 5 años, dormía en la pieza vecina al comedor. De repente desperté sobresaltado. Alguna pesadilla me había producido angustia. Pensé en llamar, en gritar. Pero la puerta del comedor vecino estaba ligeramente entreabierta. Un hilo de luz pasaba. Yo oía a mi padre y a mi madre que intercambiaban algunas palabras. Serían las 11 de la noche, ellos no se acostaban todavía. Me bastó ese hilito de luz: volvió la calma, la sensación de seguridad; en la pieza vecina, mis padres estaban en vela; ¿qué más necesita un chico para sentirse seguro? Nunca olvidé ese pequeño episodio.

Como tampoco olvido la voz de mi madre, diciendo la oración del Mes de María “¡Oh María! durante el bello mes que os está consagrado...” Era nuestra liturgia familiar. El Viernes Santo era mi papá el que oficiaba. Nos llamaba a su escritorio. Sacaba un viejo devocionario que había sido de su padre y de su abuelo, me hacía leer un trozo del evangelio de la Pasión y nos despedía diciéndonos: “Pórtense bien! Y no metan ruido: hoy es Viernes Santo!” Recuerdos de la religiosidad austera y profunda que él había vivido en su casa, de niño, mas fuerte y persistente que todas las lecturas de Renan o de France.

Un año antes de venirnos a Chile, en Julio de 1931, nos trasladamos a un departamento, 18 Rue Spontini, cerca del Bois de Boulogne, de la Avenue Foch y del Lycée Janson en que José y yo estudiábamos. El barrio era excelente, el departamento amplio y cómodo. Pero la “casa”, el nido y la cuna fue una sola: 2 Rue de Miromesnil, au 3ème étage.

D. “ESTUDIOS EN PARÍS”

Mi papá era apasionado por la cultura. Y París le parecía ser la cumbre de la cultura universal. Que sus hijos pudieran tener el privilegio de educarse en París fue talvez el principal motivo por el cual alargó su estadía en el viejo continente.

Mi padre tenía una formación cristiana muy profunda por su familia, especialmente por el lado de su padre, don Bernardino y de su abuelo, don José. Había en la vieja casona serenense algo puritano, jansenista talvez: “El temor de Dios, principio de la sabiduría” de que hablan los libros sapienciales se vivía en su hogar. La tía Pabla, a quien mi papá veneraba como una santa, solo se atrevía a comulgar una vez al año -y eso por cumplir con el precepto de la comunión pascual- y, abrumada por su indignidad, debía ser llevada al comulgatorio por sus hermanas, casi desmayada. La tía Carmela, siendo tan santa y además inteligente y cuerda, no se atrevía a pedir a su párroco que le llevara la comunión a su lecho de enferma. En otros tiempos, cuando habían llevado el Santo Viático a algún miembro de la familia moribundo, se había hecho un sendero de pétalos de flores desde la reja de entrada hasta la cama del enfermo para que pasara el sacerdote llevando el Santísimo. Hoy nos cuesta entender ese profundo respeto a lo sagrado. Nacido y criado en ese ambiente y con un gran cariño por su familia, era natural que mi padre conservara en el fondo de su alma esa religiosidad profunda que lo hizo acercarse cada vez más a Pascal, el pensador y científico francés del siglo XVII, tan profundamente religioso. Y lo hizo, una tarde, sin decírselo a nadie, dirigirse al Convento de San Ignacio y confesarse con un padre jesuita, quien me lo contó días después.

Pero ese fondo religioso estaba recubierto, por decirlo así, por una capa de liberalismo, de libre pensamiento, de cultura literaria ajena a toda preocupación religiosa. Fue en Renán en quien encontró mi padre un escritor afín a él. Renán había sido creyente, fue seminarista y, al perder la fe, siguió estudiando la Biblia y las ciencias religiosas, escribió incluso una Vida de Jesús, que fue célebre en su tiempo, negando su divinidad pero cubriendo de flores la persona de Jesús y hablando siempre con cariñosa veneración de sus antiguos maestros, los sacerdotes de su infancia y su adolescencia bretonas.

Mi mamá quería para sus hijos una educación católica, como la había recibido ella en las Religiosas de los SS.CC. de Valparaíso, donde tuvo por director espiritual al célebre padre Mateo Crawley. Mi papá hubiera querido que mis hermanas entraran al Liceo Victor Duruy, cercano al Museo Rodin y laico por supuesto. Pero prevaleció mi mamá: estudiaron en el Institut Normal Libre de la Madeleine, que era religioso. En cambio José y yo fuimos alumnos del Lycée Janson de Sailly, fiscal, laico y gratuito, de gran prestigio por sus estudios, especialmente matemáticos y que tenía una atención religiosa libre, pero de muy buen nivel.

En Francia la enseñanza básica duraba entonces 6 años, numerados de 12 a 7. La 12^{ava.}, se llamaba también “enfantine”, una especie de kinder. La enseñanza media abarcaba desde la 6^a hasta la 1^a a cuyo final se daba el primer bachillerato. Y luego venía un año más, de filosofía o de matemáticas; se daba entonces el segundo bachillerato.

En Octubre de 1919 -la “rentrée” para los franceses- entramos a Enfantine -12^{ava.}- del Institut de la Madeleine -que era mixto solo para ese primer año- Marie Louise, cercana a los 7 años, Paulette de 5 años y meses y yo de 4 años recién cumplidos. En 1920, Marie Louise y Paulette siguieron en el Instituto en la parte femenina y yo pasé a la sección masculina en que éramos unos 12 o 15 niños de 11^{ava} y unos 10 de 10^a, en la misma sala, con distintos profesores.

En 1921, pasamos el verano y el otoño, -de julio a diciembre- en Alemania y en Austria: Baden-Baden, Viena, München. Regresamos a París cerca de Navidad y tengo la impresión que la 10ª fue cursada muy irregularmente.

Al llegar a Octubre de 1922, todo cambió. Nos sacaron a todos del Institut de la Madeleine. Tomamos una institutriz para que nos hiciera clases en casa. Y a mi me matricularon en el Cours Hattemer-Biais, donde iba a clases una tarde por semana, con la institutriz y trabajábamos en casa durante toda la semana, Marie Louise, Paulette y yo, siguiendo las instrucciones que daba el Cours Hattemer-Biais. José estudiaba por su cuenta con la institutriz, sin plan definido.

Recuerdo los nombres de algunas de esas institutrices que compartieron nuestra vida en los años de la infancia: las señoritas Jasmien, Fortín, Boiteau, Clerc, Vialleton, Laporte y Stengel.

Y llegamos a Octubre de 1925. Marie Louise y Paulette se matricularon definitivamente en el Institut de la Madeleine donde cursaron todos sus estudios desde la 6ª hasta la 1ª. El Instituto no preparaba al bachillerato sino a un Brevet, que encaminaba hacia la pedagogía. Mis hermanas obtuvieron ese Brevet.

Yo entré en 6ª al Lycée Janson de Saily, donde estudié siete años, hasta completar el bachillerato. José se quedó en casa, estudiando con la institutriz y solo se matriculó en Janson tres años después, en 5ª. De allí siguió hasta la 2ª, cuando regresamos a Chile.

El Lycée Janson de Saily gozaba de un especial prestigio. En parte por estar en el XVI^{avo} arrondissement que era un barrio de gente rica, con muchos protestantes y judíos. En parte porque en el se preparaba a los alumnos para “les grandes écoles”, o sea Saint Cyr, Polytechnique, Centrale, Ponts et Chaussés, o sea las escuelas militares y de ingenieros que requerían dos años previos de matemáticas –“mathématiques spéciales”- para postular a ellas. Era para cualquier profesor secundario, “agrégé de l’Ecole Normale Supérieure”, la culminación de su carrera, el llegar a ser profesor en

Janson. De hecho, muchos de mis profesores eran autores de los textos que usábamos en sus clases y gozaban de prestigio en los ambientes educativos.

Los estudios eran excelentes. La disciplina estricta, sin excesiva severidad. Todo era ordenado y puntual. El ambiente era laico pero respetuoso. El alumnado pertenecía a todas las clases sociales. Había niños ricos, judíos o protestantes muchos de ellos. Había también hijos de refugiados políticos o venidos de las colonias francesas. Zitron era hijo de judíos rusos, Vrioni era hijo del embajador de Albania y se decía que un afgán y un anamita eran hijos de emires o príncipes de esos países. Vincent era hijo de una cocinera de casa particular. En general los internos eran mas pobres y descuidados en su vestimenta y en su limpieza personal. Pero éramos todos compañeros y nadie se preocupaba de la religión o de la situación social de profesores o de alumnos.

No necesito decir que el liceo era liceo de hombres. No solo éramos hombres todos los alumnos, lo eran también todos los profesores. Una vez no mas se asomó al liceo una joven, egresada de la Escuela Normal, que debía hacer su práctica como profesora de inglés, a niños de 13 o 14 años. Fue tal el desorden que se armó en el liceo que el rector tuvo que hacernos, curso por curso, una instrucción especial. A las dos o tres semanas la pobre profesora “en práctica” se retiró.

El Institut de la Madeleine era regentado por las Hijas del Corazón de María, fundadas por el Padre de Clorivière durante la Revolución Francesa, por lo cual nunca usaron hábito. Ellas fundaron en Chile el Instituto de Educación Familiar de la calle Carrera donde centenares de niñas egresadas de colegios secundarios recibieron una formación para la vida de matrimonio y de familia.

Predominaban en el Institut de la Madeleine niñas de la alta burguesía. El colegio era sobrio y digno, reflejaba el ambiente de la burguesía francesa de aquella época.

De cuando en cuando mis hermanos y yo traíamos amigos o amigas a la casa. Ellos se sorprendían a veces al darse cuenta que nuestros padres no dominaban el idioma francés, que éramos extranjeros, que nuestro hogar era diferente a los de ellos. Pero eso nunca impidió la amistad; incluso alcanzó a haber cierta relación entre familias. Los Ducournau, por ejemplo, invitaron a toda mi familia a comer en su casa, para despedirnos, por la amistad que yo tenía en el liceo con uno de sus hijos.

Varias veces, en el verano, mis padres contrataron alguna señorita inglesa “au pair” para que pudiéramos practicar el inglés. Eran estudiantes que, con tal de pasar un par de meses en Francia sin costo alguno, aceptaban compartir la vida de una familia y ayudar a los niños con el idioma inglés. Recuerdo algunas de ellas: las Miss Jones, Garrett, Loogie, y en Londres mismo, una que se llamaba Charity.

Dos veces pasamos los meses de verano en Inglaterra. La primera vez fue en Lower Sydenham, al sur de Londres, en 3 Lawrie Park Road. La segunda vez en 9 Fitz John’s Avenue, cerca de Swiss Cottage, en Hampstead y después en un hotel en Lancaster Gate, al norte de Kensington Gardens. Visitamos todo lo que se puede visitar, Hampton Court, Kew Gardens, Windsor Palace, la National Gallery... Mi papá no perdonaba ni un cuadro de museo, ni una estatua de hombre ilustre. Mi mamá, cansada, decía: “Vayan ustedes, yo lo doy por visto” y se sentaba a esperarnos.

También se preocupó mi papá del alemán. Herr Bluem vino durante dos años, dos veces por semana, de 5 a 7, a enseñarnos su idioma. Aprendimos bastante. El era un excelente profesor, lleno de vida. Esa iniciación al habla tedesca me sirvió muchísimo, años después, cuando empecé a viajar a Alemania y volví al idioma alemán. De hecho prediqué en Alemania un centenar de veces, en 30 o 40 iglesias diferentes, incluidas la Catedral de Munster y la Abadía de Weingarten y con el producto de las colectas se financiaba, en buena parte, la Iglesia de Temuco.

Mi mamá no descuidaba la formación religiosa de sus hijos. Mi papá no intervenía directamente pero apoyaba. Cuando mis hermanas hicieron su Primera Comunión en Saint Philippe du Roule, a más de los trajes, de los velos, de los devocionarios y de las fotos habituales, quiso mi papá que ellas nos regalaran a José y a mí, sus hermanos menores, un pequeño misal empastado en cuero fino. En el mío, mi papá les hizo poner esta dedicatoria, en francés por supuesto, pero yo la traduzco al castellano: “He aquí tu breviario, Bernardino. Y si algún día llegas a ser “el señor cura” que tu palabra sea dulce y ardiente como nos la hiciste oír, siendo niños”. ¿Señal premonitoria? Talvez.

Cuando yo hice mi Primera Comunión, en Saint Louis d’Antin, como alumno del Cours Hattemer, mi papá puso como dedicatoria de un devocionario que me regaló, una frase de Pascal. La busqué mil veces entre los Pensamientos, hasta que la descubrí. Se transparentaba en ella el alma profundamente religiosa de mi padre. Bajo el barniz literario y liberal, seguían presentes la fe de la tía Pabla, la caridad de don Bernardino, la santidad gentil y alegre de la tía Carmela, la paz espiritual de toda la familia. En esa misma ocasión, mi mamá me regaló un pequeño crucifijo de madera. Me ha acompañado hasta el día de hoy. Lo he tenido siempre en mi velador y quisiera morir, besándolo por última vez, y recordando a mi padre y a mi madre.

José hizo su Primera Comunión, años mas tarde, también en Saint Philippe du Roule.

La Confirmación, entonces, seguía a los pocos días la Primera Comunión y pasaba casi desapercibida, como un simple complemento de ella.

Durante varios años, fuimos, en nuestra misma parroquia, al Catecismo de Perseverancia, antes de la misa de 11. El abbé Carrá, el abbé Jacquet y el abbé Gasparus lograban animar sesiones llenas de vida. Teníamos que entregar unas tareas escritas en un folio de papel especial adornado con una cinta de color.

Asistíamos a la misa con mi mamá. Mi papá venía a esperarnos a la salida e íbamos a dar una vuelta por los Champs Elysées, cercanos. Y así fue como llegaron a Chile, el 8 de Diciembre de 1932, mi papá y mi mamá, con su familia “educada en París”. Y ese mismo día empezamos a “reeducarnos”, pero esta vez en nuestra patria y “a lo chileno”.

E. VACACIONES Y VIAJES

El tren, con su largo corredor al que se abrían los “compartimentos”; los largos viajes en que nos repartíamos las presas de pollo frío y los huevos duros del cocaví, el goce de lo nuevo, lo desconocido, lo diferente, marcaron nuestra infancia.

Al acercarse las “grandes vacances”, o sea desde el 14 de Julio hasta el 1º de Octubre, mi papá partía a arrendar una casa en algún balneario. Encontraba por lo general alguna “villa” de dos pisos, con jardín, desde donde íbamos a la playa. Recuerdo cada uno de esos lugares, incluso Cabourg en Normandía, en que, saltando sobre un sofá, me caí y me hice un

tajo en la frente. Me parece estar viviendo la escena. Y no es pura imaginación: me quedó una pequeña cicatriz en la frente. Tendría yo unos 3 años, en 1918, al terminar la primera guerra mundial.

El año 1921 estuvimos en Alemania, en Baden-Baden -Hotel Baden-Baden y Hotel Schirmoff-, en Viena -Hotel Hammerann, en Lichtenstahl Allee- y finalmente en München. Medio siglo después, volví a ver, a las 12 M, las figuras animadas que marcan la hora en el frente de una antigua casona en la vieja plaza. Recordé claramente la callecita por donde llegamos hasta la plaza, yo de la mano de mi papá.

En 1923 arrendamos una casa en Beyris, entre Bayona y Biarritz. Nos acompañaron durante algunas semanas Alberto Piñera, hermano menor de mi papá e Inés Joglar, su esposa. Estaban recién casados y era su primer viaje a Europa. Cerca de nosotros, en una casa que nos parecía espléndida, con un jardín lleno de hortensias, veraneaba la familia Bernales, amigos de mis padres. Hay fotos que nos recuerdan en ese momento de nuestras vidas. Hay fotos también tomadas en Baden-Baden, en Alemania.

En 1924 fuimos a Gerardmer, en Alsacia. Muchos años después, estando en Friburgo, en Alemania, unos amigos me llevaron a Colmar a ver el famoso retablo de Matías Grunevald. Les pedí que siguieran adelante y llegamos a Gerardmer. La capilla de la Trinité, al medio de un potrero, donde íbamos a Misa y que reconocí, estaba transformada en una bodega para pasto.

En 1925, estuvimos en Pontailac, cerca de Royan. Veraneaban en el mismo lugar y nos veíamos a diario con las familias Quezada y Morla, hijos del ministro y del cónsul de Chile en Francia, Lucile y Nénette Quezada y Carlos y Colomba Morla.

En 1926, fuimos a La Baule, al sur de Bretaña, no muy lejos de Nantes. Pero mi mamá fue primero a Vichy, con José y la Marie Louise, para que José aprovechara de los baños termales. Paulette y yo nos quedamos en París con mi papá y, al regreso de los demás partimos a La Baule, todos juntos. Ahí veranearon también los Ross Gibson, amigos de nuestros

padres, con Eliana, Henri y Jacquot que eran nuestros compañeros de juego, y la Missette, su institutriz. Después fuimos a Aix-les-Bains.

En 1927 se eligió un clima de montaña. Estuvimos en Publier, un lugar entre Evian y Thonon, sobre el lago de Ginebra. De allí pasábamos a Suiza, a Lausanne. En el jardín de la casa había un membrillo en que José y yo pasábamos muchas horas, encaramados. Un día descubrimos unas grandes masas verdes, entre las ramas y las hojas y decidimos sacarlas. Niños de ciudad, criados en el asfalto, no se nos pasó por la mente que eran los membrillos y que, sin saberlo, habíamos sacrificado muchos moldes del sabroso dulce.

En 1928 volvimos al mar pero esta vez al Mediterráneo, a Juan les Pins, cerca de Cannes. Cerca de allí, en Antibes, en Golfe-Juan, desembarcó Napoleón, evadido de la Isla de Elba, a reiniciar su conquista del poder. Visitamos otros lugares de la Côte d'Azur, Niza, Montecarlo... Desde allí mi papá me llevó a conocer Avignon -ciudad de los Papas-, Nîmes y Arles. Allí no he vuelto.

En 1929 estuvimos en Saint-Enogat, cerca de Dinard, en el norte de Bretaña, de nuevo en el Atlántico. Veranearon allí también don Domingo Amunátegui Solar, su señora María Lecaros y sus hijos Rosa, Quena, Paulina, Miguel y Gonzalo. Fue para nosotros un primer contacto con niños chilenos -los Ross Gibson, los Quezada y los Morla eran afrancesados, tan o más que nosotros-. También tuvimos la visita de Monseñor Caro, Obispo entonces de La Serena, a quien las tías habían pedido a mi papá que atendiera.



En 1930 fuimos a Londres, a Lower Sydenham, de que ya he hablado y en 1932, nuevamente a Londres, esta vez a Hampstead. Viajes y estadías inolvidables: atravesar la Mancha, oír y hablar otro idioma, conocer otras monedas: el florín, la half-crown, el shilling, el penny. Todo era nuevo, todo era interesante. También en algunos de mis muchos viajes a Inglaterra he ido a visitar las casas en que vivimos en ambos lugares. Una, la de Hampstead, la encontré igual. En la otra, el paso del tiempo había borrado casi todos los recuerdos.

En 1932 fue el gran viaje a Chile, saliendo de La Pallice, cerca de La Rochelle, en el “Reina del Pacífico”, para llegar a Valparaíso, tres semanas después, el 8 de Diciembre.

Para las vacaciones de Pascua de Resurrección -dos semanas- solíamos ir a algún lugar mas cercano a París: Saint Germain en Laye, Fontainebleau, Verneuil y los castillos del Loire, Fleurines, cerca de Senlis, Versailles.

Unas pocas veces, mi papá viajó por su cuenta. Fue, una vez, a Plombières, para una cura de aguas termales. No se sintió bien. Pero su gran viaje fue a Italia. Le tocó el centenario de la muerte de San Francisco y estuvo en Asís. Volvió

muy impresionado. Trajo muchos recuerdos. A mí me tocó un grabado, en sepia, del cuadro de Murillo, en que Jesús, desde la cruz, abraza al Santo. Un angelito tiene abierto un libro en que se lee, en latín “El que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”. Lo tengo todavía encima de mi cama y me ayudó a tomar una decisión difícil.

Así fue como, en esos 15 o 20 años, logramos conocer París y sus alrededores, Francia en muchos de sus lugares pintorescos, algo de Suiza, de Alemania, de Austria y de Inglaterra. Y llegamos a Chile con dos idiomas maternos, el español y el francés, bastante inglés y un poco de alemán. Todo eso nos ha servido en la vida, especialmente a los mas viajados.

Justo es agregar a esos idiomas vernáculos, el latín. Durante los 6 años de enseñanza secundaria, éste era el estudio principal, casi más que el francés. Traducíamos del latín al francés -la “versión”-, primero libros de iniciación: el “Epitome Historiae Graecae” o el “De Viris Illustribus”, después los clásicos: Tito Livio, Cesar, Cicerón, Horacio, Ovidio, Virgilio. Con gramática en mano, con el grueso diccionario de Quicherat sobre la mesa, había que analizar el intrincado texto, reconstruir las frases, consultar en el diccionario las palabras desconocidas, observar sus formas verbales de acuerdo con las declinaciones y las conjugaciones y luego redactar la traducción en la que el profesor señalaría con tinta roja infamante los “barbarismos” y los “solecismos” cometidos. Peor aun era el “tema”, o sea traducir del francés al latín. Al parecer ese pelear diariamente con los textos, esa gimnasia lingüística y gramatical, formaba la mente al rigor, a la exactitud, a la lógica. A mi me ayudó también para estudiar otros idiomas.

II. LAS RAÍCES

Introducción

En las páginas que siguen, estudio a nuestros antepasados, primero por el lado de mi padre José Manuel, y luego por el lado de mi madre Elena.

Tratándose de los Piñera, empiezo con un capítulo sobre mi padre (1); luego sobre la familia en la que él se crió, los Piñera Figueroa (2); hablo después de mi abuelo paterno, Bernardino Piñera Aguirre (3); y de la familia en que él se crió,

los Piñera Aguirre (4); paso en seguida a los Piñera anteriores a ellos, lo poco que sabemos de ellos, por tradiciones y recuerdos de familia (5); vienen después los Aguirre, que se remontan hasta el “conquistador”, y fundador de La Serena, Francisco de Aguirre Meneses (6); dedico un capítulo a nuestra abuela paterna, María Luisa Figueroa Vial (7); a la familia en la que ella se crió, los Figueroa Vial (8); a los antepasados Figueroa (9) y los antepasados Vial (10).

He seguido exactamente el mismo orden para mi madre, su familia y sus antepasados, Carvallo, Fernández, Castillo y Goñi.

Los cuadros genealógicos que vienen a continuación podrán completar y aclarar lo dicho en estos capítulos.

A.- Los Piñera

1.- Mi padre: José Manuel Piñera Figueroa

Mi padre se llamaba José Manuel Piñera Figueroa. Nació en La Serena el 10 de agosto de 1868. Se educó primero en el Seminario de La Serena, entonces a cargo del clero diocesano y del que conservó siempre un buen recuerdo. Pasó luego al Liceo de Hombres, donde se dejó influenciar por las ideas liberales, racionalistas y laicas, entonces en boga,

causando pena y preocupación a su familia, profundamente religiosa, católica observante y conservadora. Siempre guardó mi papá, sin embargo, un gran respeto por la fe de los suyos y se mantuvo fiel a los principios morales que regían en el hogar.

Tenía mi padre 11 años cuando empezó la Guerra del Pacífico. Él recordaba que, cada vez que se celebraba una victoria chilena, su padre mandaba a buscar a sus niños a los colegios en que se educaban, se entornaba la puerta de calle y la familia se ponía a rezar, recordando que el abuelo, fallecido 20 años antes, era peruano.

Terminado el liceo, fue a Santiago a estudiar Leyes. Se hospedó en casa de su tío José Manuel Figueroa Vial, casado con Luisa Vial Bello, quien era nieta, por su madre, de don Andrés Bello. En casa de su tío, se encontraba con Carlos Casanueva Opazo, el futuro rector de la Universidad Católica, unos pocos años menor que él, quien era también primo de los Figueroa Vial, por su madre Isabel Opazo Bello, prima hermana de Luisa Vial Bello y nieta, como ella, de Don Andrés, su nieta regalona, decían. Más de una vez me recordó don Carlos esta relación juvenil con mi papá, que me ayudó talvez a ingresar a la Universidad Católica cuando llegamos a Santiago, en 1933.

En Santiago se hizo amigo mi padre de jóvenes historiadores, literatos, y políticos, en general de tendencia liberal. Escribía en “El Ferrocarril”, diario liberal, donde le pagaban \$50 por artículo, lo que entonces, decía mi papá, era mucho. Participaba en las reuniones de los “jóvenes turcos”, de los “filósofos chinos” y de otros grupos culturales de aquel entonces. Su íntimo amigo era Enrique Matta Vial, el fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, -en la que tuve el agrado de ser recibido como socio, casi un siglo después. Mi papá fue secretario de don Diego Barros Arana, cuyo sectarismo anticlerical no compartía. En casa de mis tías, alcancé a leer dos cartas que don Diego le escribía a mi papá, dándole algunas instrucciones. Estas cartas se han extraviado.

Para hacer frente a sus gastos, trabajó como “oficial de segunda clase” en el Ministerio de Guerra y Marina. Pero no por mucho tiempo.

En un número de El Coquimbo, del 29 de julio de 1890, se da cuenta de “la destitución del señor Piñera” de su empleo de oficial del Ministerio de la Guerra: “Santiago 10 de julio de 1890. He acordado y decreto: Sepárase del empleo de oficial de segunda clase del Ministerio de Guerra a don José Manuel Piñera. Tómese razón y comuníquese. Balmaceda. L.Velazquez”. “De esta manera el régimen del Terror ha entregado mi nombre al martirologio de las persecuciones políticas”, comenta mi papá. Y cuenta su entrevista con el ministro de Guerra y Marina general de división don José Velásquez, quien le exigió la renuncia de su cargo, sin darle los motivos. “Como el señor Velásquez me reiterara sus exigencias le respondí que no podía ser complaciente con su deseo i que aspiraba a la honra señaladísima de ser destituido por sinrazones políticas”. Y concluye su artículo: “Enrojecióse entonces la fisonomía averiada del Ministro –soldado i violento, rabioso, me fulminó con el rayo de la expoliación”.

Nunca le oí a mi papá la más mínima referencia a este episodio de su juventud. Tenía entonces 22 años.

En 1891, participó en la revolución en contra de Balmaceda. Se embarcó para el Norte y regresó con el ejército revolucionario, peleando y siendo herido en la Batalla de Concón; alcanzó el grado de capitán. En un brazo quedó la cicatriz de la herida recibida en el campo de batalla y hasta su muerte, disfrutó por ella de una pequeña pensión, de la que usufructo después mi hermana María Luisa hasta su muerte.

Entre tanto, su padre había muerto en 1889 –tenía él 21 años- y su familia quedaba en situación difícil. Su madre viuda, de 43 años, Teresa, de 16, Lucha, de 15, Carmela, de 13, Alberto, de 11 y Victoria, de 7 –Mercedes y Arturo habían muerto ya-. Interrumpió mi papá sus estudios de derecho, dejó atrás sus amigos y sus inquietudes literarias, históricas y políticas y partió a Iquique, a la tierra de promisión que era entonces el salitre.

Mi papá era inteligente, culto, hablaba bien y escribía bien. Era empeñoso, responsable, fiable. Fue apoderado de firmas inglesas, Williamson Balfour y Gildemeister entre otras. Ganó dinero. Sacó adelante a su familia. Dos veces, nos decía, perdió gran parte de lo ganado y volvió a rehacerse.

Antes de 1910, alrededor de los 40 años, se vino a Santiago. Su madre había pasado ya los 60. Teresa, Luisa, Carmela y Alberto, que vivían con su madre, andaban por los 30. Victoria había muerto hacía ya varios años. La familia vivía en Santiago, en la calle Santo Domingo aunque, al parecer, pasaba largas temporadas en La Serena, en casa de las tías.

En 1910 murió doña María Luisa en Quillota. Mi papá vivía ahora con sus tres hermanas, -y quizás si también con Alberto- en Alameda esquina de Vicuña Mackenna, en un departamento en que habitó mas tarde don Alfredo Silva Santiago, cuando fue Rector de la Universidad Católica.

Fue entonces cuando conoció a la que había de ser su esposa, Elena Carvallo Castillo, a través de su amigo Ricardo Pascal Valdés, quien era casado con una prima de ella, Elena Castillo Valverde. Mi mamá vivía en Viña –desde el terremoto de 1906 que destruyó su casa en Valparaíso- en Avenida Libertad, al lado del Liceo de Niñas, en la casa en que vivió hasta su muerte mi tío Alfredo Carvallo, hermano de mi mamá. Vivía con su padre don Uldaricio Carvallo, viudo y casado en segundas nupcias con doña Emilia Arias y con el hijo de ambos, Guillermo Carvallo, a quien le decían Memo. Los demás hermanos se habían casado ya.

El 26 de mayo de 1912, se casaron, mi papá y mi mamá, en Viña del Mar, en la capilla de Las Hermanitas de los Pobres, hoy desaparecida. El 24 de diciembre del mismo año, nació su primera hija, María Luisa. Y en mayo de 1913, mi padre realizaba el sueño de su vida: partía a París con su esposa y su hija y con Emilia Castillo, la mama, que era de Curicó, a empaparse en esa cultura francesa que le fascinaba desde niño. Sus hermanas se fueron a La Serena a vivir con las “tías viejas”, Jesús y Rosa, en la casa de Prat, recuerdo de don Alejandro y de la tía Pabla. Mi padre tenía recursos suficientes para partir por tiempo indefinido. No era rico, pero era de gustos sencillos, sobrio, austero como toda su familia, más amigo de los libros que de las fiestas. Mi mamá también era sencilla en su manera de vivir y en sus gustos. El cambio

era entonces favorable para el peso chileno. Cuando el “chenique t Mafalda” atracó en un muelle de Francia, empezó la segunda etapa de su vida. Allí entramos mis hermanos y yo.

2.- Los Piñera Figueroa

Los Piñera Figueroa fueron 8.

Mercedes nació en 1867. Sufrió desde niña, de una chenique tís a la columna, el llamado entonces “mal de Pott”, que dificultó su desarrollo; vivía en casa de sus tías –la casa de Prat- en la pieza llamada “del huerto”, la última a la derecha, y pasaba el día en el salón, rodeada de sus juguetes, siempre sentada en su sillita de inválida. Los Piñera Figueroa vivían muy cerca, en la Plaza, en la esquina encontrada con los Tribunales, -hoy parte de los jardines de la Intendencia- y doña María Luisa pasaba gran parte del día con la enfermita, repartiendo su tiempo entre ella y el resto de su familia. Meche era la regalona de la tía Jesús. Murió el 7 de mayo de 1884, a los 17 años de edad.

José Manuel, mi padre, de quien ya he hablado.

Teresa nació en 1870. Era de baja estatura, rubia tirada a cheniqu, llena de vida, jovial y reidora, inteligente y de carácter. Vivió casi toda su vida adulta en la casa de Prat, primero con sus tíos y tías Piñera Aguirre y con sus hermanas Lucha y Carmela y, luego, sola con ellas. Allí la conocimos en 1932. Era, sin lugar a dudas, la dueña de casa, la que mandaba, con tino, con inteligencia, con simpatía pero con autoridad. Murió el 12 de noviembre de 1948.

Luisa, la “tía Lucha”, nació en 1873, era más alta, morena y de tez pálida. Llevaba siempre un chal de lana tejida, blanco o morado. Era de carácter alegre y le interesaba, más que a sus hermanas, lo que ocurría fuera del ambiente de la vieja casa familiar; le gustaba oír hablar de Santiago, de vida social, de moda, de juventud. Se avenía muy bien con mi

mamá para conversar. Desgraciadamente fue quedando sorda poco a poco y sufría en forma permanente de un ruido en el oído que le molestaba mucho. Sobrevivió varios años a la tía Teresa, acompañándose con la tía Carmela. Murió en septiembre de 1955.

Carmela nació en 1876. Era muy inteligente, fina, jovial, amable con todos, de gran bondad. Siempre fue tenida en la familia por santa y creo que todos los que la conocieron pensaron lo mismo. Era una persona fuera de lo común. Mi padre, que quería mucho a sus hermanas y a toda su familia, quería más que a ninguna a la tía Carmela y ella a él, mientras que la tía Lucha se avenía mejor con Alberto.

Siempre la vimos igual. Cuando llegamos a Chile tenía unos 56 años y vivió hasta los 96. Andaba siempre con un abrigo negro, sobre el cual usaba a veces una chalina como la de la tía Lucha. Llevaba en la cabeza un gorrito de hilo blanco, según decía para evitar las jaquecas que la atormentaron de joven. Usaba unos botines muy altos y muy finos que le hacían en Santiago. Era delgadísima y comía muy poco. Llevaba una vida sencilla y austera. Ella y sus hermanas eran terciarias franciscanas y tenían ese mismo espíritu de sobriedad que tenía también mi padre. En la casa, unos muebles, buenos, antiguos, pero pocos. Pocos cuadros en los muros. Los recuerdos de familia se guardaban en cajas o baúles que solo se revisaban muy de tarde en tarde. Había sencillez, buen gusto, alegría y paz, una piedad profunda y delicada que no se manifestaba en muchas devociones –y nunca se imponía a los demás-, una gran delicadeza y respeto a todos y un sentido profundo de la justicia.

Mi tía Carmela no podía sufrir que a un maestro que viniera a la casa a hacer algún trabajo, no se le ofreciera unas buenas onces o no se le pagara a tiempo lo debido.

La tía Carmela sabía conversar. Era acogedora, cariñosa, jovial. Se interesaba por todo lo que se le contaba, sin demostrar jamás cansancio o aburrimiento. Ella, a su vez, al hablar, era inteligente, abierta, con un cierto sentido del humor.

Durante las vacaciones de verano llevé una vez a La Serena a un seminarista amigo. Éste observó un día, en la mesa, riéndose, que las “beatas” serenenses rezaban en las iglesias con muchos suspiros y lamentos. “Así somos las provincianas, -contestó mi tía Carmela, con una sonrisa bondadosa, pero no sin malicia-, atrasadas hasta para la piedad”. Todo lo interpretaba bien, siempre buscaba el lado bueno de las cosas. Niños y viejos buscaban su compañía y para cada cual tenía una palabra agradable y alentadora. Tenía mucha caridad para referirse a los demás y cuando era imposible ocultar alguna falla demasiado evidente, recurría siempre a la misma expresión: “pobre” fulano o “pobre” sutano; y en ese “pobre” ponía toda su indulgencia, delicadeza y simpatía.

En su juventud tuvo una salud precaria. Tal vez una tuberculosis pulmonar. Pasó temporadas en Vicuña, por el clima. Fue siempre frágil. No comía casi nada y vivió hasta una muy avanzada edad sin que decayeran nunca ni su inteligencia ni su ánimo. Se rumoreaba que, siendo niña, había querido ser religiosa, carmelita tal vez; su salud, quizás, se lo impidió.

Era mi madrina de bautizo, así como la tía Teresa lo era de María Luisa y la tía Lucha de Paulette. Rezaba todos los días por mí un Credo con los brazos en cruz. Y siempre he sentido que, si algún bien he hecho en mi vida, a ella se debe.

Fue, sin lugar a dudas, el alma de la familia. Murió en 1972, a los 96 años de edad –en tiempo de la Unidad Popular- y con ella se acabó la casa de Prat y la familia dejó de ser “serenense”, salvo por la sangre y el recuerdo. Cuando llegué a La Serena, de Arzobispo, en 1983, la casa había pasado a manos de la Universidad de La Serena. Pero muchos me decían: “su” casa.

Alberto nació en 1878. Era un hombre alto y de buena figura, vestido siempre impecablemente. Tenía 10 años menos que mi padre pero era tan diferente de él como pueden serlo dos hermanos. Alberto no estudió carrera, tuvo algunos empleos modestos pero hizo en la Bolsa una fortuna bastante considerable que le permitió llevar la vida de un hombre de club –tenía su pieza en el Club de la Unión de Santiago-, y viajar y vivir en el extranjero. El 6 de junio 1923 se casó con Inés cheni Rojas y se fueron luego a Europa. Vivieron en París, 48 bis Rue des Belles-Feuilles, cerca de 10 años. Inés –

siempre le dijimos Inés, y a él, Alberto- había pasado su infancia y adolescencia en El Tambo, entre Malleco y Pelequén, la inmensa hacienda de su padre, don Francisco Cheni, hijo de un inmigrante español. Gustaba de galopar por las alamedas de su fundo y de internarse, nadando, mar adentro, cuando estaba en la playa. Era de temperamento romántico y se avenía difícilmente con Alberto que, aún casado, siguió siendo, en muchos aspectos, un solterón. Alberto murió repentinamente en Santiago, de un derrame cerebral, el 20 de mayo de 1939, poco tiempo después de su regreso a Chile, estando reunido con mi papá y con mis tías Teresa, Lucha y Carmela, en la casa que mis tías habían arrendado por un mes en calle Salvador Sanfuentes 2355, esquina de Virginia Opazo, en el primer piso, conversando acerca de asuntos familiares. A raíz de la muerte de Alberto, mis tías regresaron a La Serena y nunca más dejaron la casa familiar.

La casa de la familia Cheni Rojas en Santiago era la mansión ubicada en Ejército esquina de la Alameda, hoy invadida por oficinas y locales comerciales. La pieza de mi tía Inés era la última del 2º piso, bajando por la Alameda.

Victoria, la “Toyita” le decían, nació en 1880. Era, según mis tías, la más agraciada y la más alegre de la familia, el encanto de todos. Murió el 22 de diciembre de 1897, a los 17 años, de un tifus. Mi papá conservó toda su vida el temor a los “miasmas” que exhalan los pantanos, porque a ellos atribuyeron los médicos la muerte de la joven.

Arturo nació en 1883 y murió un año después. Mi tía Carmela lo recordaba, en el comedor, sentado en su sillita de niño, al lado de su padre de quien era el regalón. Don Bernardino tenía entonces 54 años.

3.- El abuelo paterno: Bernardino Piñera Aguirre

Don Bernardino Piñera Aguirre era el segundo de los hijos de don José Piñera y de doña Mercedes Aguirre. Nació el 20 de mayo de 1830, en la fiesta de San Bernardino de Siena, por quien le pusieron su nombre, el que había yo de heredar. Estudió leyes en Santiago. Fue abogado. Fue fiscal de la Corte de Apelaciones de La Serena. Nunca tuvo fortuna, pero era

muy caritativo y se contaba en la familia que, más de una vez, las Religiosas de La Providencia devolvieron a doña María Luisa, su esposa, las limosnas que él les daba, porque conocían los apuros de su hogar.

Recordaba mi tía Carmela que, cuando se dio a conocer la Encíclica “*Quinque Annos Novarum*” de León XIII sobre “la condición de los obreros”, su padre don Bernardino, pese a vivir muy estrechamente, llamó a las viejas y fieles empleadas de su casa y les aumentó, en lo que pudo, su sueldo, por obediencia al Santo Padre y por amor a la justicia.

Don Bernardino fue en La Serena fundador de la Conferencia de San Vicente de Paul y dirigente del Partido Conservador y ayudaba toda obra buena de su ciudad natal. El cuartel de Bomberos de La Serena, en Balmaceda, tiene una sala que lleva su nombre y que visité más de una vez, siendo arzobispo en esa ciudad.

Cuando llegamos a La Serena, a fines del año 1932, Monseñor Caro, que era entonces el obispo y don Pedro Aguilera, que fue mas tarde obispo de Iquique y era entonces asesor de la Juventud Católica Masculina, nos pidieron, a José y a mí, a estos jóvenes “recién llegados de París”, que diéramos alguna charla en el Centro Juvenil Católico. A medida que se acercaba el día en que le tocaba hablar a José, mis tías se fueron poniendo algo nerviosas porque no lo veían preparar su charla, ni menos escribir el texto que había de leer. José las tranquilizaba, diciendo que su charla estaba lista. Llegó por fin el día esperado –y temido. En el Centro Juvenil Católico, estaban Monseñor Caro, don Pedro Aguilera, varios sacerdotes y una multitud de jóvenes. Cuando José tomó la palabra, ante la expectativa de los presentes, me sorprendió verlo sacar de su bolsillo unas hojas amarillentas, escritas con muy buena letra, y leer un discurso, del mas puro estilo decimonónico, acerca de la “caridad cristiana” y del “servicio de los pobres”. Había encontrado, en un cajón del escritorio, el texto de una charla dada por don Bernardino, talvez al inaugurar la Conferencia de San Vicente de Paul de La Serena y se contentó con muy leves retoques. Al día siguiente mis tías lo felicitaron cordialmente pero sin averiguar demasiado; algo sospechaban y se lo guardaron para sí.

El 28 de febrero de 1866, teniendo 36 años, se casó don Bernardino, en la Parroquia de San Isidro, en Santiago, con María Luisa Figueroa Vial, de 20 años. Fueron muy avenidos. Mi mamá observaba que doña María Luisa, su suegra, a quien no alcanzó a conocer, siendo santiaguina, parecía haber olvidado su ciudad natal y su familia y haberse hecho totalmente serenense. ¿Machismo propio de la época? Contribuyó talvez a ello el hecho de haber perdido sus padres en temprana edad y no haber tenido ya hogar, al casarse. Pero mi papá tuvo relaciones estrechas, en Santiago, en sus años de estudiante, con sus tíos Figueroa Vial y con sus primos.

A Don Bernardino lo recordaban sus hijos como hombre de buena figura, amistoso y jovial, profundamente religioso y muy bondadoso. Los domingos, después de misa, en vez de juntarse con sus amigos en la Plaza de Armas, acostumbraba llevar a sus hijos al Hospicio, para que conocieran y compartieran el sufrimiento de los pobres, de los ancianos, de los enfermos. Mi padre y mis tías le tenían veneración y gran cariño. Murió el 27 de abril de 1889. Uno o dos años antes, había sufrido un derrame cerebral que lo dejó sin habla. Mi padre tenía entonces 21 años. Por extraña coincidencia, el tío Pedro murió al día siguiente.

4.- Los Piñera Aguirre

Los Piñera Aguirre, la familia de mi abuelo, fueron ocho. Mi padre acostumbraba decir que los tres mayores, Pabla, Bernardino y Jesús fueron formados por su padre, don José. Al morir él, los cinco menores eran niños, el mayor de ellos, Pedro, de 10 años. Doña Mercedes no tenía, al parecer, el carácter de su esposo, su profundidad religiosa, su solidez moral. Era buena, alegre, simpática y sus hijos la querían mucho. Pero le faltó el apoyo de un esposo, del hombre de la casa.

La tía **Pabla** parece haber suplido un poco al padre ausente. Era muy religiosa, ya lo hemos dicho, escrupulosa incluso. Se casó, a los 20 años, con don Alejandro Aracena, comerciante, talvez minero, que gozaba de cierta situación

económica. Él construyó la casa, hoy conocida como la “casa Piñera”, y vivió en ella con su esposa –no tuvieron hijos-, con su suegra y con todos sus cuñados y cuñadas y, al morir, dejó la casa a la familia de su esposa.

El segundo era mi abuelo, don **Bernardino**, del que ya hemos hablado.

La tía **Jesús** era también muy religiosa, muy dada a la acción apostólica. Fue una de las fundadoras del Monasterio Carmelita de La Serena, no por sus limosnas –no tenía fortuna- pero sí por su constancia en pedir y pedir hasta que la obra estuviera terminada. Las Carmelitas de mi tiempo la recordaban con gratitud y la consideraban como fundadora de su monasterio.

Del tío **Pedro** “ingeniero y agrimensor”, decía mi padre –y corroboraban las tías- que era “angelical”. No se casó y vivió toda su vida en la casa familiar. En unas excavaciones que se hicieron –no hace mucho- al fondo del sitio, colindante con la antigua casa de la esquina de Carrera, se encontraron algunos de los artefactos que se usaban entonces en la pequeña minería del oro, de la plata y del cobre, restos talvez de algún laboratorio que tendría el tío Pedro en su casa.

La tía **Rosa** se casó con Juan de Dios Peni, que fue rector del Liceo de Hombres. Una calle de La Serena lleva su nombre. Decían que la tía Rosa era bonita. El pobre don Juan de Dios se volvió loco y mi papá recordaba que, siendo niño, lo hacían subir al tejado con un balde de agua fría y, cuando pasaba por ahí el tío enfermo de la cabeza, tenía que tirarle el agua en la cabeza para producir un shock, que los siquiатras de aquel entonces consideraban saludable: una especie de electroshock, con agua fría en vez de corriente eléctrica. Murió don Juan de Dios y su esposa siguió viviendo, con sus hermanas, en la casa de familia.

El tío **Miguel** –también ingeniero y agrimensor- era el “tragedioso” de la familia. Parece que le gustaban el vino y las fiestas. Debe haber sido simpático. Vivió él también toda su vida en la casa familiar.

Con cinco años de diferencia, nació el tío **Eulogio**. Era mas serio, muy estudioso. Fue abogado, como don Bernardino y publicó un librito sobre “Jurisprudencia Civil”. Estando en Harvard, estudiando economía, mi sobrino José

Piñera Echenique, consultando el índice en la Biblioteca de la Universidad, encontró la referencia a la obra de este tío bisabuelo desconocido. Por mi parte, revisando diarios serenenses de comienzos del siglo XX, encontré un aviso que dice así: “la jurisprudencia civil” por Eulogio Piñera –se vende en su estudio, calle de San Agustín (la actual calle Prat) N°58 (talvez la llamada casa Piñera). Comprende desde el año 57 hasta el 92. Serena, Febrero 12 de 1901. Como se ve ¡hasta escribir un libro de derecho terminaba, en ese tiempo, en una industria casera!

Don Eulogio era, al parecer, menos simpático que su hermano Miguel y sus demás hermanos. Se casó con Celia Peñafiel, serenense y no tuvieron hijos.

La última era la tía **Virginia**, dos años menor. Se casó con don Andrés Contador, emparentado con don Alejandro Aracena. Por algún motivo sus hermanas mayores no aceptaron el matrimonio y, una vez casada, no recibieron a la pareja en la casa. La tía Virginia murió joven y, pese al desaire de sus cuñadas, el viudo hizo las paces con ellas y venía a menudo a verlas; le traían el recuerdo de su esposa fallecida. Mi tía Carmela decía que era un hombre muy bueno y muy cristiano y que sus tías se arrepintieron de haber sido incomprensivas con él y le dieron, en sus últimos años, mucho afecto para reparar su error.

En casa de los Piñera Aguirre vivía Mercedes, la hija mayor de don Bernardino, la enfermita, en la pieza llamada “del huerto”, la última de la casa en su ala derecha, la que ocupamos después José y yo. La tía Jesús se hizo cargo de ella y tanto la quería que, cuando murió, de 15 años, nunca más se asomó al segundo patio de la casa, para no ver la pieza en que había sufrido y había muerto su sobrina tan querida.

Don Bernardino, al casarse, se instaló en casa propia, a pocos pasos de la casa de la familia, en Carrera esquina de Prat, en la esquina encontrada con la de los Tribunales, en que trabajaba. Doña María Luisa, lo hemos dicho, pasaba gran parte del día cuidando a su hija en casa de sus cuñadas y el padre y los hermanos de Mercedes iban diariamente a

acompañar a la enferma. Mi papá siempre hablaba, con un dejo de tristeza, de su infancia, ensombrecida por la enfermedad y por la muerte de seres queridos.

5.- Los Piñera

En 1824, llegaba a La Serena un caballero peruano, exiliado por razones políticas. Se llamaba José de Piñera y Lombera. Tenía 36 años. Era hijo de un español, procedente de Oviedo, Asturias, llamado Manuel Antonio Piñera y García y de doña Josefa Lombera de la Piedra, peruana. Había nacido en Arequipa en 1788. Dejaba en Perú dos hermanas: Manuela y Dominga, de las que nunca se pudo tener noticias, pese a los esfuerzos que se hicieron en distintas oportunidades.

Estando en Europa, mi papá viajó a Oviedo, recorrió Asturias, buscando huellas de sus antepasados Piñera. En Libardón le hablaron de un doctor Celestino Piñera, que era muy querido en el pueblo y hasta tenía su busto en la plaza, pero no fue posible establecer parentesco. Más tarde, en Santiago, mi papá conoció a un asturiano, don Eulogio García de la Presa, quien tenía un almacén, y después una barraca, en el barrio del Matadero, donde mis tías Piñera Figueroa tenían unas propiedades heredadas de la familia de su madre. Don Eulogio era de Libardón, había conocido a don Celestino y le tenía gran veneración, por lo cual ofreció hacerse cargo de la administración de esas propiedades y sirvió abnegada y eficientemente a mis tías por muchos años. Fuimos amigos de don Eulogio y de su familia y tuve el gusto de casar en 1947 a su hija única Raquel con Fernando Malatesta. Viajando en auto por Asturias, José Piñera chenique, mi sobrino, se encontró con un letrero que decía PIÑERA, y una flecha que indicaba talvez un caserío vecino. ¿Sería la cuna remota de esta familia chilena?

Don José había participado, se decía, como militar y como político, en la vida pública de su país, ligando su suerte a la del presidente TorreTagle. Al caer éste, había debido refugiarse en Chile, instalándose en La Serena.

Traía, en su escaso equipaje, un medallón pintado, en que lucía una casaca roja, de militar. De ahí nace, sin duda, la tradición familiar que lo recuerda como un oficial de ejército de alta graduación, que habría sido gobernador de Arequipa y ministro de TorreTagle. Pero no he encontrado ningún documento que la acredite.

Una tarde llegó a ver a mis tías una amiga anciana y muy corta de vista. Se la hizo pasar al escritorio, donde estaba colgado el retrato de don José, copiado del medallón. Cuando entraron mis tías, encontraron a la visitante sumida en oración, frente al cuadro. Había confundido la pechera roja del abuelo con una imagen del Sagrado Corazón.

Don José era abogado, pero no traía fortuna. Para subsistir empezó dando clases. Tuvo por alumna a la joven Mercedes Aguirre Carvallo, hija de don Jerónimo Aguirre Guerrero –descendiente en línea recta de don Francisco de Aguirre- y de doña María Carvallo Noriega. En 1828, el maestro y la alumna contrajeron matrimonio. Tenía él 40 años y ella 17. Ella recordaba en su vejez las clases de “mitología” que le daba su futuro esposo, a quien siempre llamó “don José”.

Don José, se decía, había sido “volteriano” y descreído en su juventud. Pero reencontró la fe y llevó, en adelante, una vida ejemplar. Era profundamente religioso. Usaba “cilicio” a manera de penitencia. Sus hijos mayores, Pabla, Bernardino y Jesús conservaron más que los otros, nos decía mi papá, la huella de la educación recibida de su padre.

Don José murió el 1º de mayo de 1848, a los 60 años de edad. Doña Mercedes quedaba viuda, con 37 años de edad y ocho hijos: los mayores Pabla de 19 años; Bernardino, de 18; y Jesús de 15; los medianos, Pedro, de 10; Rosa, de 9; y Miguel de 8; y los chicos, Eulogio, de 3 años y Virginia que no cumplía 1 año todavía. Don José, en su lecho de muerte, se entristecía, cuando se la traían.

6.- Los Aguirre

Doña Mercedes murió en 1880, a la edad de 69 años. Todos sus hijos eran adultos ya y varios de ellos casados. Alcanzó a conocer a casi todos sus nietos: mi papá tenía entonces 12 años, Mercedes, la enfermita, 13 y Alberto, 2.

La ascendencia de doña Mercedes Aguirre Carvallo, por el lado Aguirre es conocida hasta los abuelos de don Francisco de Aguirre, el Conquistador y fundador de La Serena. Se conoce también los nombres de las esposas y de los suegros de cada uno de estos ascendientes. El orden de sucesión es el siguiente: García de la Rúa; Hernando de la Rúa; Francisco de Aguirre y Meneses (1508-1580), el Conquistador; Hernando de Aguirre (1528-1579); Inés de Aguirre y Matienzo (no hubo hijo varón pero el hijo de Inés invirtió los apellidos paternos); Fernando de Aguirre y Riberos; Fernando de Aguirre y Cortés (hacia 1680); Fernando de Aguirre y Hurtado de Mendoza (hacia 1720); Miguel de Aguirre y Andía Irarrázabal; Ignacio de Aguirre y Fuica (hacia 1760); Miguel Riberos de Aguirre (volvió a tomar el apellido del antepasado ilustre), (hacia 1800) y finalmente Jerónimo Aguirre Guerrero (hacia 1840), el padre de doña Mercedes Aguirre Carvallo y el suegro de don José Piñera Lombero.

La esposa de don Jerónimo fue doña María Carvallo Noriega, hija de don Fernando Carvallo Ureta y de doña Manuela Noriega y Rojas Argandoña. Una hermana de doña María, doña Gertrudis Carvallo Noriega era dueña de un velador de jacarandá con una cubierta de mármol blanco que aun se conserva en la familia tras 7 generaciones.

Don Jerónimo y doña María tuvieron 4 hijos: los Aguirre Carvallo.

Mercedes, mi bisabuela, que se casó con don José Piñera Lombero.

Clemente, casado con Pilar Varela Aguirre y padre de Antonia Aguirre Varela, muy nombrada por mis tías.

Pedro, padre de Julio, religioso dominico, que fue Prior de la Recoleta Domínica de Santiago, con el nombre de Padre Alberto Aguirre y que era primo de mi abuelo, don Bernardino. Cuando se pensaba, estando nosotros en Europa, que pudieran enviarme a mí a Chile, antes que al resto de la familia, a iniciar mis estudios universitarios, mi papá veía la posibilidad de que me hospedara en la Recoleta Domínica, a cargo de este tío abuelo desconocido. Hermano de Julio era

Artemio, que tuvo 1 hijo y 3 hijas, una de ellas Eugenia casada con Ruiz Tagle. Eran los parientes de mi padre, por parte de su abuela paterna. Ya sabemos que, por parte de su abuelo paterno no conoció ninguno ya que nunca se supo si Manuela y Dominga Piñera Lombero tuvieron descendencia.

Por un azar de las genealogías, la madre de doña Mercedes Aguirre Carvallo, -la abuela de mi padre-, doña María Carvallo Noriega tenía un hermano llamado Pedro Nolasco Carvallo Noriega. Este se casó con Manuela Carvallo Noguerol y tuvo un hijo llamado Juan Rafael Carvallo Carvallo, quien era, por lo tanto, primo hermano de doña Mercedes Aguirre Carvallo.

Don Juan Rafael se casó con Concepción Aguirre Campos, hija de Silvestre Aguirre Guerrero, hermano de don Jerónimo Aguirre Guerrero y por lo tanto primo hermano, él también, de doña Mercedes Aguirre Carvallo.

El hijo de este matrimonio, don Carlos Neftalí Carvallo Aguirre, era por lo tanto primo segundo de mi abuelo don Bernardino Piñera Aguirre ya que tanto su padre como su madre eran primos hermanos de doña Mercedes Aguirre Carvallo, él por lo Carvallo y ella por lo Aguirre.

Un hijo de Carlos Neftalí Carvallo Aguirre, Carlos Carvallo Stagg se casó con una prima hermana mía Hortensia Arraigada Carvallo. Carlos Carvallo Stagg era primo tercero de mi padre no por lo Carvallo sino por lo Aguirre.

Aunque también, por lo Carvallo, hay un parentesco, por el lado de mi mamá. Don Pedro Nolasco Carvallo Noriega era casado con Manuela Carvallo Noguerol, hija de Alberto Carvallo Ureta, descendiente de Don José Carvallo Goyeneche, hermano de Don Ventura, nuestro ancestro. Pero, siguiendo tales pistas, todos los chilenos nos hallamos emparentados.

7.- La abuela paterna: María Luisa Figueroa Vial

María Luisa Figueroa Vial nació en Santiago en 1846. Tenía 11 años cuando murió su madre y 14 cuando murió su padre. No tenía aun 20 años cuando se casó con Bernardino Piñera Aguirre. Vivió casada 23 años y tuvo 8 hijos. Enviudó a los 43 años de edad y sobrevivió a su marido 21 años, muriendo en Quillota, donde la habían llevado en búsqueda de un clima favorable, el año 1910, a los 64 años de edad, acompañada por sus hijos.

Fue una mujer virtuosa, de gran abnegación, enteramente dedicada a su marido y a sus hijos, en especial a Mercedes, la mayor, la que sufría de osteomielitis. Conoció, sino la pobreza, al menos la estrechez, en vida de su esposo y, mas aun, después de la muerte de él. Vió morir a tres de sus hijos: Mercedes, la inválida, a los 17 años; Victoria, de tifus, a los 17 años y Arturo, de 1 o 2 años. Sus hijos la recordaban con veneración y cariño, aunque parece que su figura palideciera un poco al lado de la de su esposo.

8.- Los Figueroa Vial

La juventud de María Luisa no parece haber sido muy feliz. Su padre, José Manuel Figueroa Vela, nacido en 1811, se casó en 1841 con Pilar Vial Formas, nacida también en 1811: ambos tenían 30 años de edad. Tuvieron seis hijos: José Manuel (1842-1924), María Luisa (1844-1910), Ricardo (1845-1906), Luis (1846-1899), Amelia (1950 - 1935) y Alberto (1852 - ?). Doña Pilar murió en 1850, dejando huérfanos a sus hijos aun pequeños: el mayor, de 13 años; María Luisa, de 11; el menor, de 3. Don José Manuel murió tres años después. María Luisa tenía 14 años. Parece que don José Manuel trabajaba en el Norte, en Tierra Amarilla. Doña Pilar murió, también en el Norte, en Copiapó. Su esposo, en Valparaíso.

Se comprende que María Luisa, al casarse, en Santiago, en 1866, a los 20 años, con don Bernardino que tenía ya 36, se haya integrado totalmente a la familia de su esposo, numerosa, acogedora y cariñosa y haya mantenido pocas relaciones con su propia familia. Pero mi papá, cuando se fue a Santiago a estudiar leyes, se hospedó en casa de su tío José Manuel,

dos años mayor que su madre y convivió durante varios años con sus primos –que eran también Figueroa Vial-, por lo demás sus únicos primos por lado de su madre.

Se hablaba mucho en mi familia de unas propiedades que los Figueroa Vial tenían en Santiago y de las cuales doña María Luisa heredó su parte, que transmitió a sus hijos: el “matadero” era una de esas propiedades, -la que administró don Eulogio García- y la otra estaba situada al pie del San Cristóbal, en su lado poniente, en torno a la Avenida Perú. Con el correr de los años ambas propiedades se vendieron. El “matadero” consistía en una serie de locales antiguos y modestos, “casas para pobres” como se decía en aquel entonces, de difícil administración y que producían más dolores de cabeza que aportes económicos. Los sitios del San Cristóbal no reportaban nada y no eran de fácil venta así que esta doble herencia no permitía a mis tías Piñera salir de su estrechez económica. Algo mejoró la cosa cuando don Eulogio García asumió la administración del matadero y cuando los sitios del San Cristóbal se fueron vendiendo uno tras otro.

Los Figueroa Vial, hemos dicho, eran seis.

José Manuel, 1842 – 1924, de quien hablaremos más adelante.

María Luisa, 1844 – 1910, la mamá de mi papá de que ya hemos hablado.

Ricardo, 1845 – 1906

Luis, 1846 – 1899

Amelia, 1850 – 1935, la única tía que conocimos.

Alberto, 1852.

De Ricardo, Luis y Alberto, no tengo ningún dato.

La tía **Amelia** vivía aun cuando llegamos a Chile en 1932. Tenía su casa en la Avda. Perú, siendo, ella también, una de las herederas a que he aludido. Tenía un fundo cerca de Chillán. Era soltera. Administraba sus bienes, y hacía las veces de mayordomo, un español, don Juan Fernández, que visitó mucho nuestra casa en aquellos años. Era un hombre

simpático, esforzado, que compartía su lealtad con la tía Amelia con su recuerdo de la familia que había dejado en España. Él heredó la mayor parte de los bienes de la tía Amelia. Cuando, pocos años después, llegó para él la hora de morir, se hicieron presentes sus parientes de España, a recibir su parte de herencia. A mí me tocó, recién ordenado sacerdote, atenderlo en su agonía y ver las tensiones familiares que se crearon en torno de este tío, que se había hecho “rico” en América. Un hecho curioso: algún tiempo después, un abogado, de buen prestigio, visitó a mi padre y le hizo saber que, según el testamento de la tía Amelia, una parte importante de sus bienes le correspondía a sus propios sobrinos y no a don Juan Fernández y a su familia. Él se ofrecía para presentar una demanda judicial si mi papá se comprometía a cederle a él la mitad de los bienes que él recuperara para la familia. Y así fue, el abogado ganó el pleito, se llegó a un avenimiento con la familia de don Juan y mi papá y sus hermanos recibieron alguna suma de dinero que les correspondía.

El mayor de los Figueroa Vial, **José Manuel** (1842-1924) se casó en 1873 con su prima hermana María Luisa Vial Bello, de ahí que sus hijos tuvieron los mismos dos apellidos que su padre, fueron Figueroa Vial, lo que presta a alguna confusión.

Doña María Luisa Vial Bello era hija de Ramón Vial Formas, hermano de doña Pilar, y de Luisa Bello Dunn, hija de don Andrés Bello y de una dama inglesa Isabel Dunn.

Tuvieron diez hijos: **José Manuel**, casado con Delfina Ortúzar, que falleció en 1933.

Guillermo

Carlos

Hernán

Raúl (1882-1919), casado en 1907 con María Rita Guerrero, padre de Héctor nacido en 1909 y de Manuel Ramón nacido en 1919.

Héctor (1883-1927), casado en 1910 con Ema Geisse y padre de José Manuel, nacido en 1912, de Francisco, nacido en 1914, de Eduardo, nacido en 1916 –que fue ministro de Hacienda de don Jorge Alessandri,- y de Luis, médico, nacido en 1917.

Luis

José Víctor Emilio (1888-1929), casado con Luisa Marambio Vergara y padre de María Luisa, Rebeca del Carmen y José Manuel.

Fernando Gonzalo, nacido en 1893.

Ricardo, nacido en 1894.

Fueron ellos los únicos primos hermanos de mi papá, por el lado de su madre. Él vivió con ellos en Santiago cuando estudiaba leyes entre 1886 y 1890. En casa de esta familia, decía mi papá, se acostumbraba servir vino en la mesa, incluso a los niños. Esto, se decía, habría sido la causa de que algunos de sus primos fueron alcohólicos y no tuvieron en la vida la situación que se habría podido esperar. Otros en cambio fueron muy exitosos.

A su regreso a Chile, en 1932, mi papá procuró tomar contacto con lo que quedaba de la familia Figueroa Vial. Así fue como conocimos a Delfina Ortúzar, a los Figueroa Geisse, de quienes fui después amigo, a los Figueroa Marambio y a los Figueroa Guerrero.

María Luisa Vial Bello era prima hermana de Isabel Opazo Bello, la mamá de don Carlos Casanueva Opazo, ambas nietas de don Andrés Bello. He recordado como a raíz del incendio de su casa, los Casanueva Opazo se vinieron a vivir por un tiempo a casa de sus primos segundos, los Figueroa Vial, cuando mi papá vivía con ellos como estudiante de leyes. Don Carlos era seis años menor que mi papá. Allí se conocieron y se hicieron amigos. Mi papá era entonces liberal y se había alejado de la práctica de la Iglesia. El futuro don Carlos, desde niño celoso de las almas, trataba ardientemente de convertirlo. Más de una vez, cuando vivía con don Carlos en la Iglesia de las Agustinas, él hizo recuerdos de esa época y

atribuía a mi mamá –más que a mi papá- el que sus hijos hubiéramos salido católicos. Pero la verdad es que ambos influyeron, cada uno a su manera. .

Cuando llegamos a Chile, mi papá nos llevó a todos a saludar a Doña Isabel, ya muy anciana y tuvo siempre amistad con Rosita Casanueva, la hermana de Don Carlos, celosa dirigente de la Conferencia de San Vicente de Paul. Muchos años después, un sobrino nieto de Don Carlos, Patricio Fernández Barros, se casaba con una sobrina mía Marie Paule Chadwick Piñera.

9.- Los Figueroa

El padre de mi abuela materna, María Luisa Figueroa Vial, fue José Manuel Figueroa Vela, quien nació en 1811 y murió en 1858 a los 47 años de edad en Valparaíso. Fue, al parecer, un hombre de negocios. Tuvo varios hermanos y hermanas, entre ellos la tía **Úrsula**, que falleció soltera y que se nombraba en casa de mis tías como tía de su mamá.

Su padre se llamaba **Manuel Antonio Figueroa Iglesias**. Había nacido en Vigo, en España en 1781. Se trasladó a Chile y en 1816 se desempeñaba como prior del Real Tribunal del Consulado y como primer vocal del Tribunal de Vigilancia y Seguridad Pública. No se sabe nada de sus antepasados españoles. Era casado con doña Dolores Vela González hija de don Antonio Vela Moreno y de doña María del Carmen González Yzaguirre, de quien se sabe poco o nada.

En casa de Paulette hay un cuadro pintado por el Mulato Gil que representa a don Manuel Antonio Figueroa Iglesias, el que parece haber sido un personaje en su tiempo. Pero de sus antepasados no sabemos nada.

10.- Los Vial

De la familia Vial en cambio se sabe mucho. Existe un libro de 1500 páginas escrito por Raúl Díaz Vial en que se acumula una infinidad de datos, tanto de los ascendientes del primer Vial que llegó a Chile, -en 1743- que se remontan hasta el siglo XVI en Francia, como de los descendientes de este caballero que son centenares de familias chilenas de ayer y de hoy. Vamos a referirnos a doña Pilar Vial Formas, la mamá de mi abuela materna.

Pilar Vial Formas era hija de don **Agustín Vial Santelices**, (1772-1838), un personaje del tiempo de la Independencia. Éste era hijo de **Manuel José Vial Xarabeitía**, nacido en España en 1725 y que se vino a radicar a Chile en 1743. Con él empieza la familia Vial de Chile.

Se conoce a los antepasados de don Manuel José. Su padre Francisco Manuel Vial López de Ondana (1789-1768) vivió en Bilbao. Era hijo de Andrés Vial Barayón, de ascendencia francesa, hijo de François de Vial de Savoie (1595-1648), el cual era hijo de Gabriel de Vial, nacido en 1545 y de Françoise de Savoie, personajes de la nobleza francesa del siglo XVI, del tiempo de Francisco I y de Catalina de Medici.

Don Manuel José Vial Xarabeitía (1725-1788) se casó con María Mercedes Santelices Aránguiz y de esta pareja nacieron los Vial Santelices que fueron muchos: Francisco Diego, Manuel José, María del Carmen, Juan de Dios, Juana de Dios, Rafaela y Agustín.

Don **Agustín Vial Santelices** fue un personaje de primer plano tanto en los últimos años de la Colonia como durante las luchas de la Independencia y hasta su muerte en 1838. Se había casado en 1801 con **María del Rosario de Formas Patiño**, hija de don Nicolás Camino de Formas Guérica y de María Rosa Patiño Morales de la Cámara. De ese matrimonio nacieron los siguientes hijos: Agustín, Manuel Camilo, Antonio Jacobo, José Santiago, Juan, Dolores, Rosario, **Pilar** -que

fue la abuela de mi papá-, José Nicolás, Ramón, Vicente y Rafael. Cada uno de ellos es antepasado de alguna de las numerosas familias que llevan hasta el día de hoy el apellido Vial.

Doña Pilar nació en 1811, se casó en 1841 con José Manuel Figueroa Vela y falleció en Copiapó en 1855. Nos hemos referido a ella al hablar de los Figueroa Vial, la familia en que vivió su infancia María Luisa.

B.- Los Carvallo

1.- Mi madre: Elena Carvallo Castillo

Mi mamá se llamaba Elena Carvallo Castillo. Nació en Valparaíso el 18 de enero de 1884. Era la penúltima de 8 hermanos, siendo entonces el mayor Onofre, un niño de 13 o 14 años. Después venían Laura, de 12, Alfredo, de 10, Julia, de 8, Blanca, de 6 y María, de 4. Dos años después, en 1886, nacería Eugenia, la menor, la “tía Quena”.

Don Uldaricio, su padre, tenía una firma comercial, en sociedad con su hermano don Salustio. Se llamaba “Carvallo Hermanos y Cía”, y había sido fundada el 12 de enero de 1872, con un capital de \$40.000. Al parecer la sociedad no prosperó demasiado. Los Carvallo Castillo no fueron ricos.

Vivían en la calle Yungay, cerca de la Plaza Victoria y la infancia de mi mamá transcurrió en el centro del viejo Valparaíso.

En 1893, teniendo mi mamá 8 años, murió su madre, doña Julia Castillo Goñi, siendo una mujer joven todavía, talvez de 40 años. La hermana mayor Laura, de 20 años, asumió el mando de la casa. Fue respetada y muy querida por sus hermanos. Era una persona discreta, algo tímida, muy abnegada. Mas tarde se casó con un inglés de Iquique, John Edmonton Conroy. Él era alcohólico y hubieron de separarse al poco tiempo de casados. No tuvieron hijos.

Los Carvallo Castillo eran muy unidos. Hasta el fin, los 8 hermanos conservaron entre sí un trato cariñoso y cordial. El hogar parece haber sido, pese a la ausencia de la madre, un hogar alegre y feliz. Las seis hermanas Carvallo Castillo eran muy amigas con sus primas Carvallo Gundelach, las hijas de don Alejandro, que eran cinco y las hijas de don Daniel que eran dos.

La familia era muy piadosa, como lo eran por lo general las familias de entonces. Los “Padres Franceses”, religiosos de los Sagrados Corazones, estaban en su apogeo. El Padre Carlos Monje tenía fama de santo, como así mismo el Padre Mateo Crawley, apóstol de la entronización de las casas al Sagrado Corazón y que fue confesor y director espiritual de mi mamá.

Poco a poco se fueron casando los hermanos y hermanas de mi mamá. Don Uldaricio también se había casado en segundas nupcias con doña Emilia Arias Nebel y había tenido de ella un hijo, Guillermo (“Memo”). Este segundo matrimonio, como pasa a menudo, no fue del agrado de las hijas de don Uldaricio. Pero, con el correr del tiempo, nos decía mi mamá, le fueron tomando cariño a doña Emilia, que era una persona muy buena. Don Uldaricio, al parecer, se dedicaba a sus negocios y se dejaba querer en casa por sus hijas –y después por su esposa. Era muy cortés y cuidaba de su persona y de su vestimenta. Poco se metía en los asuntos del hogar. Un día, al llegar a su casa, se encontró en la puerta con una señora de apariencia modesta, la saludó cortésmente y le preguntó si algo se le ofrecía. “¡Don Uldaricio, contestó airada la señora, hace 14 años que trabajo de cocinera en su casa y todavía no me conoce!”.

Mi mamá recordaba la epidemia de cólera que asoló Valparaíso por esos años y la labor de los estudiantes de medicina de Santiago que atrajeron el interés de las jóvenes porteñas.

El terremoto de Valparaíso, en 1906, destruyó la casa en que vivían aun don Uldaricio y su familia. Se trasladaron a Viña del Mar, a una de las primeras cuadras de la Avda. Libertad, al lado del Liceo de Niñas. Mi mamá tenía entonces 22 años. Con ella se fueron a vivir a Viña, don Uldaricio, la señora Emilia y Memo y el tío Alfredo que se casaría después con

su prima Mercedes Carvallo Gundelach y seguiría viviendo hasta su muerte en esa misma casa. Todavía se ve la reja de entrada, y la muralla a la calle, aunque la casa ya no existe.

Pocos años mas tarde, a través de su prima Elena Castillo Valverde, casada con Ricardo Pascal Valdés, amigo de mi padre, conoció mi mamá a su futuro esposo, José Manuel Piñera Figueroa, quien habiendo regresado de Iquique, vivía en Santiago. No alcanzó mi mamá a conocer a su suegra, la señora María Luisa pero sí a sus cuñadas, las tías Teresa, Luisa y Carmela, que vivieron un tiempo en Santiago, antes y después de la muerte de su madre, antes de regresar definitivamente a La Serena.

2.- Los Carvallo Castillo

Los Carvallo Castillo fueron 8. A los que hemos de agregar un Carvallo Arias, medio hermano.

El tío **Onofre**, el mayor, nació en 1870. Mi papá lo conoció de joven y lo estimaba mucho. Eran cercanos en edad. Era un hombre alto, de buena figura, usaba barba recortada; era muy culto, de tendencia liberal y laicista; leía al filósofo inglés Spencer. Tenía una buena biblioteca con muchos libros franceses. Era gerente de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar y gozaba de gran prestigio en Valparaíso y Viña. Era mi padrino de bautismo pero, tanto él como mi tía Carmela, mi madrina, fueron representados en París por don Enrique Pereira Eguiguren y Matucha Sanfuentes de la Fuente, casada mas tarde con don José Latuf, colombiano de origen sirio. Don Enrique era amigo de mi padre con quien conversaba por teléfono todas las noches. La Matucha era hija de una amiga de mi mamá, la señora Matilde de la Fuente de Sanfuentes; a pesar de ser una adolescente de 14 años, se consideraba muy amiga de mi mamá, que siempre tuvo una relación fácil con todas las edades.

El tío Onofre se casó con Natalia Kammerer Sánchez y tuvieron 4 hijas: **Julia**, casada con Roberto Mathews Niemoller; **María** que permaneció soltera; **Adriana**, casada con Samuel Molina Barros y **Luz** casada con Carlos Budge.

Hacia 1929 o 1930, el tío Onofre viajó a Europa con toda su familia, menos la Julia que ya estaba casada. Su visita fue el primer contacto que tuvimos con la familia de mi mamá, exceptuando el almirante Castillo y su señora de que hablaremos después.

La tía **Laura**, después de separarse de su esposo Juan Edmonton Conroy, vivió siempre con su hermana Julia, su marido Emilio Varas y su hija Marta Varas. Había nacido en 1872. Después de la muerte de su cuñado y de su hermana, y casada su sobrina, se vino a vivir a casa de mi mamá. Mi padre ya estaba enfermo. Ella vivía con mi papá y mi mamá y con mi hermana María Luisa. La tía Laura procuraba pasar desapercibida y no molestar en nada. Se levantaba temprano e iba a misa y luego arreglaba su cuarto –era muy ordenada- y tejía todo el día. Cuando mi mamá le aconsejaba levantarse mas tarde, ella insistía en madrugar: “Si no, no alcanzo”, decía. Nunca se supo qué era lo que no alcanzaba.

Había pedido mucho a Dios no molestar. Una mañana, al regresar de misa, se tendió sobre su cama. Dijo que no se sentía muy bien. Se llamó al médico. Vino enseguida. Mientras le tomaba el pulso, la tía Laura murió. El Señor la había escuchado. No molestó ni con su vida ni con su muerte. Por el contrario, aportó siempre paz, tino, delicadeza de trato y, como todas las Carvallo Castillo, el don de la conversación fácil y amena.

El tío **Alfredo** había nacido en 1874. Era también alto y de buena figura y vestía de una manera original. Vivió en la casa en que habían vivido su padre, su madrastra, Emilia Arias, segunda esposa de don Uldaricio y el hijo de ambos, Memo. Era casado con una prima hermana, Mercedes Carvallo Gundelach y eran muy unidos. No tuvieron hijos. Vivía, cuando nosotros llegamos a Chile, con su suegra, la señora Elena Gundelach Reyes y con un sobrino, Humberto Otaegui Carvallo. Fue gerente de una compañía de seguros. No tenía talvez el talento ni la cultura de su hermano Onofre, pero era simpático, conversador, ameno, jovial, acogedor. Mi papá, que no se daba fácilmente en la amistad, le tenía simpatía.

La tía **Julia** nació en 1876. Fue casada con Emilio Varas Zepeda. Pasaba por ser la menos agraciada de la familia, físicamente, pero era de gran piedad y virtud, muy simpática y acogedora y de carácter firme. Su marido no era hombre de hogar y nunca prosperó económicamente. La tía Julia pasó mucho sola, con su hija Marta y con su hermana Laura. Pero mantuvo su matrimonio. El tío Emilio murió en Santiago en una casita que habían arrendado en la calle Eulogia Sánchez, cerca de la Plaza Baquedano, para el mejor tratamiento de su enfermedad terminal.

Marta Varas Carvalho fue la única hija. Muy simpática, alegre y buena, era muy querida por toda la familia. Se casó tarde con Ricardo Valenzuela, hijo del pintor Valenzuela Llanos, buen escritor y periodista. Es autor de un libro que narra las aventuras del bote salvavidas de Valparaíso: “Lanchas en la Bahía”. Le costó mucho a la tía Julia y a la tía Laura separarse de la compañera de toda una vida.

El hogar de “la tía Laura y la tía Julia”, pese a la gran estrechez económica, fue siempre acogedor. La tía Laura limpiaba incesantemente el servicio y todo lo que fuera de plaqué relucía en la casa. La casa era estrecha pero había unión y cariño y nunca faltaba la conversación fluida y amena. Las tres eran muy religiosas y de una moral exigente. Marta ponía en el hogar la nota juvenil y alegre pero pensaba y sentía en todo como su madre y su tía. Supo afrontar con entereza su matrimonio, lo que no fue fácil, vivió muy unida con su marido y murió apenas algunos meses después de él, conservando hasta el fin su carácter comunicativo y alegre.

La tía **Blanca** nació en 1878. Fue casada con don Fernando Silva Maqueira, que fue director del Diario La Unión de Valparaíso y diputado conservador. Era talquino, hijo de don Luis Silva Silva y primo hermano del Cardenal Raúl Silva Henríquez, aun cuando éste, el décimosexto hijo de sus padres correspondía en edad a su sobrino Alfredo Silva Carvalho.

Los Silva Carvallo fueron ricos. Tuvieron fundo en Mallarauco. Perdieron gran parte de su fortuna pero siguieron viviendo con cierta holgura que, para ellos, era modestia. Fueron siete hermanos.

Lucía, la mayor, murió soltera tras una penosa enfermedad. Era muy piadosa, de gran bondad y mucha simpatía.

Alfredo fue diputado conservador y director de La Unión, a la muerte de su padre. Era un periodista culto, talentoso y de gran rectitud moral.

Alfonso se casó con Rosa Délano y tuvo dos hijos y una hija. Fue gerente de “Refractarios Lota”.

Fernando se casó con Valentina Peake. Tuvo un hijo y dos hijas. Formó un hogar muy unido. Era un hombre recio, luchador, empeñoso.

Gabriela permaneció soltera. Llevó toda su vida en su casa la existencia de una religiosa, dedicada enteramente a la piedad y a las obras de la Iglesia. En su juventud estuvo durante varios meses como novicia en las Hermanitas de los Pobres, a las cuales permaneció siempre muy unida.

Luis Ignacio se casó con Carmen Prieto y tuvo un hijo y una hija. Fue para mi hermano José y para mí un amigo, especialmente en los primeros tiempos de nuestra llegada a Chile. Tuvo una carrera brillante en la Shell y en la Philips.

María Eugenia fue subdirectora de La Unión. Fue también en su juventud una gran dirigente de la Acción Católica. Era una persona de talento, muy apostólica y muy querida por sus amigas.

El hogar de los Silva era muy acogedor, la familia entera se caracterizó por su gran corazón, su lealtad, su generosidad y su fidelidad a los principios morales y a las tradiciones familiares.

A la tía **María**, nacida en 1881, no la conocimos. Había muerto cuando nosotros llegamos a Chile. Era, según decían “la bonita” de la familia. Se casó con Hernando Montt Saavedra y tuvo dos hijas.

Lucila (“Bebé”) que murió soltera.

María que se casó con Bernardo Zegers Navarrete y tuvo dos hijas. María Regina casada con Patricio Montalva y Patricia casada con Jorge Torretti. La primera, madre de 4 hijas y de un hijo, la segunda de una hija y 3 hijos.

La tía María murió al nacer su hija María. Debe haber tenido cerca de 30 años. El tío Hernando era corredor de frutos del país y tenía su oficina en la galería Alessandri, donde lo conocimos al llegar a Santiago en 1933 y al hospedarnos por unos días en el Gran Hotel que quedaba a la entrada de dicha Galería.

Después venía **Elena**, mi mamá, nacida en 1884.

Finalmente **Eugenia**, la “tía Quena”, casada con Guillermo Arraigada Arrieta. Al igual que los Silva Carvallo, los Arraigada Carvallo tuvieron fortuna. El tío Guillermo se desempeñaba en la Bolsa, donde ganó mucho dinero. Vivían en una gran casa en la calle 4 Norte de Viña. Tuvieron 4 hijos, Guillermo, “Willy”, Manuel, Hortensia y Eugenia, “Quena”. Hacia 1930, el tío Guillermo perdió toda su fortuna. Al poco tiempo murió. Mi tía Quena recibió el golpe con gran dignidad y un profundo sentido cristiano. Vivió hasta los 96 años de edad en casa de Carlos Carvallo Stagg, casado con su hija Hortensia, uniendo una innata distinción a una gran sencillez. Solía venir todos los días a almorzar a casa de mi mamá y se quedaba hasta las siete de la tarde. Conversaban con la fluidez propia de la familia. Más de una vez, al retirarse, le oí decir: “Elenita, no hemos alcanzado a comentar tal o cual cosa. Llegando a casa te llamo por teléfono para que sigamos conversando”.

Willy se casó con una hija de don Abraham del Rio, de la que enviudó sin tener hijos. Se casó en segundas nupcias con Dolly Stuen Mery de la que tuvo 5 hijos hombres, de los cuales uno murió de niño en un accidente automovilístico, otro ya casado, en acto de servicio como oficial de marina. **Hortensia**, casada con Carlos Carvallo Stagg tuvo dos hijos hombres y cuatro hijas mujeres.

Manuel se casó con Marieta del Solar y tuvo 2 hijos y 4 hijas; uno de sus nietos es sacerdote jesuita. **Quena**, casada con Lucho Lyon Hidalgo tuvo dos hijas.

Todos estos han sido nuestros primos hermanos, con quienes hemos tenido una gran cercanía.

3.- El abuelo materno: Uldaricio Carvallo Fernández

De don Uldaricio Carvallo, el papá de mi mamá, poco sabemos. Mi mamá solía, en París, hablarnos de su familia. De hecho, don Uldaricio murió cuando estábamos nosotros en Europa. Lo que mi memoria de niño recuerda de él lo he dicho ya en el párrafo anterior. Caballero, fino en sus modales, sencillo, bondadoso. Fue un buen padre que, como decía, se dejó atender y querer por sus seis hijas mujeres. La verdadera dueña de casa, a falta de su madre, fue la tía Laura. Don Uldaricio tenía una empresa comercial en sociedad con su hermano Salustio, heredada talvez de su padre y de un tío. De eso vivía su familia con un bienestar suficiente pero sin gran riqueza. El terremoto de 1906 le hizo abandonar su casa de la calle Yungay en Valparaíso e instalarse en Viña, en la Avenida Libertad. Se casó, en segundas nupcias, con Emilia Arias Nebel de quien tuvo un hijo, Guillermo (Memo). A Memo, recién ordenado de sacerdote, le puse la Unción de los Enfermos y le celebré la Misa de Exequias. “Memo” era casado y tuvo varios hijos e hijas. Una de ellas –Teresa- la casé, también recién ordenado sacerdote, con el futuro Almirante Patricio Carvajal.

A Germán, otro hijo de Memo, lo conocí en Los Ángeles donde tenía una estación de servicio y después lo vi algunas veces en Valparaíso. Era muy amigo del presbítero Enrique Barilari, párroco de Viña y compañero mío de seminario.

Don Uldaricio vivía todavía cuando se casó mi mamá, en la casa de Avenida Libertad, en que vivía él con su segunda esposa y con su hijo, con mi tío Alfredo y con mi mamá.

4.- Los Carvallo Fernández

Los Carvallo Fernández fueron 13. Hay datos de 10 de ellos.

Salustio, era comerciante y se asoció con su hermano Uldaricio; fue casado con doña Rosa del Solar y tuvo tres hijos: Carlos, Luis, y Emilia.

Uldaricio, mi abuelo materno, a quien ya hemos visto.

Clara, que fue casada con José Manuel Donoso y tuvo dos hijos: José Manuel y Francisco. Francisco se casó con Clemencia Reyes Calvo, boliviana. Conocimos a su familia que vivió un largo tiempo en París. El mayor, Roberto era médico, casado con una señora francesa de apellido de la Noue. Trabajaba en el Instituto Pasteur de París. Vino a Chile, trayendo una vacuna para la epidemia de tifo exantemático de 1934. Tuvimos algún contacto con toda la familia mientras estuvieron en París.

Eufrosina, permaneció soltera.

Daniel era médico; casado con Ana Rosa Gundelach Reyes. Padre de Luisa, Eduardo, Jorge, Francisco, Matilde, Daniel, Fernando y Gustavo. Mi mamá era de la misma edad que Luisa –la tía Lucha- y muy amiga de ella. Ella fue casada con Ricardo Swett y tuvimos amistad con toda la familia, desde nuestra llegada a Chile.

En primer año de medicina fui alumno del profesor Carlos Porter. Era éste un auténtico sabio, un naturalista como los había en el siglo pasado. Enseñaba biología. Más de una vez recordó con gratitud a don Daniel a quien le debía una beca que le permitió estudiar en Europa. Don Daniel parece haber sido un hombre sencillo y bueno. Mi mamá y sus hermanas recordaban que lo embromaban de niñas, porque a todos sus enfermos les recetaba lo mismo: tintura de jalapa. La verdad es que la jalapa servía entonces de excipiente para cualquier receta.

Alejandro era casado con una hermana de doña Ana Rosa, Elena Gundelach Reyes. La conocí cuando llegamos a Chile porque vivía con mi tío Alfredo que era casado con una de sus hijas, Mercedes. Eran cinco hermanas: Mercedes, casada con su primo Alfredo, que no tuvo descendencia. Clara, madre de los Del Rio Carvallo; Francisca, de los Otaegui Carvallo; Emilia, de los Rodríguez Carvallo; Ismenia, de los Sanfuentes Carvallo. Tuvimos amistad con todos ellos pero principalmente con los Del Rio Carvallo y con los Otaegui Carvallo.

Marcial se casó con Sofía Fischer y no tuvieron hijos.

Julia, permaneció soltera.

Adolfo era casado con Dolores Concha. Tuvieron tres hijos: Enrique, Inés y Eugenio.

Carlos, murió soltero

En total eran como 30 primos hermanos, nietos de don Francisco Carvallo Gómez y de su sobrina y esposa Mercedes Fernández Carvallo. Ellos se habían casado en 1839.

Mi mamá tuvo mucha amistad de niña y a lo largo de toda la vida con sus primas Carvallo, especialmente con las Carvallo Gundelach, hijas de Daniel y de Alejandro. En París sus amigas mas íntimas eran Ema Serrano Gundelach y sus hermanas Mechura y Quena, que eran primas de las Carvallo Gundelach. Para nosotros la Ema, la Mechura y la Quena fueron como unas verdaderas tías y, muchos años después, tuve el gusto de visitar varias veces a la única sobreviviente de la familia, la Quena Serrano, que tenía ya más de 90 años y con quien me gustaba hacer recuerdos de aquellos tiempos. Ella me había conocido de niño, lo mismo que a mis hermanos.

Hijos de Ema Serrano y de Ismael Bernales, su esposo, fueron Ramón y Josefina –la Pina-, mayores que nosotros pero que fueron parte importante de nuestra niñez.

5.- Los Carvallo

El antepasado Carvallo mas remoto conocido es don **Ignacio Carvallo** (1680-1760) que vivía en Monfarte de Lemos, en Galicia y se casó en 1704 con doña Vicenta de Prado. Tuvieron un hijo, don **Francisco Carvallo Prado** (1705-1753) quien se vino a Chile en 1728, se radicó en Valdivia y es el tronco de nuestra familia.

Don Francisco se casó en 1740 con doña Juana de Goyeneche y Lope, de la cual tuvo varios hijos: los **Carvallo Goyeneche**. Uno de ellos don Vicente (1742-1816) fue el célebre cronista de la época colonial; otro, don **Ventura** (1743-1825) es nuestro antepasado.

Don Ventura se casó en 1765 con doña Nicolaza Pinuer y Zurita. Los Carvallo Pinuer fueron cinco: tres hombres y dos mujeres. Uno de ellos, don **Francisco Carvallo Pinuer**, nacido en 1771 se casó en 1799 con doña Clara Gómez del Villar y fue padre de don **Francisco Carvallo Gómez** que se casó con su sobrina, doña Mercedes Fernández Carvallo. Son los abuelos de mi mamá. Ella no conoció a don Francisco pero sí a doña Mercedes a quien llamaban “la mamita Fernández”.

Los Carvallo, al igual que los Aguirre y los Vial han sido bien estudiados por los genealogistas. (Ver Bibliografía)

6.- Los Fernández

La “mamita Fernandez”, era sobrina de su esposo Francisco Carvallo Gómez, hija de su hermana Carmen Carvallo Gómez. Su padre era Miguel Fernández Gana. Este era hijo de Fernando Tomás Fernández y de Manuela Gana Darrigrandi. Del lado Fernández, mas no sabemos.

7.- La abuela materna: Julia Castillo Goñi

De la que fue mi abuela materna poco sabemos. Mi mamá apenas la conoció ya que tenía solo 8 años cuando ella murió. La recordaba como a una persona mayor aun cuando, al morir, tenía apenas 40 años. Hay en casa un retrato de ella. Tenemos información acerca de su familia, los Castillo y, sobre todo, los Goñi.

8.- Los Castillo Goñi

Los Castillo Goñi eran hijos de don Angel Castillo Pareja y de doña Mónica Goñi Prieto cuya familia ha dejado más huella en el recuerdo.

Los Castillo Goñi fueron ocho.

Alamiro, casado con Isabel Valverde Prieto y padre de Elena Castillo, esposa de Ricardo Pascal Valdés, por quienes se conocieron mis padres. Cuando llegamos a Chile, Elena Castillo vivía en una casa en la Avenida Libertad al lado del Convento de los Padres Carmelitas. La conocimos bastante, lo mismo que a su esposo y a sus tres hijos, Hernán, Ricardo y Nena, casada con Jorge García, muy simpática. A lo largo de la vida he tenido alguna vez que ver con alguno de los Pascal Castillo o de los Pascal García. Recibí, de uno de ellos, como Arzobispo de La Serena, un diploma por haber, durante un largo tiempo, predicado la homilía dominical en la Radio Sociedad Nacional de Agricultura de La Serena.

Rodolfo, casado con Armanda Goñi.

Luis, casado con Teresa Blanco. Es el Almirante Castillo, a quien conocimos de niños cuando viajó a Europa con su señora. Lo estoy viendo sentado en el salón de nuestra casa, con su esposa.

Eugenia, de quien no tengo datos.

Julia, -o Josefa Julia- mi abuela, casada con don Uldaricio Carvallo.

Adela, que fue casada con don Onofre Costa y enviudó muy joven.

Eusebia

Sara, quien vivió con Adela. Mi mamá hablaba siempre de las tías Adela y Sara, “las tías Castillo”, y recordaba que solían, ella y sus hermanas, embromar a la tía Adela, cuando recordaba a su marido, difunto desde hacía tantos años que las sobrinas manifestaban sus dudas de que hubiera verdaderamente existido.

9.- Los Castillo

Doña Julia Castillo Goñi era hija de don **Ángel Castillo Pareja** quien era hijo de Mariano del Castillo Osandón y de Eulalia Pareja. De don Mariano sabemos que era hijo de José del Castillo Rojas y de Lucía Osandón Rojas.

10.- Los Goñi

Mi abuela, Julia Castillo, era hija de doña Mónica Goñi Prieto, de familia de marinos. Su padre don **José Anacleto Goñi** era un capitán realista, medio aventurero, nacido en España; se casó en 1805 con María Isabel Prieto Romero quien era hija de José Prieto de la Espiella (nacido en 1738) y de María Isabel Romero Herrera, (fallecida en 1803), casados en 1766.

Mónica Goñi Prieto, la madre de mi abuela, era hermana de José Anacleto Goñi Prieto (1817-1886) almirante, que se casó con Matilde Simpson Baeza, hija del Almirante Simpson, héroe de la marina chilena. Don José Anacleto Goñi Prieto tuvo por hijos a Luis Alberto Goñi Simpson (1851-1928) y a Roberto Anacleto Goñi Simpson, almirantes ambos. Tuvieron también una hija Isabel Goñi Simpson casada con Florencio Baeza que fue la madre del doctor Arturo Baeza Goñi, mi profesor de pediatría, padre de los sacerdotes Alfonso y Florencio Baeza Donoso.

Mi abuela, Julia Castillo Goñi tuvo un hermano que llegó también a almirante, Luis Anacleto Castillo Goñi (1844-1928), casado con Teresa Blanco, el que visitó a mi familia en París.

En el libro “Marinos Ilustres y Destacados del Pasado”, de Rodrigo Fuenzalida Vade se encuentran abundantes datos sobre los marinos chilenos de apellido Goñi: José Anacleto Goñi Prieto, Luis Alberto Goñi Simpson, Roberto Anacleto Goñi Simpson y Juan Oscar Goñi así como también sobre Luis Anacleto Castillo Goñi (1844-1928), el tío de mi mamá. También se encuentra una información completa sobre los Almirantes Simpson: Roberto Simpson Simpson, Roberto Simpson Baeza, Enrique Simpson Baeza y Juan Manuel Simpson Searle. Por el lado Goñi pertenecemos por lo tanto, a una familia de marinos que ha dejado recuerdos en la marina chilena.

C. GENEALOGÍA

Introducción

He reunido en 17 cuadros genealógicos los datos que he podido obtener acerca de las relaciones de filiación de nuestros antepasados. Debajo de cada cuadro he colocado el número de la generación. La generación mía y de mis hermanos –los Piñera Carvallo – lleva el número 1. La de nuestros **padres**, el 2. La de nuestros 4 **abuelos**, el 3. La de los 8 **bisabuelos**, el 4. La de los 16 **tatarabuelos**, el 5. De allí para arriba, se continúa, para algunas ramas, hasta el 16.

Cada cuadro genealógico abarca 5 generaciones. Los cuadros se complementan unos con otros. Los cuadros del 2 al 6 se refieren a los Aguirre; del 7 al 10, a los Vial; del 11 al 14, a los Carvallo; del 15 al 17, a los Castillo.

Hasta la generación 5 –los 16 tatarabuelos- los cuadros están completos. De allí para arriba hay muchos casilleros vacíos, especialmente al pasar de la generación 7 u 8.

Hemos subrayado en los Cuadros Genealógicos, los nombres de quienes figuran como cabeza de algún cuadro genealógico. Al pie de cada columna vertical, colocamos el número de la generación a la que corresponden las personas que integran esa columna. En el cuadro 1, por ejemplo, Francisco Carvallo Pinuer aparece como perteneciente a la generación 5, la de mis tatarabuelos, y su nombre está subrayado porque encabezará el Cuadro Genealógico 13.

Indicamos aquí el tiempo aproximado en que vivieron las distintas generaciones: 1 y 2, en el siglo XX; 3, 4 y 5, en el siglo XIX; 6, 7 y 8, en el siglo XVIII; 9, 10 y 11, en el siglo XVII; 12, 13 y 14, en el siglo XVI; 15 y

16, en el siglo XV. Por cierto que esto es aproximativo: hay generaciones mas cortas y otras más largas.

Algunos de los antepasados más destacados, o más importantes para nuestra familia son:

Francisco de Aguirre Meneses (1508 – 1580), el conquistador y fundador de La Serena, que llegó a Chile en 1540, origen de los Aguirre en Chile.

Francisco Carvallo Prado (1705 – 1753), que llegó a Chile en 1728, fundando en Chile la familia Carvallo.

Manuel José Vial Xarabetía que llegó a Chile en 1743, fundador en Chile de la familia Vial.

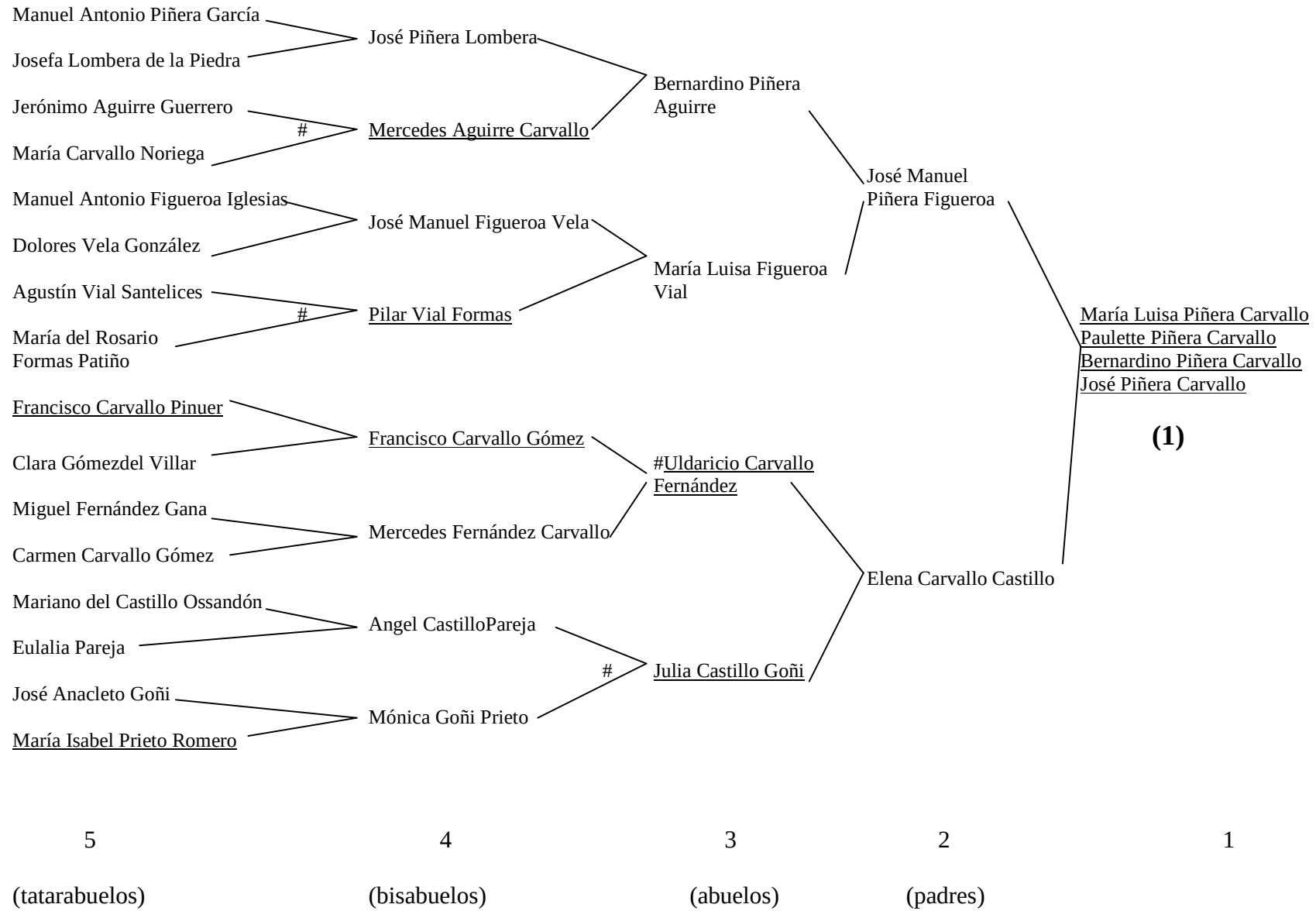
Vicente Carvallo Goyeneche (1742 – 1816), el célebre cronista de la época colonial, cuyo hermano Ventura (1743 – 1825) es nuestro antepasado.

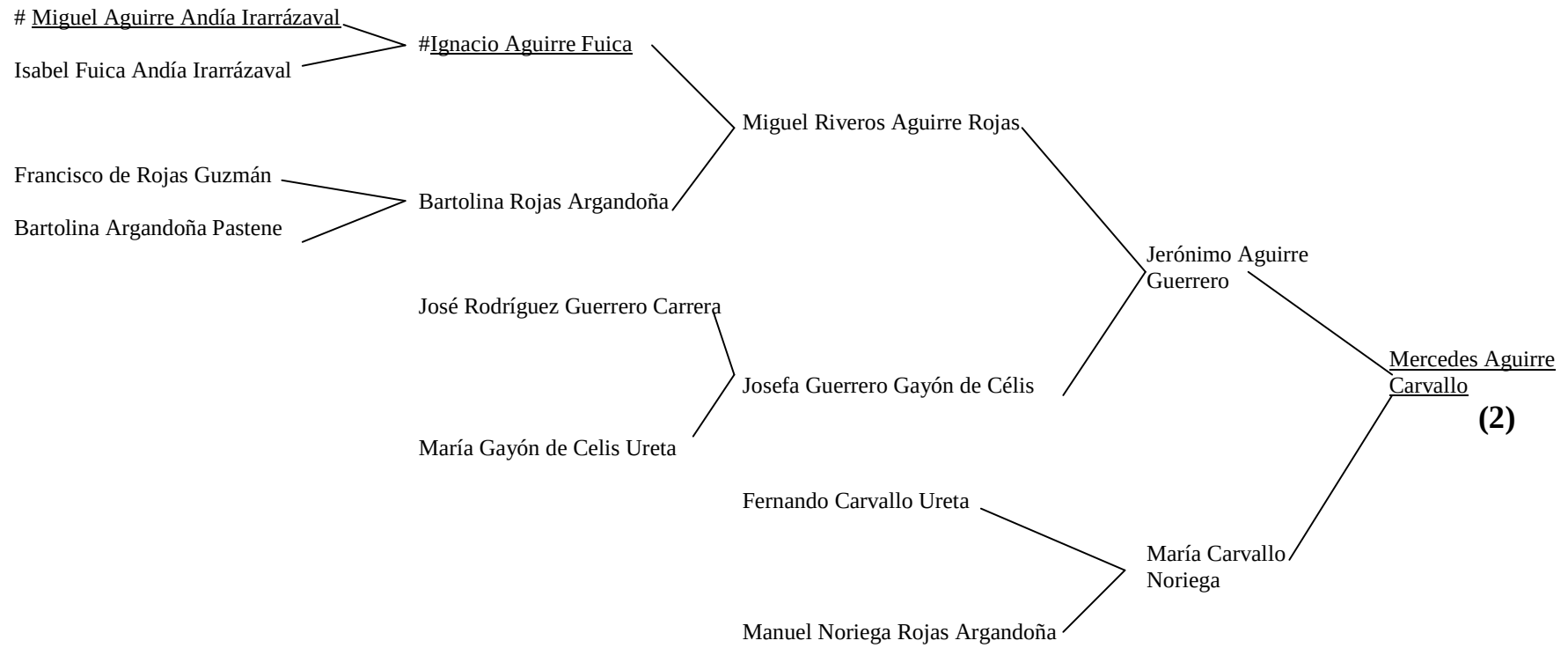
Agustín Vial Santelices (1772 – 1838), personaje del fin de la Colonia y de la Independencia.

José Piñera Lombera (1788 – 1848), que llegó a Chile en 1824, fundador en Chile de la familia Piñera.

Casi todos nuestros antepasados fueron españoles o descendientes de españoles: gallegos y asturianos preferentemente. Remontándose muy para arriba, se encuentran algunos franceses –los Vial - o italianos –los da Forma. Casi todos fueron personas de cierta situación social, en tiempos de la Colonia y de la República, muchos de ellos desempeñaron cargos importantes en su tiempo. Hasta donde uno puede apreciar, a la distancia de los años y de los siglos, fueron personas buenas y religiosas, católicos como lo eran todos en aquellos tiempos, con familias numerosas. Pocos llegaban a viejos. Pocos se preocupaban del dinero, o llegaron a ser ricos. Pero, pobres o ricos, compartían una misma nobleza de alma y sencillez de vida.

Cuadros Genealógicos





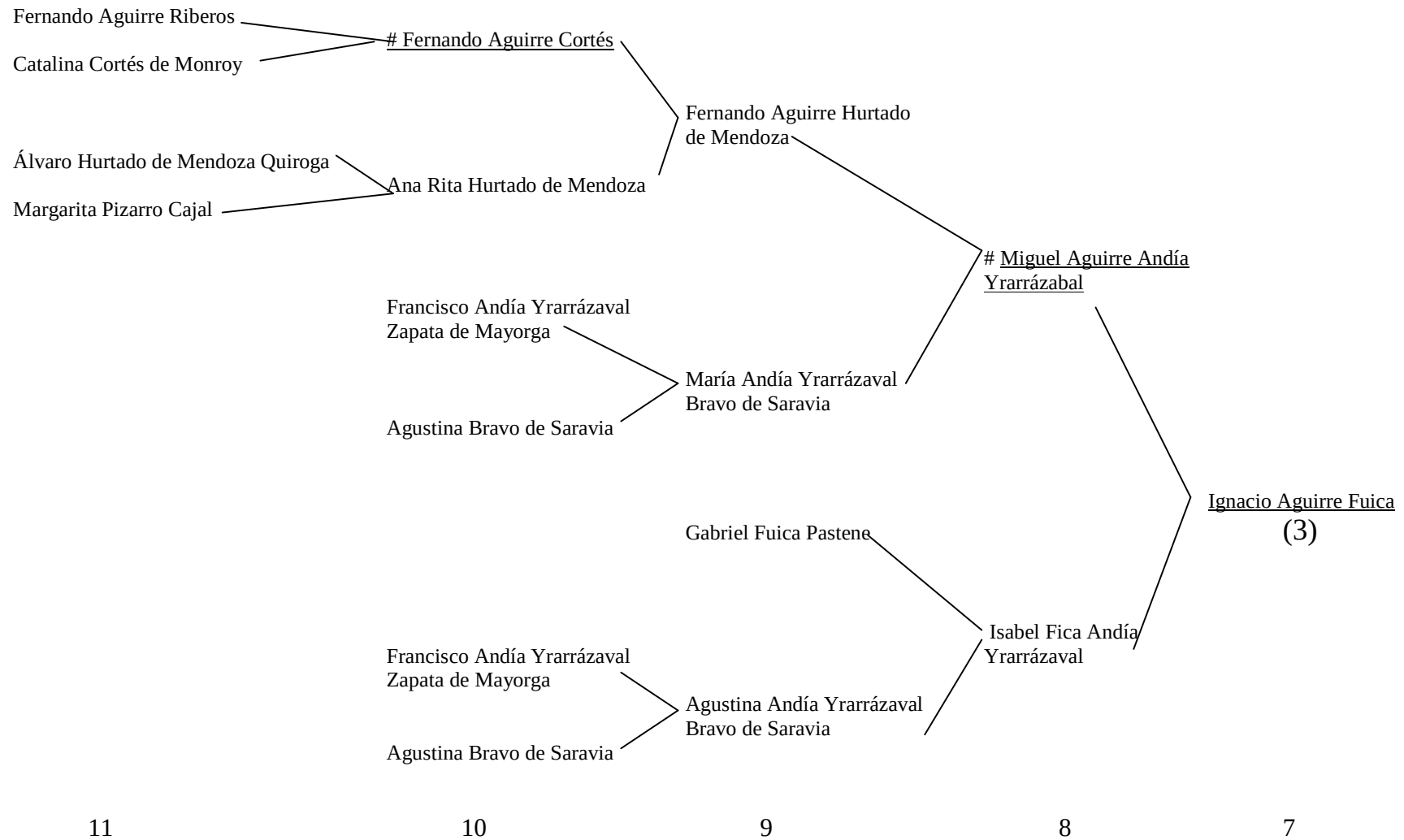
8

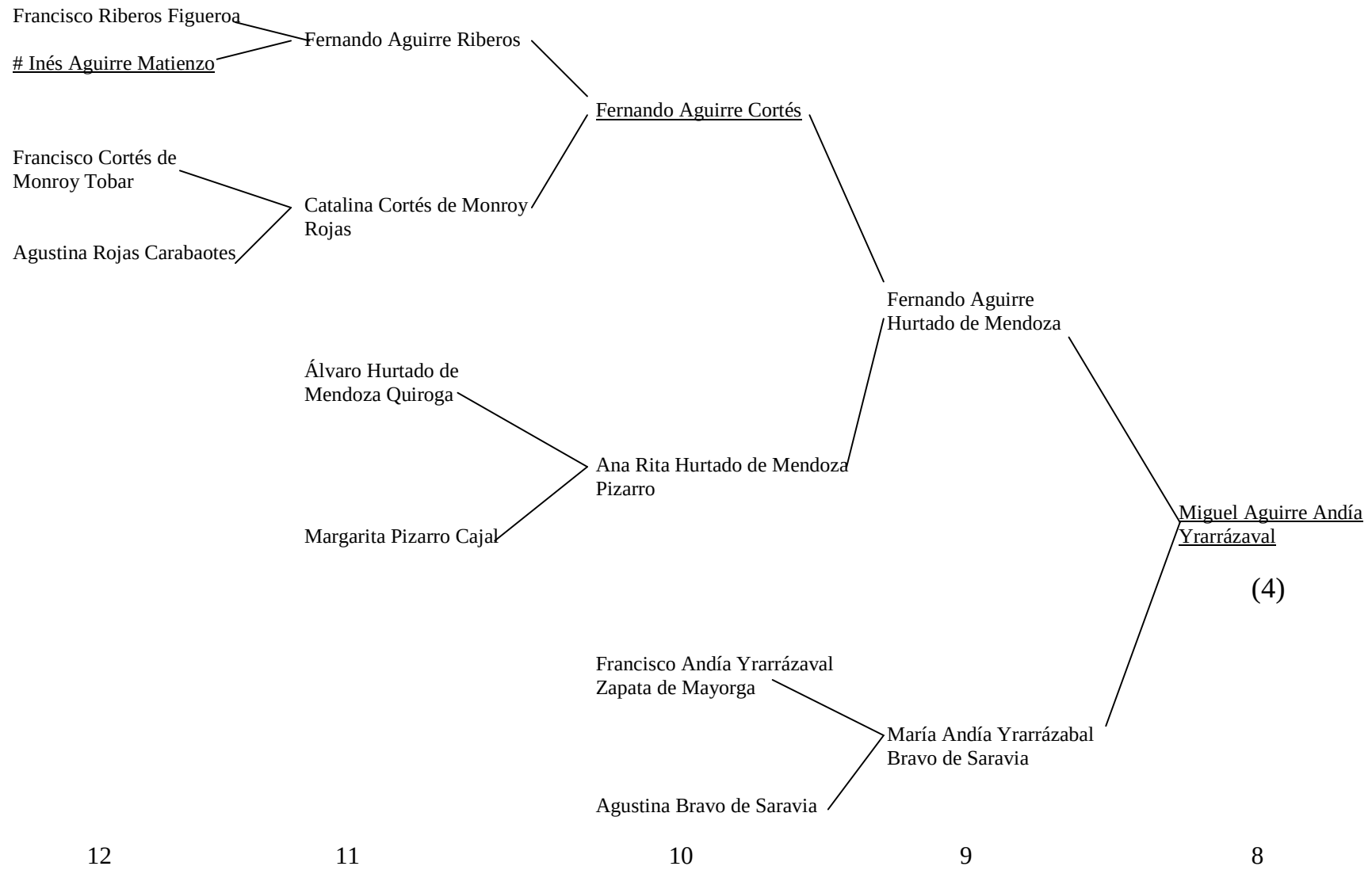
7

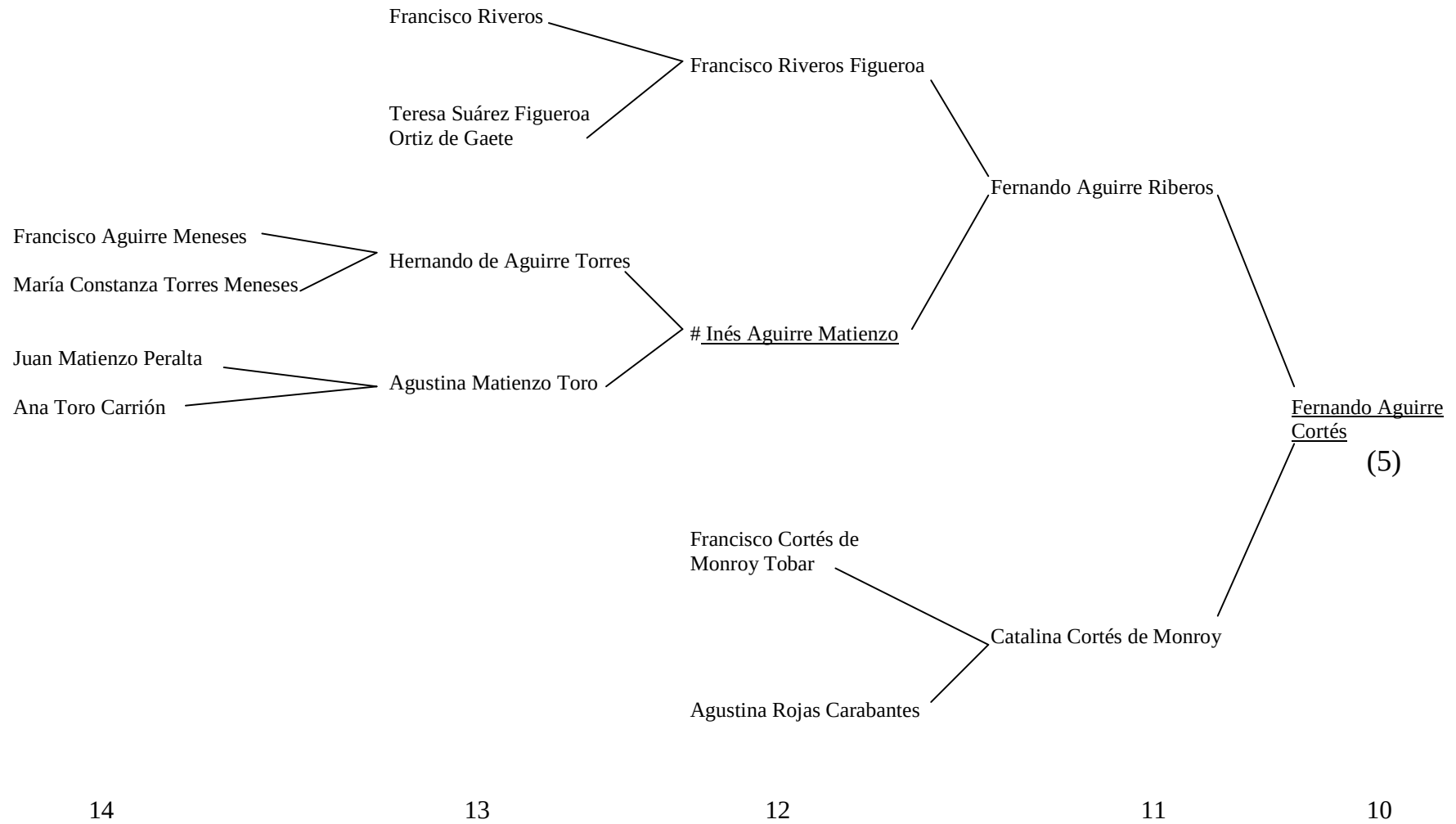
6

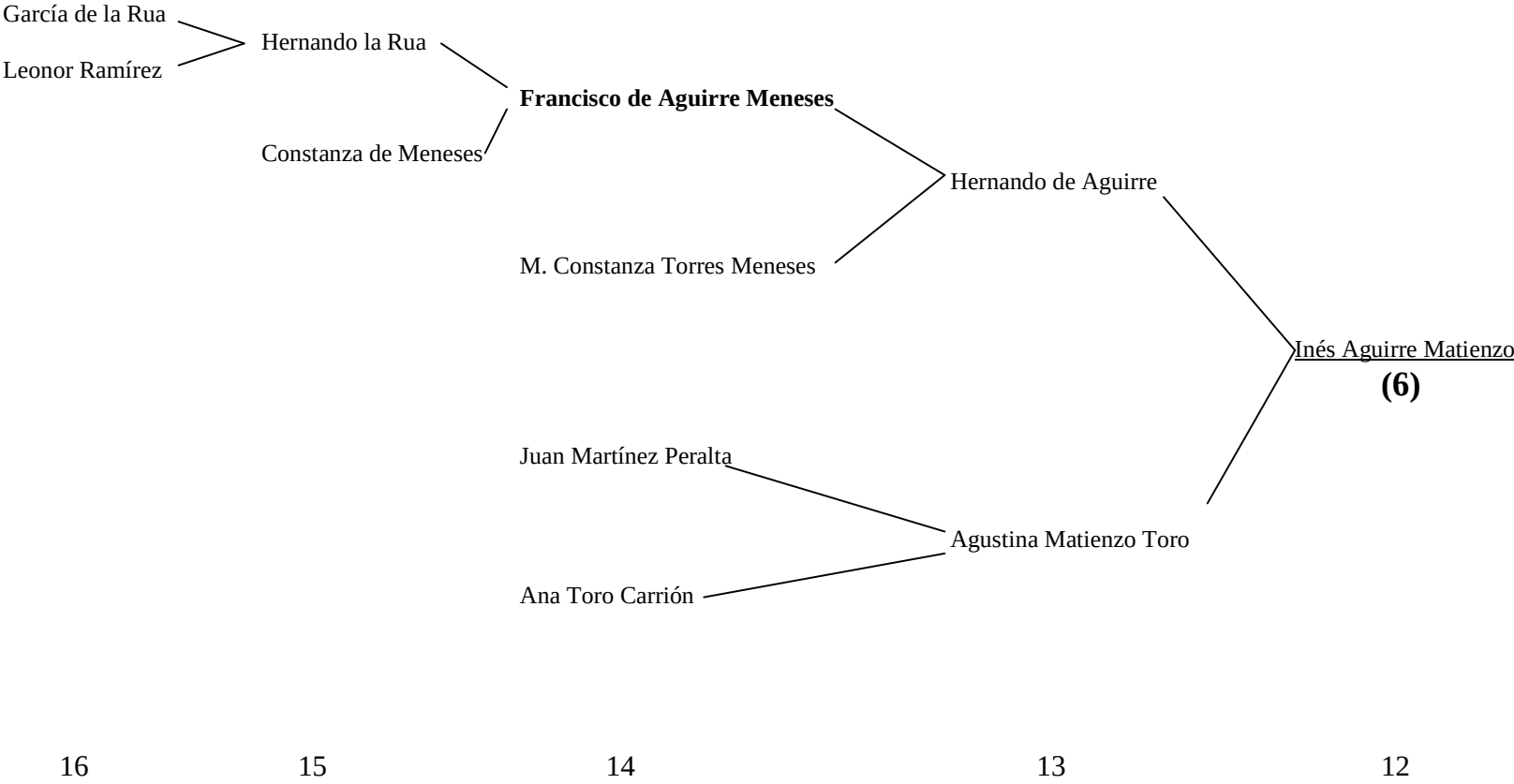
5

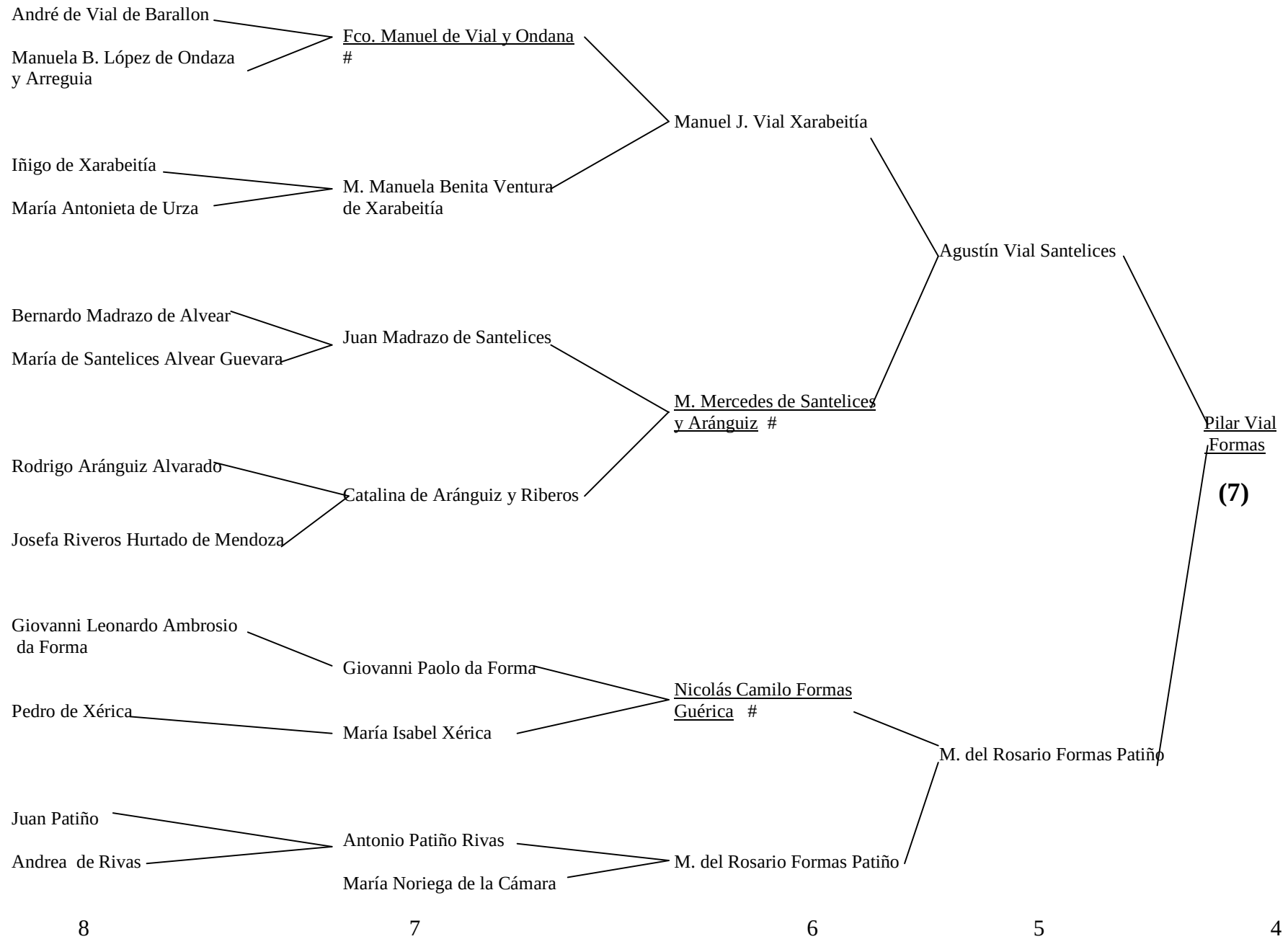
4

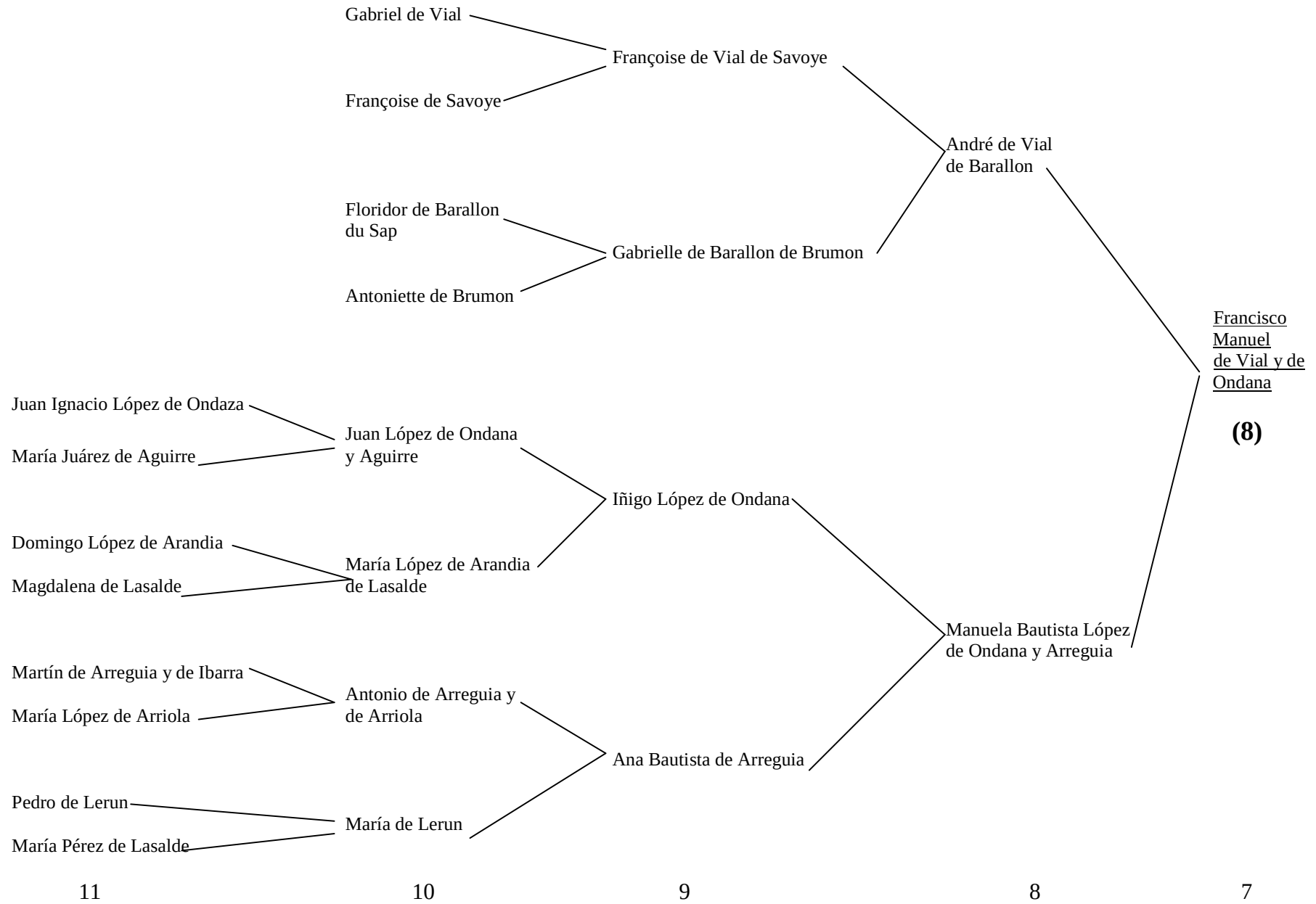


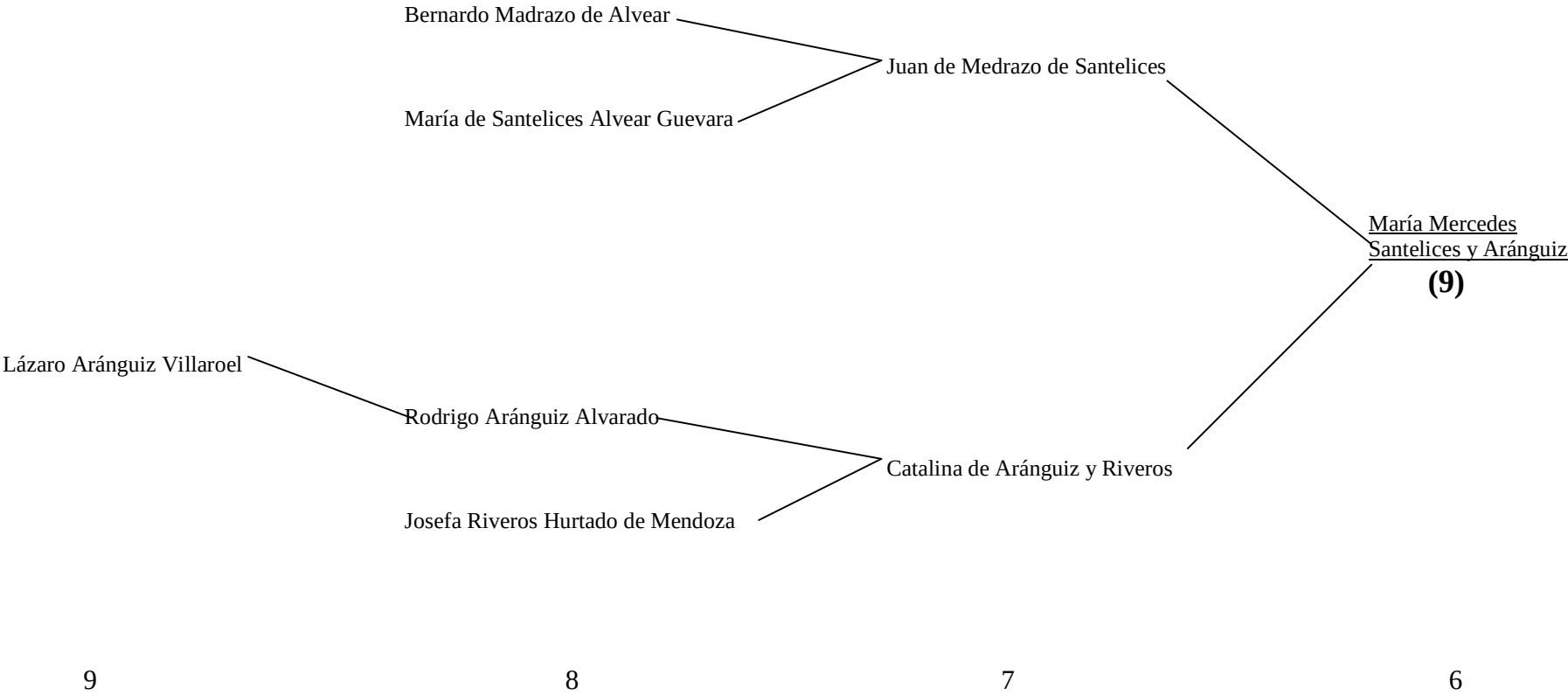


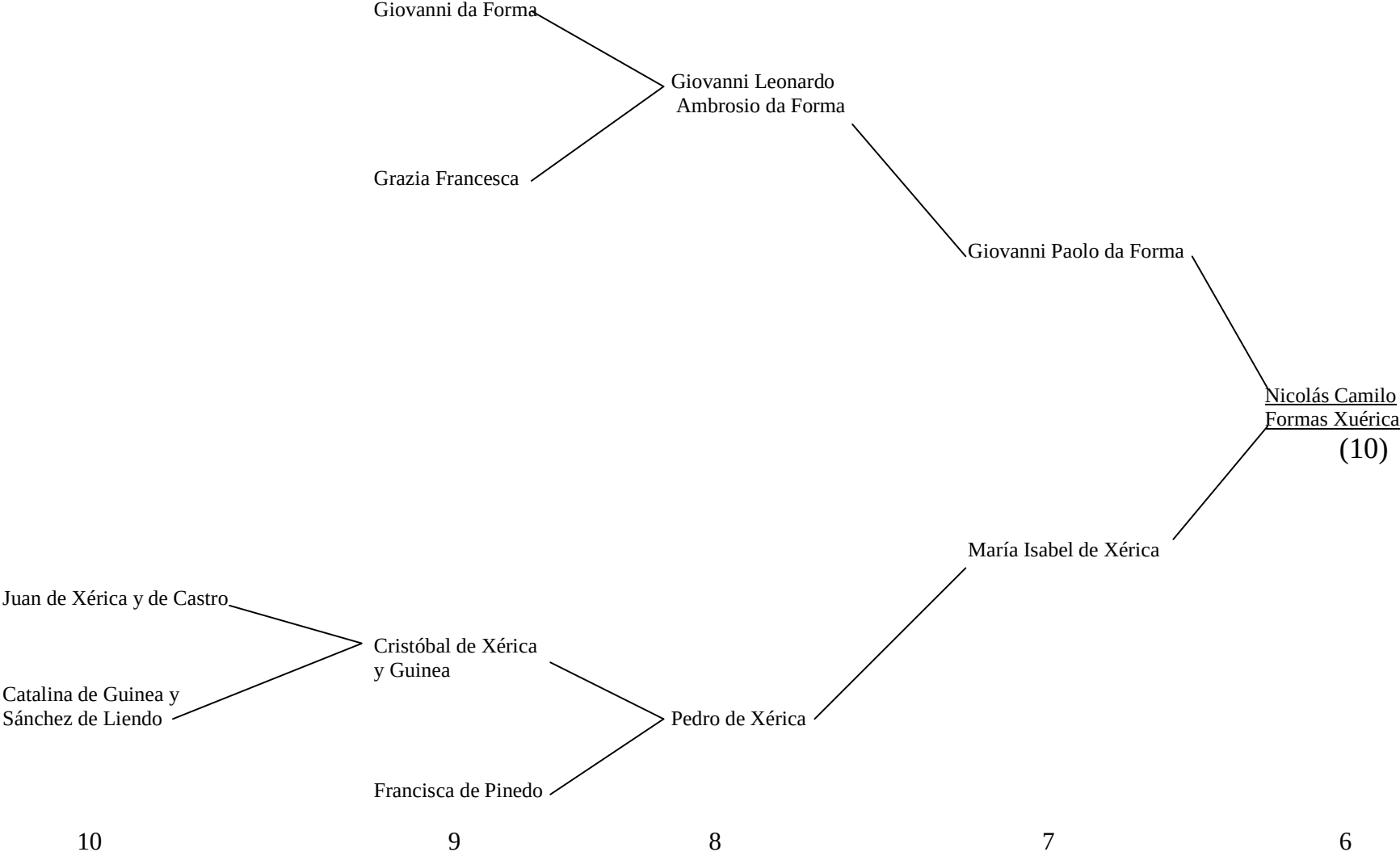


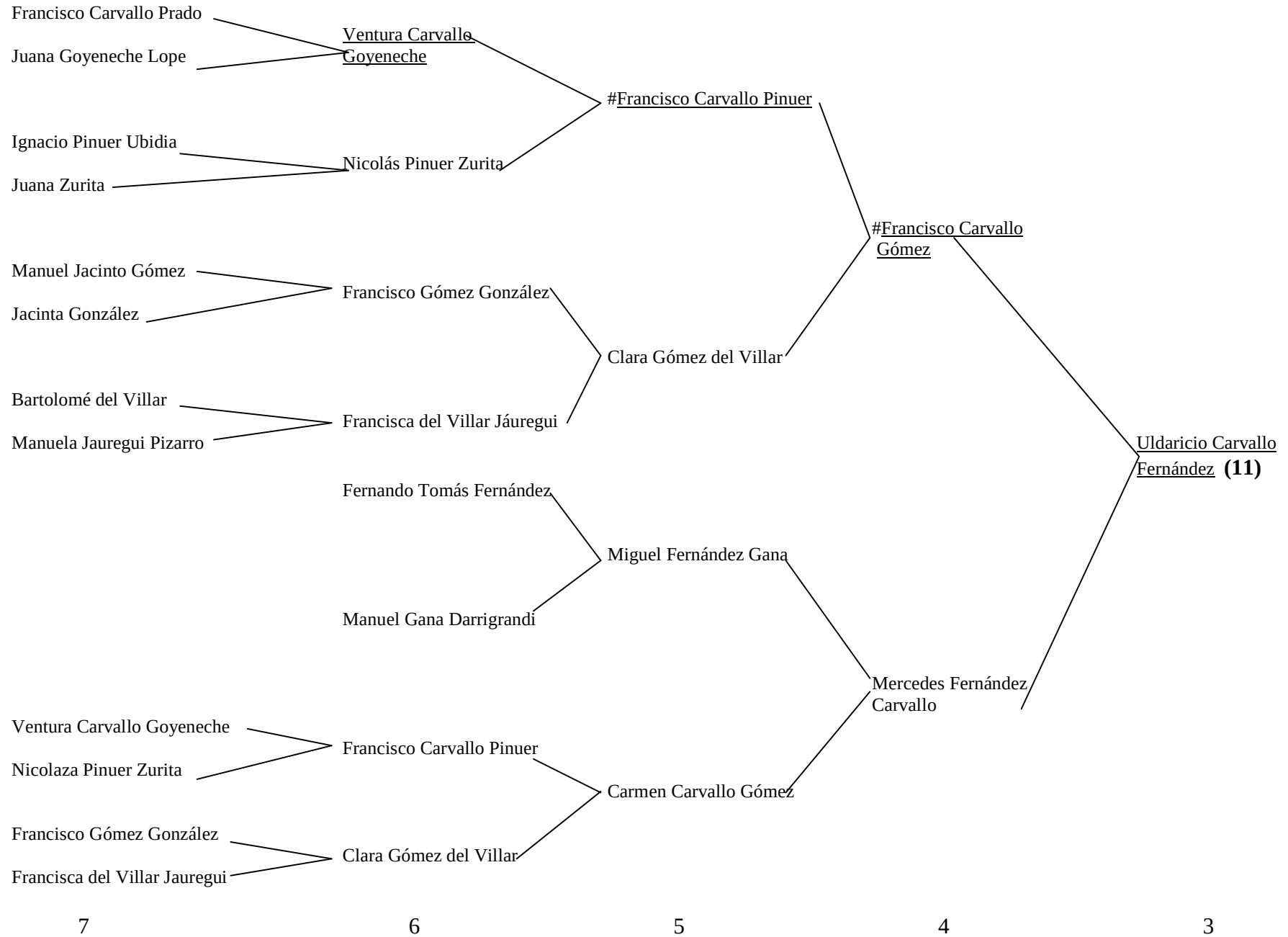


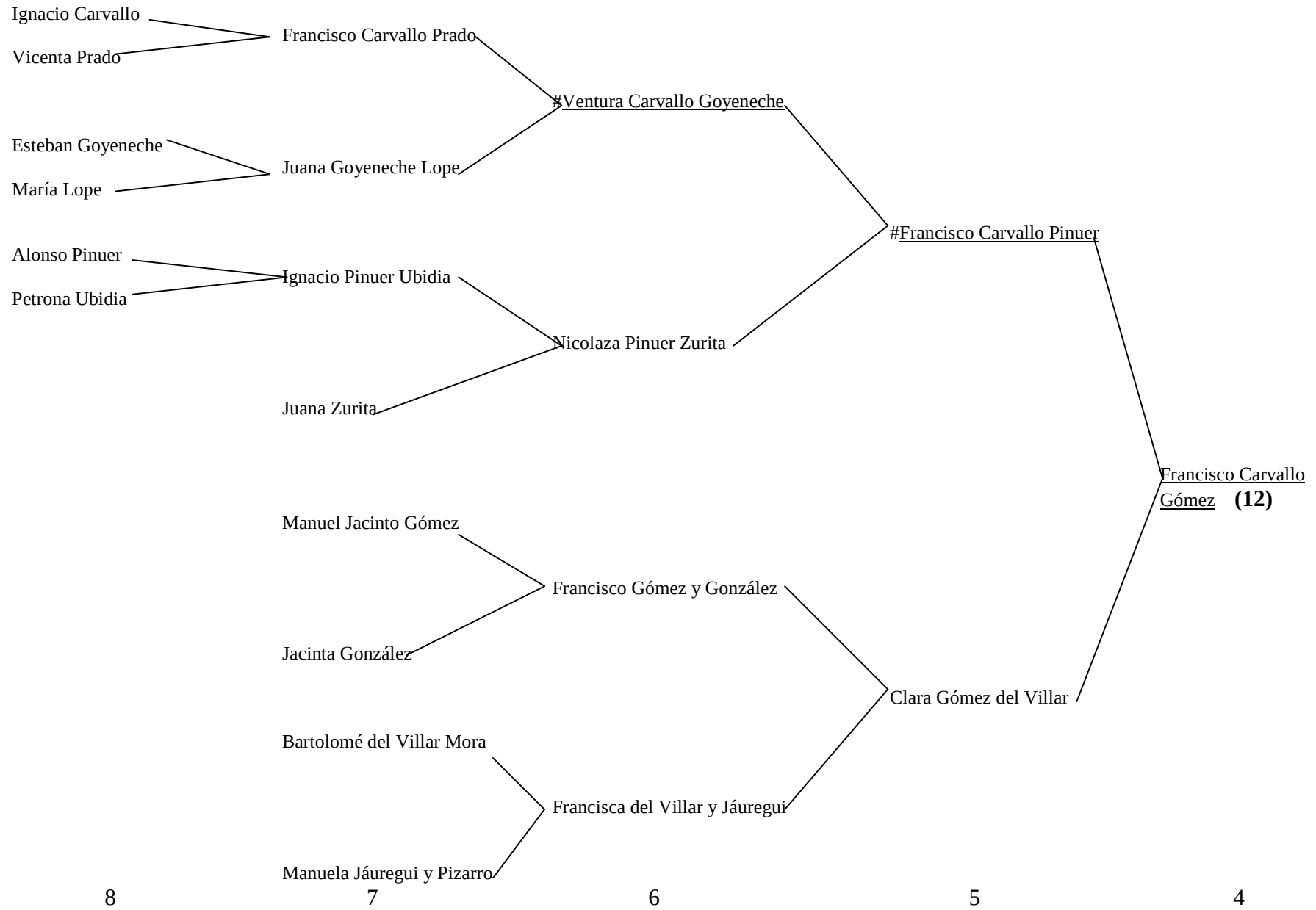


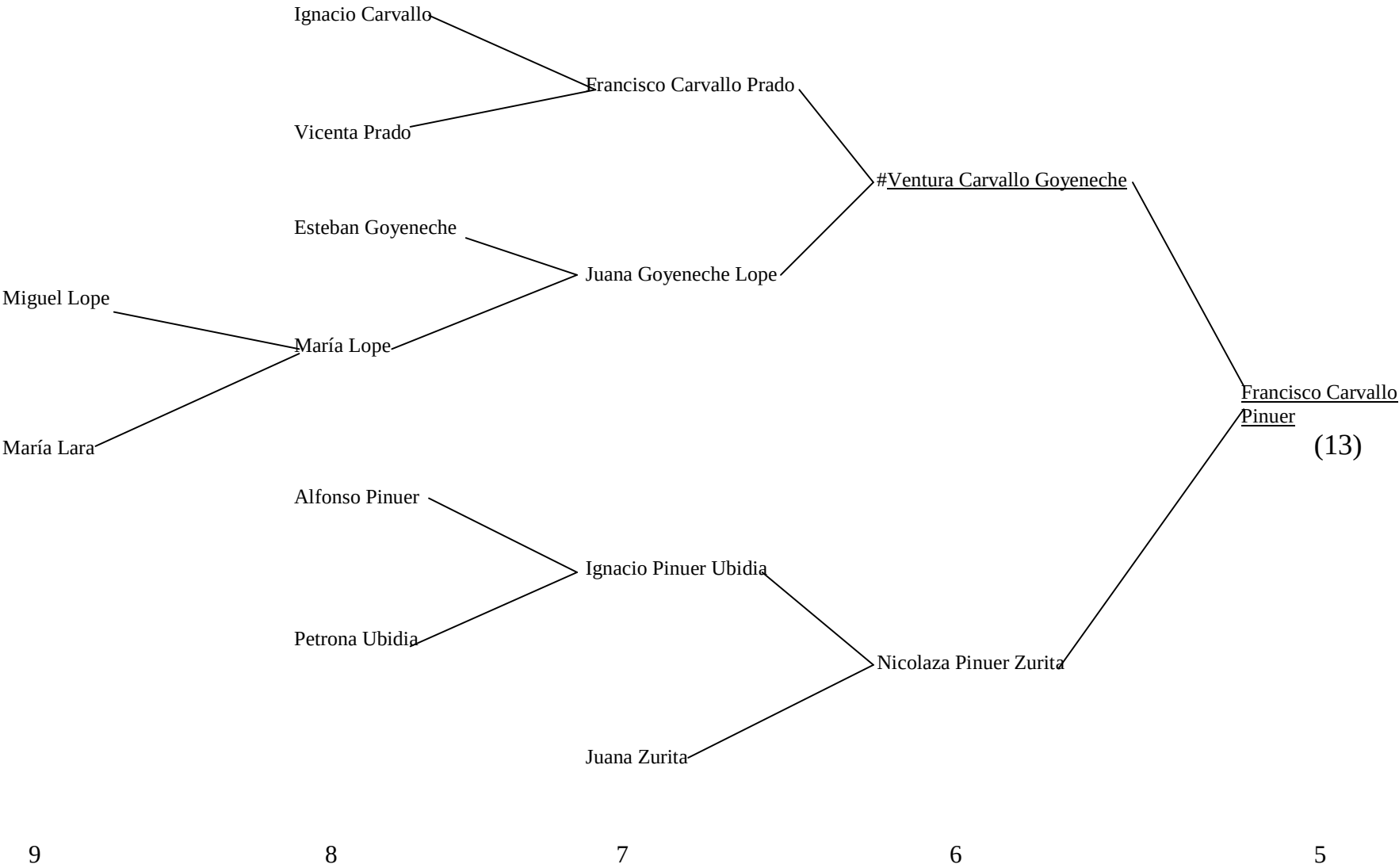


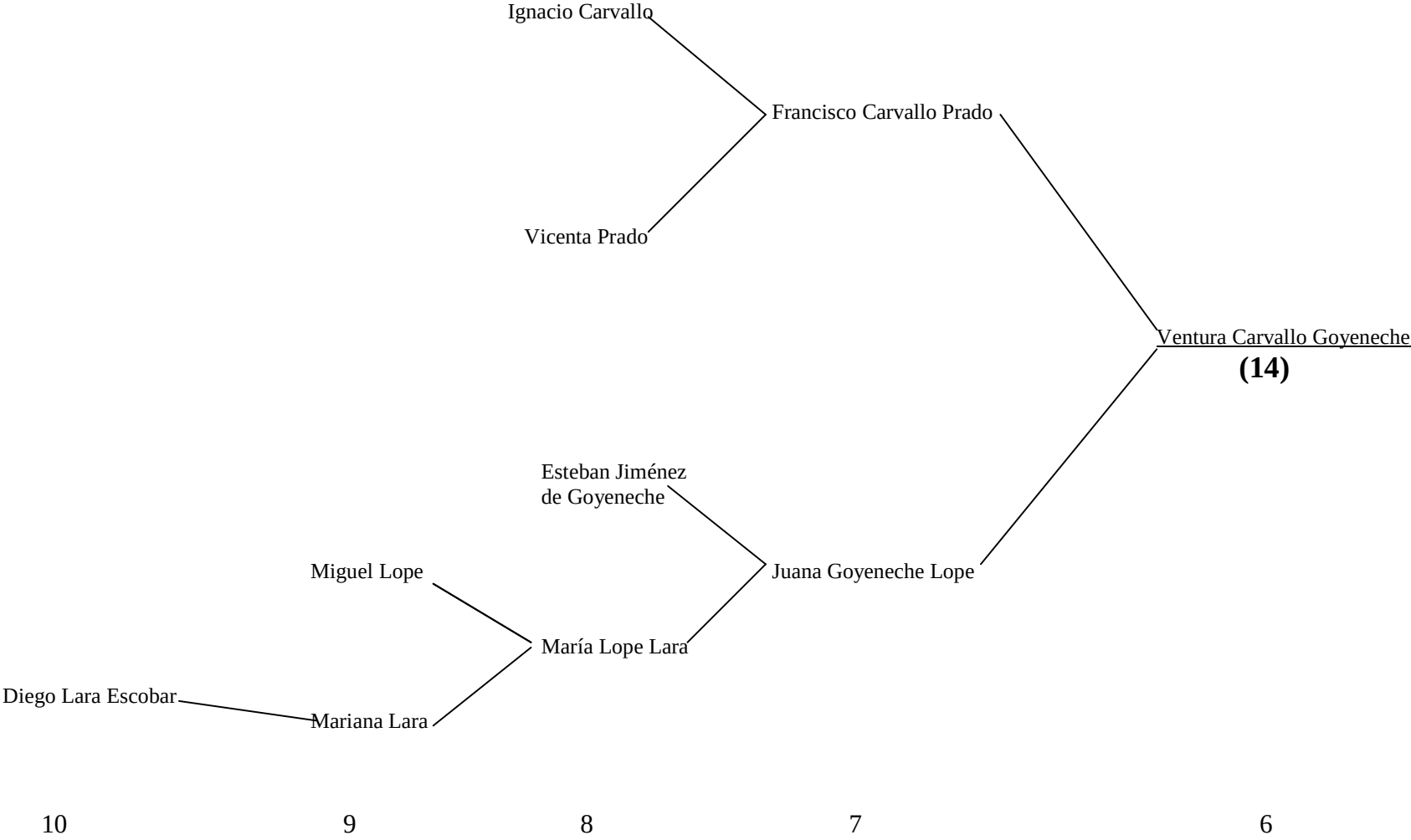


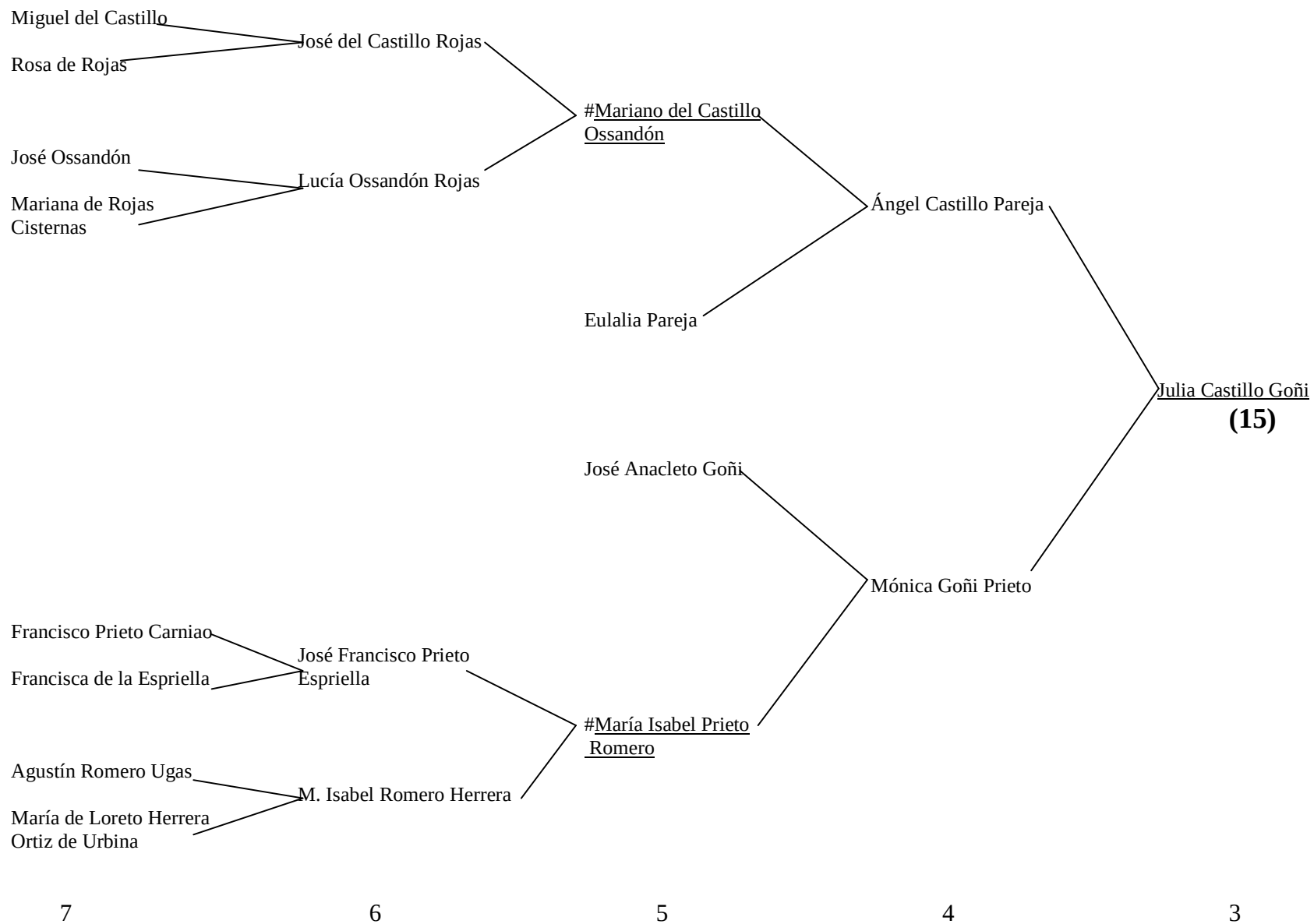


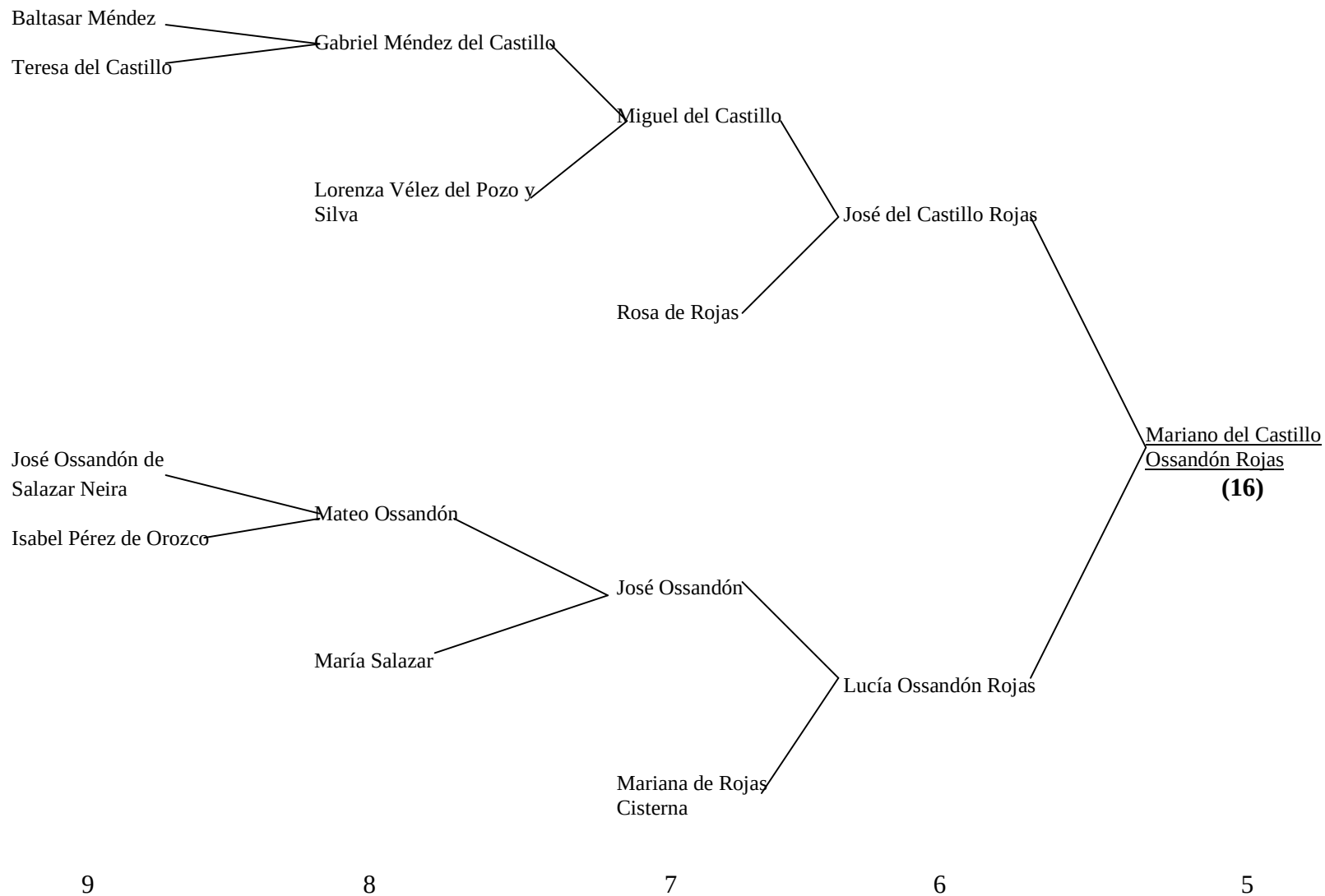


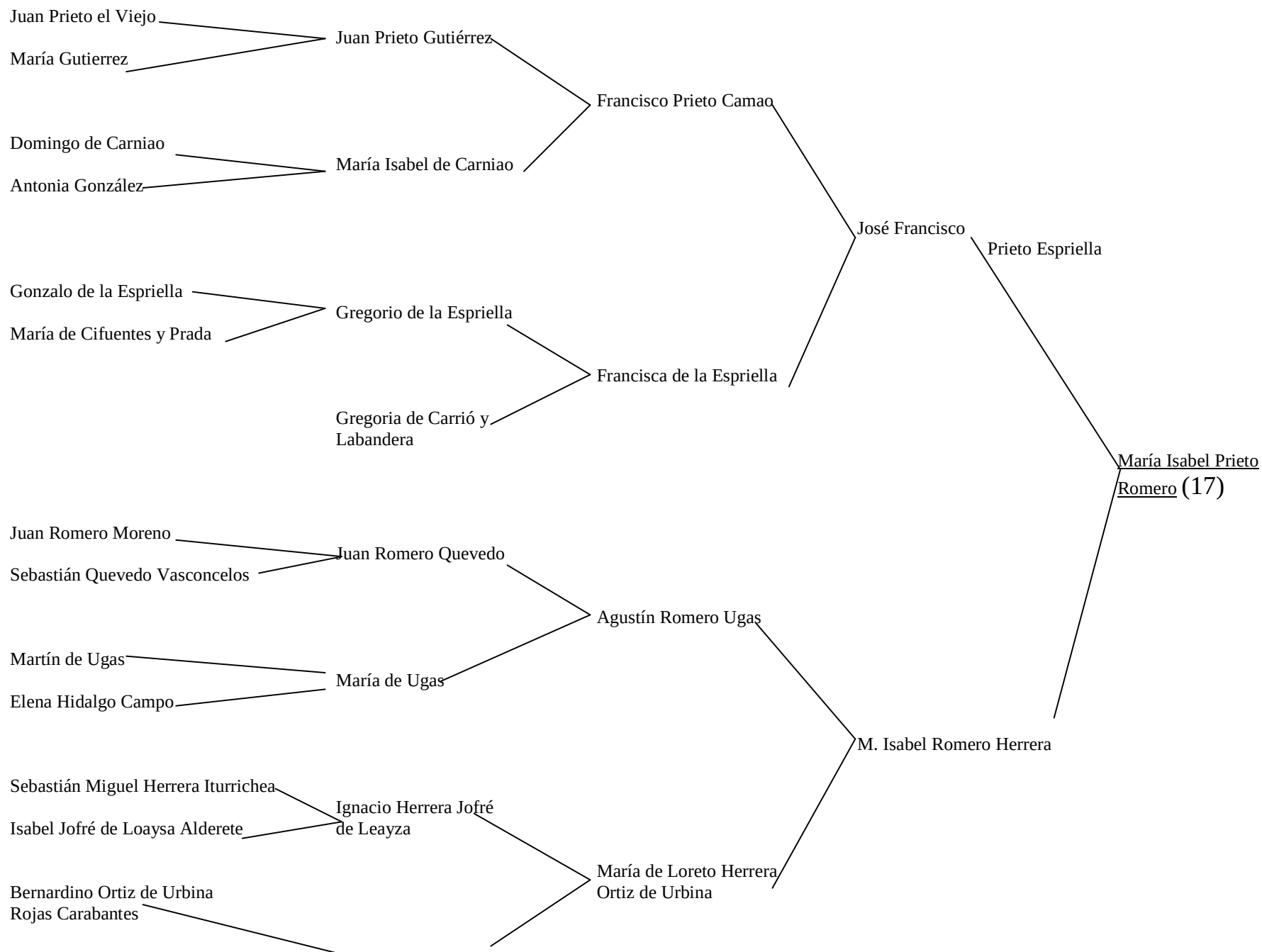












Isabel Ortiz de Urbina
Ramírez de Arellano

9

8

7

6

5

BIBLIOGRAFÍA

Sobre los Aguirre:

Luis Silva Lezaeta

El Conquistador Francisco de Aguirre
(Fondo histórico y bibliográfico J. T. Medina)
1953

Ernesto Greve

El Conquistador Francisco de Aguirre
Comentario y complementos al libro del Pbro. Silva Lezaeta
(Fondo histórico y bibliográfico J.T Medina)
1953

Fernando Moraga

Notas sobre las familias con título nobiliario de la IV Región

Revista de Estudios Históricos

(Órgano oficial del Instituto Chileno de Investigaciones
Genealógicas) N° 1, 1949

Juan Eduardo Barrios Barth

*El Conquistador Francisco de Aguirre y su
descendencia*

Sobre los Carvallo:

Revista de Estudios Históricos

(Órgano oficial del Instituto Chileno de Investigaciones
Genealógicas) N° 1, 1949

Fernando Larraín Echeverría

*Carvallo – Una familia colonial de la provincia
de Valdivia*

Mauricio Pilleux Cepeda

Genealogía de la familia Carvallo
(Apuntes dactilografiados – sin fecha)

Sobre los Vial:

Raúl Díaz Vial

El linaje de Vial
Sucesión y vinculaciones, Madrid 1960

Sobre los Goñi:

Rodrigo Fuenzalida Bade

Marinos ilustres y destacados del pasado
Síntesis biográfica – 1985

III. LAS RAMAS

Introducción

En esta tercera parte, después de haber considerado los antepasados de mi padre y de mi madre, sus “raíces”, nos volvemos hacia sus descendientes, sus “ramas”.

En primer lugar pensamos en los que ya se han ido, Marie Louise, José, Herman y Picha, y evocamos su recuerdo, transcribiendo algo de lo que se dijo o se escribió a raíz de sus fallecimientos (A).

Nos acordamos después de Paulette, dando la palabra a uno de sus nietos y a una sobrina (B).

Damos a continuación la lista de todos los Chadwick Piñera, los descendientes de Herman y de Paulette, y los yernos y las nueras (C). Y lo mismo hacemos con los Piñera Echenique, los descendientes de José y de Picha (D).

Por último transcribo unas palabras mías, dichas al cumplir 50 años de sacerdote, y al cumplir 90 años de edad. Y la “justificación” que puse como prólogo a mi libro: “La Oferta de la Fe”, para “hacerme presente” en este recuerdo de la familia a la cual pertenezco (E).

A. LOS QUE SE FUERON

1.- Marie Louise Piñera Carvallo

Herman Chadwick Piñera

Marie Louise Piñera Carvallo

Poco antes de Navidad, día en que la tía Marie Louise nos entregaba parte de su cariño con un regalo, sobrio y sencillo, como ella era, pero comprado con dedicación, el Señor vino a buscarla. Por una vez, como dijo una de sus sobrinas, fuimos nosotros los que nos preocupamos por ella despidiéndola –todos juntos- en un acto de profundo sentimiento y recogimiento familiar.

La tía Marie Louise, soltera, le dedicó mucho tiempo a obras religiosas y sociales, pero la verdad es que su gran preocupación, y a quien entregó su vida, fue a la familia. Vivió para servir a sus padres, hermanos, sobrinos y a todos cuantos llegaron a formar parte del clan Piñera. Diariamente –temprano en la mañana- sonaban nuestros teléfonos y oíamos la inconfundible voz de la tía Marie Louise preguntándonos cómo estábamos y qué novedades familiares había. Sus preguntas eran punzantes y directas y las dirigía exactamente a averiguar lo importante. Le costaba, como a toda la familia, demostrar su cariño. No era una mujer de besos ni de abrazos. Prefería el cariño a través de la palabra, la mirada o los gestos.

Era buena, servicial, inteligente, franca, directa, sincera, culta, inquieta, apurete, actual, sobria, buena lectora, rápida e informada. Supo ubicarse como nuestra segunda madre respetando el lugar de los padres y demostrándonos, a cada uno, un cariño especial. Si se abriera debate sobre quienes fuimos sus regalones ganaríamos todos. No hacía diferencias y entregaba a cada uno lo que necesitábamos o nos hacía falta. Se preocupó

siempre de los problemas familiares y nunca aplaudió ni se entusiasmó con nuestros triunfos o éxitos.

No apareció, como dijo el tío Bernardino en su prédica, en los diarios, revistas o programas de televisión por cuanto jamás le interesó la vida pública ni menos la social. Su muerte no fue una desgracia que interrumpiera una vida exitosa. Por el contrario, murió a los 89 años, en su casa, rodeada del cariño de todos, culminando una vida plena y muy feliz.

Ha sido, sí, una gran pérdida para nosotros. Con ella se van muchos años de vida familiar y la vigía de nuestra historia y tradiciones. Ya no tendremos a la tía que siempre nos acompañó, no oiremos sus incesantes e insistentes llamadas telefónicas, nos faltará un regalo de pascua o de cumpleaños, no nos juntaremos todos los primos en su departamento para celebrar San Luis Rey de Francia o su cumpleaños.

Ella está gozando de la vida celestial que tan bien se ganó en su paso por la tierra y desde allí seguirá velando por la unidad familiar, tan importante en una familia tan diversa como la nuestra.

Tía, descanse en paz, la recordaremos siempre y nos encargaremos, generación tras generación, de predicar su ejemplo y de contar su vida.

Magdalena Piñera Echenique

La tía Marie Louise

Siempre ahí: presente, vigilante, adelantándose a los hechos y, siempre, con su cartera tomada bajo el brazo y su pucho colgando. Ella, la tía Marie Louise, ese personaje que entró en nuestras vidas para enriquecerlas sin medida, era majadera, insistente y catete, ¡que duda cabe! Pero –he aquí su mayor gracia- tenía una capacidad de ser generosa con lo suyo, fueran sus conocimientos de Racine o de Voltaire, su última “Jour de France” o su par de huevos (que ofrecía las 24 horas del día), que no podremos olvidar así no mas.

Tenía también una humildad muy poco acorde con estos tiempos. Pues, yo al menos, (quizás heredé algo de esa majadería) era capaz de molestarla mil veces con algo, y ella...impertérrita. No conoció el rencor. Nunca le interesó. Es que la Lucha (como le decía su hermano José) era inteligente. Ella misma se daba cuenta que detrás de esas burlas y chacotas recurrentes, había cariño. Y, con esa agudeza con la que llegó al mundo un 20 de diciembre de 1912, lo retribuyó setenta veces siete.

La vida ya no es la misma sin sus 10 o 12 llamadas de supervisión diarias. La Pascua nunca más tendrá esas pelotas plásticas, calcetines de tenis, papas fritas, Coca Cola caliente y sencillez que ella le imprimía a las cosas. La información sobre el último detalle de la cotidianidad de los miembros de la familia, no volverá jamás a ser tan completa e inmediata. Hasta el barrio es otro. ¡Por suerte nos quedan los recuerdos! ¡Y por suerte, nos quedan Paulette y Bernardino!

20 de diciembre de 2002.

Irene Chadwick Larraín

A la tía Marie Louise

Una vez mas nos reuniste días antes de Pascua. Esta vez tu llamado era distinto. Sutil y hábilmente eras tú la principal. Quizás por primera vez dejaste que nosotros pensáramos en ti. Eso no hace mas que resumir lo incondicional, lo entregada y cariñosa que fuiste en tu vida. Atrás quedaban las risas, bromas y regalos que por tantos años pudimos compartir contigo. Atrás quedaban nuestras largas conversaciones de pocas palabras, mas bien de miradas y sonidos, de gestos exclusivos y típicamente tuyos. Es que para todo eras especial y discreta. Bueno... fuera de los llamados telefónicos... Tu inteligencia supo prepararnos el camino de tu adiós, los llamados habían cesado, los regalos envueltos la primera semana de noviembre ya no esperaban para pasarlos a buscar, no había almuerzos de primas ni puchos compartidos. Te fuiste apagando como una velita, de esas que llegan a su fin y que luego de dar luz a todos los que la rodean, tímidamente humea. Por fin pudiste volar y salir al encuentro de todos tus seres queridos. Mery, te vamos a echar mucho de menos. Sabes que para todos los de este gran clan fuiste importante y querida. Te prometo que nunca faltarán los baldes para los niños en Navidad y que nos encargaremos de que seas recordada generación tras generación. Te queremos mucho. Eras adorable!!!

Magdalena Piñera Echenique

La tía Marie Louise (un año después)

¡Qué curiosa mujer ésta! Menuda, con su nombre y acento afrancesados auestas, sus vestidos “imprimé”, su conjunto de cartera (la que por nada del mundo soltaba) y zapato blanco, su humildad para acoger con una levantada de hombros las risas familiares en torno a su persona, su “chevalière”, su aguda y anticipatoria visión de los hechos, sus inolvidables paltas reinas, su amiga Nena Nordenflicht, su majadera obsesión por el teléfono, su generosidad a toda prueba, su prima María Montt, sus pisco sour tibios, su infaltable y santa hermana Paulette, su cuenta del Banco Sudamericano, su silencioso afecto por Herman, sus “tabulaciones” eclesiásticas, sus convites al Club de Golf, sus adorados hermanos menores a los que defendía con y sin razón, su pucho generoso siempre presente; con todo ello, su vida fue: querernos. ¡Vaya privilegio el nuestro! ¡Quién no la recuerda dos y hasta tres veces al día! Ella tenía esa especialísima habilidad de ESTAR con su familia cuando nacía una guagua, cuando alguna sobrina se casaba o cuando algún foráneo tenía la osadía de ofender a un miembro de la tribu, o cuando tocaba organizar los “regalitos” de Pascua y empezaba el 1º de noviembre: “¿qué te gustaría que te regalara?”.

Es cierto. Nunca se aprendió el nombre de mi hijo mayor, nunca supimos por quien votaba en las elecciones, nunca deslumbró con su presencia y jamás rompió esquemas. Fue simplemente la señorita Marie Louise Piñera Carvallo, una tía como pocas....

20 de diciembre de 2003

2.- José Piñera Carvallo

Sebastián Piñera Echenique

José Piñera Carvallo (cinco años después)

¿Qué puedo decir o recordar de mi padre ahora que se cumplen 5 años de su muerte?

Que fue un apasionado de la vida, la libertad y la justicia. Que fue desde siempre un rebelde, pero con causa. Que fue un hombre original, distinto y único, de esos que se notan, marcan rumbos y dejan huellas. Sin duda fue un hombre de amplia y profunda inteligencia y cultura. Se interesaba a fondo por todos los temas y podía conversar por horas con todas las personas, con moros y cristianos, sin importar su origen ni su rango. Era un hombre extraordinariamente generoso y desprendido de las cosas materiales, especialmente cuando estas pertenecían a sus hijos. Siempre fue un hippie que usaba el pelo largo y que se anticipó varias décadas a la revolución de las flores. Era irreverente, llevado de sus ideas, simpático, entretenido y muchas veces simplemente insoportable. Pero sin duda lo más importante: era un hombre bueno, aunque más buenos aún tenían que ser, a veces, los que convivían con él.

Pero lo que más recuerdo de él era su amor por la vida. Por cada minuto y cada circunstancia. Quería estirar y aprovechar cada día hasta el límite de sus fuerzas y estiraba las noches hasta que el sueño, a veces en lugares poco adecuados, vencía su casi indomable voluntad.

Ejerció sobre todos sus hijos una influencia determinante, que como en la historia de el Cid, se mantiene en plenitud aun después de muerto. “Hagan lo que quieran, pero háganlo bien”. “Vivan la vida con pasión y luchen por lo que creen”. “En el sector privado podrán tener muchos éxitos

y ganar mucho dinero, pero solo en el servicio público podrán realizarse en plenitud”.

Sus palabras, sus gestos, sus enojos, su cariño, su comprensión y sus excentricidades me invaden la memoria y siguen emocionándome en estos momentos en que recuerdo el día en que, finalmente, bajó la guardia y decidió descansar en paz.

Alfonso Covarrubias Bernales

José Piñera Carvallo

José Piñera Carvallo, personaje de excepción.

Talento extraordinario, cultura profunda y refinada, simpatía deslumbrante, trato humano cordial y sincero, no fueron las máximas condiciones que lo adornaron.

Tenía otra mucho más valiosa, más noble, más enaltecedora: su inmensa bondad.

Siempre pronto a extender la mano al que lo necesitaba, dar consejo sabio y prudente al que se lo requería y, pese a que debido a su extrema generosidad nunca le sobraron los bienes materiales, jamás dejó de ejercer la caridad en forma silenciosa y desinteresada.

En su vida siempre exhibió una extraordinaria sencillez, aun en las mas altas y prestigiosas situaciones que ocupara, y en su trato no existió diferencia alguna entre el más poderoso y el más humilde.

En una polémica no se le escuchó una palabra destemplada, un argumento violento o una réplica ofensiva. Su inteligencia amplia y poderosa le permitía intervenir en ella, con la sonrisa en los labios, con lo magnánimo de su alma y con la elocuencia de su frase, persuasiva, incontestable, convincente, pero nunca hiriente para su contradictor.

En nuestra juventud fuimos socios: al principio con éxitos promisorios pero con desastres finales. Que fácil es la convivencia en tiempos de auge y que difícil en época de fracaso. Siento orgullo por él y por mí, porque en ambas etapas nuestras relaciones siempre fueron cordiales y de inmenso cariño, nunca un cargo, jamás un reproche.

Nuestra amistad de toda una vida terminó en los momentos en que se entregaron a reposo sus restos mortales y sentí se me destrozaba el corazón cuando desde el fondo del alma le dije “Adiós, José”.

Afrontó con resolución y valentía las limitaciones de su salud de estos últimos tiempos y al entregar su alma a Dios, Este lo premiará no por ser un Dios misericordioso, sino por ser un Dios justo.

Herman Chadwick Piñera

El tío José

Quise dejar pasar las primeras semanas para escribir sobre el tío José. Quería que la razón prevaleciera sobre la emoción. Sin embargo, me he dado cuenta que las penas de las ausencias crecen con el paso de los días y por ello decidí traslucir –en estas líneas – solo mis sentimientos.

Son muy pocos los hombres que, movidos por un profundo sentido de la libertad, son capaces de ser como son y no como quisieran los demás.

El tío José tuvo la fuerza y valentía de ser uno de ellos y por eso fue un hombre de verdad.

Dio lo que recibió. Nada duraba en sus bolsillos y nada retenía en su prodigiosa mente, sin compartirlo. Fue de una generosidad sin límites, capaz de ayudar a amigos y adversarios por igual. ¡Quién no recibió de él la ayuda que le solicitó! ¡Para quién no tuvo un gesto de simpatía que lo hacía inolvidable!

Amó la vida como nadie y por eso luchó por ella hasta el final. Tanto quería vivir que hasta minutos antes de su fin pidió estar sentado en una silla, al lado de su cama, como si quisiera vivir y no morir. Días antes conversé con él y me dio a entender que la lucha estaba terminando pero, con el mismo optimismo que había vivido, esperaba su fin. Dios le dio una inteligencia prodigiosa, una cultura superior y una simpatía contagiante. Entendió que de estos dones debería dar cuenta al final de sus días y por ello los repartió a caudales durante su vida, en muchos lugares y sin perder nunca un minuto.

Trabajador como pocos, no descansó jamás pensando que para ello tendría una eternidad. Su esfuerzo creador y su empuje inagotable los entregó a su patria dejando de lado, hasta el extremo, su interés personal.

La vida jamás lo doblegó y supo vivir con contagiosa alegría los momentos felices y de triunfo que ésta le deparó. Supo –también - enfrentar con coraje y en silencio las dificultades y penas que cruzaron su existencia.

Lo ví vibrar con el éxito de su familia porque quería –por sobre todo - a quienes lo rodeábamos. Fue siempre el centro de la preocupación de todos y nunca pasó un día sin que la información familiar no diera cuenta de algún acontecimiento de la vida del tío José.

Supo ganarse un lugar preferente que hoy, aunque ya no esté con nosotros, continúa manteniendo.

Los hombres grandes, como fue él, dejan vacíos que solo pueden llenar sus recuerdos. Esto es lo que diariamente la familia está haciendo.

Sé, porque lo conocí – como pocos – que su fe profunda y su testimonio de vida lo tienen sentado al lado del Señor y desde allá - viviendo su eternidad – seguirá preocupado por nosotros.

José Zabala de la Fuente

José Piñera Carvallo

Tuvimos el privilegio de compartir diez años de trabajo. Pertenecíamos ambos al servicio público, ese servicio que él siempre veneró. Juntos recorrimos muchos países de Europa y los Estados Unidos en busca de créditos para Chile o de renegociar, allá en el Club de París, aquellos que nos afligían. Puedo decir, entonces, que lo conocí bien y, consecuentemente, lo admiré y lo quise.

Tenía una inteligencia privilegiada, una admirable tenacidad en las tareas que emprendía y un don de gentes –unas naturales dotes de “gran señor – que conquistaba a cualquiera que con él dialogaba, fuera éste un encumbrado funcionario, un modesto burócrata o el mozo del restorán.

Su preparación técnica era amplia, pero la empleaba sin prepotencia; sobresalía por su cultura aunque nunca hacía alarde de ella; era un crítico brillante, pero jamás hiriente o descalificador.

Nunca fue rico, quizás porque era generoso y estaba siempre dispuesto a compartir lo que tenía, sin egoísmos y quizás hasta imprudentemente.

Fue, sin duda, un ser de excepción. Diría que genial y, por tanto, con reacciones y actuaciones originales y, muchas veces, desconcertantes. Sus anécdotas son tan numerosas como sabrosas y cuando quienes lo conocieron comienzan a hablar de él, siempre hay un largo, agradable y cariñoso intercambio de recuerdos. En ningún ambiente o circunstancia pasó inadvertido. Por lo demás, su figura imponente, siempre con un cigarrillo en la mano, cenizas sobre las solapas de su chaqueta y bajo ésta el chaleco gris, difícilmente pasaba inadvertida.

Recuerdo una vez en que fui a buscarlo al edificio de Naciones Unidas en Nueva Cork y recurrí a la recepcionista de una sala de espera. ¿Lo conoce? pregunté. Me contestó: “No hay ni un solo funcionario de este edificio que deje de conocer al Embajador Piñera; es el más caballeroso y más considerado de todos los representantes de todos los países. Cuando las sesiones se prolongan hasta tarde y debemos quedarnos haciendo turnos, es el único que al irse viene a decirnos buenas noches y a agradecer el sacrificio”. Es un testimonio que refleja claramente lo que él era.

No se encuentran con frecuencia personajes como Pepe Piñera. Sin duda lo echaremos de menos y más de una vez nos sorprenderemos recordando tantas cosas recordables que nos ha dejado.

*“Al que nunca tomó descanso,
dale, Señor, el descanso eterno”.*

*“Al que tanto amó la vida,
dale, Señor, la vida eterna”.*

3.- Herman Chadwick Valdés

Bernardino Piñera Carvallo

Herman Chadwick Valdés

Herman amó tres cosas en la vida: su familia, su trabajo y La Serena. Las viejas casonas provincianas guardaban bien las tradiciones ancestrales y las trasmitían fielmente, de generación en generación. Herman nació en una de esas casonas, pasó su infancia en un huerto de papayos y de chirimoyas, con muchos hermanos, primos y amigos, amigos que eran como primos o como hermanos.

Vivió muy unido a sus padres, a sus hermanos, a la vieja mama Antuca, a quien recordaba con cariño en su lecho de enfermo. Allí asimiló los valores a los que fue fiel durante toda su vida.

Cuando fundó su propia familia, la soñó como la suya y así la realizó. Hijos e hijas numerosos, mucho cariño, mucha sencillez, algo de austeridad. Y ha muerto acompañado por su esposa, fiel compañera de toda la vida, que no se apartó de su cama de enfermo durante los dos años de su última enfermedad; rodeado por sus ocho hijos e hijas, sus yernos y nueras, sus treinta o cuarenta nietos y nietas que querían mucho a su tata.

Lo querían porque Herman solía establecer con los demás una relación directa, sencilla, cordial. Muy inteligente, de un criterio muy seguro, muy independiente en su juicio, con un carácter firme, hablaba poco pero preguntaba con interés y escuchaba, y acogía el punto de vista del otro. No era hombre de discusión o de polémica. No daba clases doctorales. Frente a un niño o a un adolescente le interesaba mucho mas escucharlo que enseñarle, le gustaba asomarse a un mundo diferente del de su propia infancia. Y, al hacerlo, enseñaba, con su testimonio de apertura y

de acogida más que con consejos basados en la experiencia de la vida o en ideas aprendidas en los libros.

Herman fue un hombre de trabajo: dedicado, responsable, metódico, acucioso. Pasados los ochenta seguía trabajando como antes de los treinta. Nunca un descuido, una improvisación, una negligencia. Exigía a los demás lo que primero se exigía a sí mismo. Por eso fue respetado y querido.

Quiso mucho a La Serena y a los serenenses. Pudo haber viajado al extranjero, recorrer el mundo, pasarlo bien, vivir aventuras. Su casa en Santiago, su parcela en Apoquindo, su cabina en La Serena: ese fue su horizonte. No deseaba más, pero eso lo gozó inmensamente.

Herman fue un hombre de fe: una fe tradicional, muy firme; una práctica religiosa constante; una conducta moral intachable. ¡A la antigua! Y además un interés y un cariño por la Iglesia, por sus pastores. Muchos seminaristas, del tiempo en que yo era uno de ellos, recordaban con gratitud su acogida cariñosa y gentil. Y lo querían.

Una larga enfermedad lo preparó para la partida. Allá arriba, su infancia serenense lo esperaba, sus padres, sus hermanos, sus amigos. Ahora, junto con ellos, él espera a los suyos que quedaron en la tierra y los acompaña con su cariño, con su consejo siempre prudente, con su interés siempre despierto.

Vivió su vida, la vivió bien, la vivió hasta el fin, sin renuncios, sin zozobras, sin caídas. Un varón justo a quien al atardecer de un día de primavera, el Señor “vino a buscarlo para llevarlo con El para que estuviera con El allí donde El está y compartiera su gloria” Desde allí él seguirá conversando con nosotros, aconsejándonos a veces, escuchándonos

siempre, señalándonos el camino de la sencillez, de la justicia, del deber, del afecto acogedor.

4.- Magdalena Echenique de Piñera

Sus hijos

Magdalena Echenique de Piñera

“Gracias a la vida que me ha dado tanto”
Violeta Parra

Era simpática, generosa, majadera, astuta, peleadora, valiente, aseada, democratacristiana, sencilla, inteligente, barrera, solidaria, obstinada, divertida, categórica, osada, gozadora, sin pelos en la lengua, persistente, servicial, vasca. era, simplemente, la Picha Echenique.

A un año de su partida, este recuerdo –que ella habría encontrado innecesario- nos parece de toda justicia.

Santiago, 8 de noviembre de 2001.

Magdalena Piñera Morel

El año ha sido distinto sin la Picha

Ha sido bien distinto porque no he tenido a una abuela que llame todos los días para controlarme, ni un estacionamiento para arrendar, y sobretodo no he tenido a esa Picha que me recibía con los brazos abiertos y un buen almuerzo cada vez que iba a verla (además de los chocolatitos que siempre tenía escondidos, pero que todos sabíamos dónde estaban). No era necesario leer el diario ni ver televisión para enterarse con detalle, análisis incluido, de todo lo que pasaba en el mundo... y en la familia. Porque si había alguien que sabía todo era la Picha. La verdad es que la hemos echado mucho de menos porque nos entretenía, nos mandaba, nos acompañaba, nos quería demasiado...y nosotros también a ella.

Se fue el día que comenzaba el mes de María, el ocho de noviembre, algo que me parece bastante simbólico, como si hubiese elegido el día para morir. Conociéndola...puede ser. ¡Qué ganas de haber compartido con ella todo lo que ha pasado este año! ¡Cómo hubiera gozado!

Por el momento, voy a tratar de contagiarme de su gracia, de su fuerza, de sus ganas, y de esa extraña manía que tenía de, a pesar de todo, creer en la vida.

Matías Irarrázaval Piñera

Tus puños llenos de servilletas...

Te fuiste tal como querías, en tu casa, sin máquinas, sin aviso, sin molestar a nadie. Seguramente tenías todo planeado con el Señor, para que te llevara en el inicio del mes de María.

Cómo nos acordamos de las veces que íbamos a verte y sin importar la hora, siempre teníamos algo que comer, aunque fuera un chocolatito. Cada uno de nosotros sintió siempre tu preocupación y conocimiento total de cada miembro de la familia, sabiendo siempre quién llegaba, quién salía y quién andaba viajando.

Nos dejaste miles de recuerdos simpáticos que harán que sea imposible olvidarte. ¿Quién no leyó alguna de tus revistas donde les dibujabas ropa a las mujeres para cubrir sus “partes”, tus puños llenos de servilletas, los chocolates escondidos en alguna parte de tu closet, que siempre te delataban cuando llegaba el minuto del pinchazo para medir la diabetes.

Nos enseñaste la simplicidad de la vida. Nunca exigiste nada. Te conformabas con cosas simples y siempre dándole gracias a Dios. Lo que mejor retrata tu amor por los demás fue esa inmensidad de amigos y amigas que tenías: las del colegio, las del grupo de oración, las de la población y todas las otras hechas a lo largo de la vida. En fin, cualquier persona se sentía acogida en tu casa sin importar ni la edad ni de donde venían.

Gracias Picha por esos gratos momentos que nos dejaste cada domingo que ibas a almorzar a nuestra casa. Gracias por mostrarnos esa perspectiva de la vida que tú tanto quisiste.

Sebastián Piñera Echenique

El cable a tierra

Si mi papá era el mundo público y de las grandes ideas transformadoras de la sociedad, mi mamá era la tierra, el equilibrio, los valores, el rigor y la voluntad. Ella era la inteligencia práctica, esa que se usa en el día a día, que soluciona los problemas cotidianos y que, finalmente, hace feliz.

Tenía esa maravillosa forma de “estar” con nosotros, en el cual por un lado era el “ángel de la guarda”, siempre preocupada de protegernos del mas insignificante de los peligros y, por otro, “la voz de la conciencia”, atenta a señalarnos –sin pelos en la lengua- lo que no correspondía, lo ridículo, lo exagerado, lo derrochador. Cuando alguien osaba ofendernos, inmediatamente asomaba sus garras para descalificarlo de entrada y sin derecho a réplica. Cuando alcanzábamos un éxito mundano o nos apartábamos de lo que ella estimaba lo correcto ahí estaba para recordarnos –con majadería- los verdaderos triunfos.

Nunca se dio cuenta de que habíamos crecido por lo cual nos trató como niños hasta el último. “Avísame cuando llegue, aunque sea las cuatro de la mañana”, “llámame para contarme como le fue”, eran órdenes cotidianas. Confieso que las echo de menos y, sobretudo, que “la” hecho mucho de menos.

B.- Paulette Piñera de Chadwick

Patricio Fernández Chadwick

Paulette *(al cumplir 90 años)*

Cuando se murió mi abuelo Herman, yo tenía justo la edad de los que no entienden nada. Tú tienes ahora la edad de los que lo entienden todo. Tal vez sea que lo entiendes todo, porque ya no pretendes entender y contemplas, con mayor o menor entusiasmo lo que acontece a tu alrededor. Noventa, la edad de los que no están a la venta. Pero en realidad pareciera que hubieras tenido, para mí, siempre la misma edad. No te recuerdo mas joven que ahora ni más vieja de lo que te conocí treinta años atrás. Ha de ser que siempre has sido mi abuela. Debe ser duro escucharlo: ya antes de cumplir los sesenta, por ahí por los cincuenta y cinco para ser precisos, parece que ya eras de noventa para mí. O sea, lo que decías y pensabas, nunca estuvo a la venta. Se ofertaba gratuitamente a todas las manos abiertas, a todos los corazones empinados, a todas las historias humanas – porque de los animales, ni hablar – que se te pusieran enfrente. Tu pelo largo hecho ovillo se estiraba cada noche para invitar a los que estaban en el suelo de tus sueños, y si durante la mañana te lo recogías, era para levantarlos más arriba de tu cabeza. Yo nunca te vi grandes rabias ¿Dónde las escondías, Paulette? Digo dónde las escondías, porque resulta inimaginable que no las tuvieras. Nadie no las tiene, ¿o es que acaso a ti no te contabilizaron? Ahora que lo pienso, sí te enrabiabas. Yo te vi rabiosa. Siempre fue para defender a alguno de los tuyos. A mí mismo, de hecho, me tocó la suerte de verte molesta un par de veces para defenderme, y digo la suerte, porque si te fuiste a molestar por mí, es que a ti, que no te enojas

nunca, te valgo una rabieta. Ahora bien, por convicciones o ideologías o posturas de cualquier especie, no recuerdo que te hayas trenzado con nadie.

Todas las posiciones –cosa increíble – perdían y siguen perdiendo en ti, cada día más, la posibilidad de ser antagónicas. Por obra y magia de no sé qué duende, puedes estar a favor y en contra al mismo tiempo, ser udi y socialista, contestataria y complaciente, sin que parezcas acomodaticia. Ha de ser que el afecto cuenta en ti muchísimo más que las razones pasajeras. Eso sí, cada tanto, en momentos de sinceridad incalculada, como quien no quiere la cosa, se te asoma una frase que te delata mucho más libertaria de lo que tú misma estarías dispuesta a reconocer. Miras a un niño derramando un vaso y dices “que libres son estos niños”. Si alguien viaja o vuelve de un viaje, algo en ti denota el gusto por el vagabundeo. Puedes quedarte, es cierto, y apenas moverte de tu asiento, pero por alguna parte que no sabría describir se te cuela la niña de mundo que no se quedó nunca quieta. La niña que conoce mucho más que todos tus hijos juntos y que se pone los aros o las bufandas o lee las revistas o se come apenas uno de los chocolates que le traen de algún lugar lejano, como si en ese lugar lejano hubieras estado muchas veces. Tejiendo en el sillón del comedor, al borde de la mesa puesta, ¿dónde estás en realidad? Estás ahí, sin duda que sí pero ¿te das cuenta que también estás en un mundo más grande que el que estás? Todo a tu alrededor transcurre con naturalidad. Los ríos pasan a tus pies mientras tus nietos se mojan en ellos y las cordilleras y las quebradas amanecen una y otra vez mientras tus hijos y sus hijos tratan de treparlas para conquistar cimas imposibles. Tú, como una virgen impávida, pareces verlo todo con la tranquilidad de quien sabe que nada nuevo brilla bajo el sol, con la tranquilidad de los que saben que la vida no sería vida sin tristezas y dificultades. Sabes que no habría amor ni risas francas sin peleas pasajeras. Ni buenas ideas que acertaran sin las otras que se equivocan.

Pero ¿de dónde te viene tanta paz? ¿De qué pecho mamaste? ¿Cuáles fueron tus primeras palabras?. Al nacer, ¿lloraste o abriste tu bocota para sonreírle al médico? ¿Tranquilizaste posando tu mano o diciendo las palabras lo bastante elíticas como para calmar a un loco, a esas guaguas de las cunas vecinas? ¿Ya entonces eras tolerante y respetuosa de todos como eres hoy, o esto te lo dio el tiempo? Porque, si te lo dio el tiempo, no dejes de repetirnos a todos los que rodeamos el lugar dónde está ese tiempo. Síguenos diciendo, en el fondo, que ese tiempo está en ti.

Feliz Cumpleaños, Paulette Piñera

Grande, Paulette; Única, Paulette; Merci, Paulette

Magdalena Piñera Echenique
Santiago, octubre 2007

Hay seres que tienen un no sé qué que los hace infinitamente queribles y decididamente únicos. Hay seres a los que uno jamás les encontrará una estridencia ni menos un show pirotécnico. Si bien no lo critican ni menos se escandalizan (pues el escándalo les parece pequeño y ellos son grandes) no están para ello. Estos seres son diferentes. Desde la sencillez, desde la trastienda, y también desde la ironía que manejan con una habilidad notable, son capaces de hacerse presentes en la vida de los otros con profunda y sagaz finura y grandeza. Y sobre todo con solidez. No están ahí solo cuando andan de onda, o cuando se les ocurrió, no, estos seres “están” siempre. Casi se podría decir que han hecho de su vida la misión de “estar”, de oír, de acoger, de comprender y, una vez más, de simplemente estar. Curiosos estos seres. Para cumplir con tan gigantesco objetivo (que por lo demás nunca ven como tal y al que aparentemente no le dan ninguna importancia) no ocupan productoras, ni luces, ni eternas filípicas, ni menos consejos manoseados u olímpicos. No, ello jamás.

Notables estos seres que para pasarlo bien y para estar al día, ¡porque lo están totalmente!, no necesitan ni viajes, ni nouvelle cuisine, ni tarjeta de crédito, ni liftings, ni celulares, ni la ayuda de un terapeuta, ni parafernalia alguna.) A cambio, un buen libro, una revista extranjera, de cualquier nacionalidad (¿o creen ustedes que les gustan más las francesas?) un crochet y una conversación animada (porque a estos seres les gusta la buena conversación) les basta. Y no solo están informados del devenir mundial y nacional, el mismo que miran con cierta socarrona ironía y perspectiva y casi siempre por sobre, jamás en la menudencia. Además, les interesa todo aquello que pueda ampliar su espíritu, el mismo que de por sí es ancho y ajeno, todo aquello que pueda humanizarlos aun más. Que el último proyecto con el que sueña alguno de sus descendientes (¡y también caben los colaterales!), que la historia de amor de otro miembro de su tribu (y de amigos de ellos además), que la pena por la que está pasando el otro, y suma y sigue. “Que venga la Vida” dicen estos seres, pues, si bien saben de sobra que es finita, la aman y en abundancia.

Otra particularidad de estos seres únicos es que lo hacen sentir a uno, simples mortales, como si fuera rey o reina del Saba. ¿Acaso alguno de

ustedes ha llegado alguna vez a Presidente Errázuriz 3642 y ha preferido irse porque no se sintió acogido? ¿Acaso alguno de ustedes no ha recibido, con toda sencillez y austeridad, un plato de comida en torno a esa mesa de comedor que tanto ha escuchado en su vida? ¿Acaso alguno de ustedes se ha sentido en alguna oportunidad -hayan hecho lo que hayan hecho- juzgado por la señora de moño blanco y dentadura extensa que probablemente les sonríe con un cigarro en la mano? ¿Acaso alguna vez han oído salir de su boca un comentario destructivo, inconducente, amargo o desesperanzado? ¿Acaso a uno de ustedes alguna sola vez siquiera les ha dado lata estar con ella?

Adivinaron, el personaje en cuestión es Paulette Piñera, una tía de esas que uno encuentra en cien mil billones. Un privilegio, una oportunidad, un regalo de Arriba en el mas amplio sentido de la palabra. ¿Me equivoco al decir que es también una madre, hermana, suegra, abuela, cuñada, prima, bisabuela, amiga y ciudadana “única”?

C.- Los Chadwick Piñera

Herman Chadwick Valdés (1913)

(x 1942) Paulette Piñera Carvallo (1914)

I.-

Herman Chadwick Piñera (1945)

(x 1967) María Irene Larraín Herrera (1947)

1.- Herman Chadwick Larraín (1968)

(x 1996) María José Vergara Peñafiel (1970)

a. María José 2000

b. Blanquita 2001

c. Teresita 2003

2.- M.Irene Chadwick Larraín (1971)

(x 1993) Alejandro Barros Aldunate (1966)

a. Alejandro 1995

b. Santiago 1997

c. Tomás 2003

d. Jorge 2004

3.- Juan Fco. Chadwick Larraín (1973)

(x 1999) Fernanda Blanco France (1974)

a. Elisa 2001

b. Clemente 2002

c. Domingo 2004

4.- Marcelita Chadwick Larraín (1979)

II

Marie Paule Chadwick Piñera (1946)

(x 1968) Patricio Fernández Barros (1944)

1.- Patricio Fernández Chadwick (1969)

(x 2000) Claudia Peña Caraves (1970)

a. Clara 2000

b. León 2002

2.- Paula Fernández Chadwick (1971)

(x 1995) Alejandro Poklepovic Fernández (1969)

a. Lucas 1996

b. Paulette 1999

c. Alejandro 2001

d. José 2005

3.- Macarena Fernández Chadwick (1973) (x 1997) Juan Pablo Vega Walter (1967)

a. Santiago 1999

b. Antonia 2001

c. Tomás 2004

d. Pablo 2007

4.- Cristóbal Fernández Chadwick (1977) x(2005) Ignacia Varela Morandé (1979)

5.- Bernardita Fernández Chadwick (1981)

6.- Vicente Fernández Chadwick (1986)

III.-

María Teresa Chadwick Piñera (1948) (x 1970) **José Antonio Viera Gallo Quesney (1943)**

1.- María José Viera Gallo Chadwick (1971) (x2001) Pedro Mayol Correa

a.- Adrián José 2007

2.- M. Teresa Viera Gallo Chadwick (1972) (x1994) Matías Izquierdo Yañez

a.- Laura 2003

3.- Manuela Viera Gallo Chadwick (1977) (x 2004) Pedro Pulido Hanke

IV.-

María Elena Chadwick Piñera (1950) (x 1972) **Hernán Fleischmann Echenique (1945)**

1.- Hernán Fleischmann Chadwick (1973) (x 2001) Mónica Ossa Rojas (1974)

a.- Hernán 2005

b.- Isidora 2007

2.- Matías Fleischmann Chadwick (1975) (x 2003) Macarena Hasenberg Larios (1979)

a.- Matías 2004

b.- Felipe 2007

3.- Elena Fleischmann Chadwick (1977) (x 2000) Francisco Ascui Astorga (1970)

a.- Martín 2001

b.- Benito 2003

c.- Elena 2005

4.- Valentina Fleischmann Chadwick (1981)

5.-Catalina Fleischmann Chadwick (1987)

V.-

Trinidad Chadwick Piñera (1954) (x 1975) **Juan Dittborn Santa Cruz (1950)**

1.- Juan Dittborn Chadwick (1977) (x 2004) Francisca Varela Morandé (1980)

2.- Antonio Dittborn Chadwick (1980)

3.- Marcos Dittborn Chadwick (1985)

VI.-

Andrés Chadwick Piñera (1956) (x 1978) **Victoria Costa Vega (1957)**

1.- Victoria Chadwick Costa (1979)

2.- Francisca Chadwick Costa (1980) (x 2007) Nicolás Bunster Agüero (1978)

3.- Camila Chadwick Costa (1982)

4.- Andrés Chadwick Costa (1984)

VII.-

M. Carolina Chadwick Piñera (1957) (x 1972) **Diego Fleischmann Echenique (1945)**

- 1.- Diego Fleischmann Chadwick (1979)
- 2.- Pablo Fleischmann Chadwick (1981)
- 3.- Tomás Fleischmann Chadwick (1983)
- 4.- Carolina Fleischmann Chadwick (1987)
- 5.- Pedro Fleischmann Chadwick (1996)

VIII.-

M. Margarita Chadwick Piñera (1960) (x 1995) **Alfonso Edwards Fernández (1944)**

- 1.- Alfonso Edwards Chadwick 1998
- 2.- José Edwards Chadwik 1999

D.- Los Piñera Echenique

José Piñera Carvallo (1917) (x 1994) **Magdalena Echenique Rozas** (1919)

I.-
Guadalupe Piñera Echenique (1945) (x 1968) **Nicolás Irarrázaval Valdés** (1943)

1.-
Nicolás Irarrázaval Piñera (1969)

2.-
Guadalupe Irarrázaval Piñera (1970) (x 1997) Rodrigo Sepúlveda (1964)

a. Clarisa 1998
b. Crescente 2001
c. Jerónimo 2005
d. Blanquita 2006

3.-
Matías Irarrázaval Piñera (1974) (x 2002) Francisca Madrid (1974)

a. Matías 2004
b. Tomás 2007

4.-
Constanza Irarrázaval Piñera (1978)

5.-
Alejandra Irarrázaval Piñera (1978)

6.-
Benjamín Irarrázaval Piñera (1983)

II.-
José Piñera Echenique (1948) (x 1970) **Francisca Aninat Ureta**

1.-
José Piñera Aninat (1974) (x 2002) Carola Vergara Ariztía (1973)

a. Diego 2004
b. Pedro 2006

2.-
Cristián Piñera Aninat (1976)

III.-
Sebastián Piñera Echenique (1949) (x 1973) **Cecilia Morel Montes** (1954)

1.-
Magdalena Piñera Morel (1975) (x 2001) Pablo Rossel (1975)

a. León 2005
b. Esperanza 2007

2.-
Cecilia Piñera Morel (1978) (x 2007) Ricardo Levi (1977)

3.-

Sebastián Piñera Morel (1982)

4.-

Cristóbal Piñera Morel (1984)

IV.-

Pablo Piñera Echenique (1950)

V.-

Miguel Piñera Echenique (1954)

(x 2004)

Belén Hidalgo (1981)

VI.-

Magdalena Piñera Echenique (1959)

(x 1984)

Gustavo Valdés Valenzuela (1956)

1. Damián 1985
2. Olivia 1988

E.- EL AUTOR SE HACE PRESENTE

HOMILIA EN MIS BODAS DE ORO SACERDOTALES (50 años de sacerdote)

(7 de Abril de 1997)

Queridos hermanos:

les agradezco que hayan venido, con su oración y su amistad, a acompañarme a *dar gracias* a Dios por todo el bien que me ha hecho a mí desde que nací y que ha hecho a otros, a través de mí, durante medio siglo de sacerdocio. Y a *pedir perdón* por todo el bien que pude hacer, que debí hacer y que no hice; por el bien que hice pero que hice mal; y por el mal que he hecho.

Agradezco a Dios por *mi familia*. Por *mis padres* y *mis hermanos* que estuvieron todos presentes en mi Primera Misa, celebrada en la Iglesia de los Santos Angeles Custodios y en la que predicó el beato Alberto Hurtado; mis padres y mi hermano me acompañan, ahora, desde el cielo. Por todos mis *antepasados*, cuyo recuerdo está ligado a una vieja casona de La Serena y a los alrededores de la Plaza Victoria de Valparaíso. Al hogar de mi infancia en París y al de mi juventud universitaria en Santiago. A las familias que han constituido mis hermanos, a los *Chadwick Piñera* y a los *Piñera Echenique*, que son mi familia, una familia muy querida y que ha sido y es para mí un gran apoyo en la vida.

Agradezco mis años de formación en el mundo. El Lycée Janson, de París, que me dió cultura clásica y matemática; la *Universidad Católica* y la *Universidad de Chile* en que aprendí medicina; Western Reserve University, en Estados Unidos, en que me ejercité en la investigación científica. Y quizás si, más aun, la conversación y la biblioteca de *mi padre* que me enseñó, con su ejemplo, a interesarme por todo, a no fanatizarme por nada, a ser justo, a ser

sencillo y a ser modesto. ¡Ojalá hubiera aprendido mejor esas lecciones!. Y las que me dió *mi madre*: la alegría de vivir con fe, con sencillez y en paz.

Agradezco y añoro como los mejores años de mi vida los del Seminario de Santiago. He visto partir a muchos de mis compañeros de entonces; agradezco la presencia de los que me acompañan hoy, como me acompañaron en mi primera misa.

Agradezco los 11 años en que trabajé en Santiago como presbítero; era la “**primavera**” de mi vida sacerdotal. Especialmente mis años en la JOC, mis años de asesor de la AJCF y de la JEC femeninas; mi colaboración en la Acción Católica de aquel entonces; mis años como vice-rector de la Universidad Católica; y muy especialmente los 10 años que dediqué, con mucho cariño, al *Hogar de la Empleada de Casa Particular*. Y a los hombres extraordinarios que entonces me formaron con el testimonio de su vida y con su ejemplo pastoral: el Cardenal Caro, don Carlos Casanueva, el Padre Hurtado, Manuel Larraín y Rafael Larraín: ellos han sido mis maestros, los que completaron la obra del Seminario y de la Facultad de Teología.

Conservo un recuerdo muy grato y agradezco a Dios los tres años que pasé en *Talca*, como auxiliar de Monseñor Manuel Larraín. Y recuerdo esas misiones multitudinarias del Maule y del Mataquito que me abrieron los ojos a la pastoral de los campesinos. Los talquinos saben el cariño que les tengo.

Agradezco al Señor por haberme confiado, durante 17 años, la Iglesia de *Temuco*. Conservo el recuerdo de cada caserío, de cada reducción indígena, de cada una de las 180 capillas que tuve la alegría de bendecir: años de plenitud y de fervor apostólico y misionero, con colaboradores inolvidables y muy queridos. Fue el “**verano**” de mi vida, un verano ardiente, refrescado por las lluvias persistentes del Sur y la sombra de los bosques milenarios.

Gracias, Señor, por los 33 años en que me permitiste formar parte de la Conferencia Episcopal de Chile. Fueron tiempos de duro trabajo, de grandes

tensiones, pero todo aquello vivido en un ambiente fraternal estimulante. Ahí aprendí que se puede discrepar, y respetarse y quererse al mismo tiempo. Allí aprendí que es hermoso sentirse responsable de un pueblo entero y de su destino y esforzarse por influir en el en el sentido de la fe y del respeto a la dignidad humana y en la búsqueda de la justicia, de la fraternidad y de la paz. Agradezco particularmente al Señor el haber podido participar activamente en esos grandes eventos de la conciencia cristiana chilena que fueron el Jubileo de 1974, la Conferencia de Puebla de 1979, el Congreso Eucarístico de 1980 y la visita del Papa a Chile, cuyo décimo aniversario estamos recordando.

Agradezco al Señor por haberme llamado, por ocho años, a la Iglesia de *La Serena*. Fue el “**otoño**” de mi vida. Todo allí me fue grato, quizás demasiado. Fue como un retorno a las raíces, al viejo Chile Colonial y al pasado de mi propia familia, pero en un estimulante clima de superación y de progreso. Todavía me siento plenamente serenense.

Pero el Señor me reservaba otro motivo de gratitud infinita hacia El. Al llegar ahora al “**invierno**” de mi vida, me lo ha transformado en una nueva primavera al ser acogido por la Comunidad Franciscana como uno de ellos. He podido realizar así anhelos profundos de mi vida que la urgencia de las diarias tareas nunca me permitió satisfacer: vivir la vida religiosa, la vida comunitaria, en el clima de sencillez fraternal propio de la tradición franciscana; vivirla en este Convento y en esta Iglesia, varias veces centenarios; en el origen de la historia y en el centro de la geografía de Chile; dedicar parte de mi tiempo a leer, a estudiar y también a escribir y a hablar; y, sobre todo, pasar mis últimos días a la sombra del grande y humilde Santo que aprendí a admirar y a querer desde niño y que expresa todos mis anhelos, aun no realizados, la búsqueda de la santidad, aun no lograda, unida a la confianza en la infinita misericordia del que dijo que “habría mas alegría en el cielo por un pecador que se arrepintiera que por noventa y nueve justos que no necesitaran penitencia”. Yo les pido que

me ayuden a convertirme y a pedir perdón para poder, antes de morir, dar al cielo esa gran alegría.

Los agradezco a todos ustedes haber venido a acompañarme. Terminada esta celebración, están todos invitados a pasar al claustro vecino a compartir un vaso de vino -o de coca-cola- para tener la oportunidad de saludarlos y de estar un rato con ustedes. Y ahora les ruego que me acompañen a celebrar esta Eucaristía, a dar gracias y a pedir perdón.

+ Bernardino Piñera C.